

# 1 La situación actual del psicoanálisis

## 1.1 Nuestro punto de vista

A lo largo de este libro, nos remitiremos frecuente y extensamente a la obra de Freud. Por esta razón, queremos comenzar delineando nuestra manera de entender su obra, así como nuestro punto de vista general en relación al psicoanálisis. El citar extensamente a Freud sirve a varias causas. La más importante de éstas, se refiere a que, a pesar de algunos excelentes intentos de sistematización, es válida aún hoy la afirmación de que "lo mejor para comprender al psicoanálisis es estudiar su génesis y su desarrollo" (Freud 1923a, p.231). La asimilación de los textos clásicos sigue siendo así un prerequisite para comprender los problemas contemporáneos del psicoanálisis y para poder encontrar soluciones adecuadas a los tiempos modernos. En este volumen, pretendemos lograr una descripción sistemática del psicoanálisis orientada históricamente. Queremos así salir al encuentro de las fuentes que han alimentado la vertiente del psicoanálisis, empleando citas que demuestren las líneas de desarrollo que han conducido a las ideas actuales. Por esto, los pasajes que citamos sirven de medio para alcanzar un fin: justificamos y fundamentamos nuestras opiniones en un proceso de interacción argumentativa con el mismo Freud. Las divergencias y contradicciones que aparecen en la obra de Freud y sus variaciones a lo largo de las décadas, testimonian la apertura del psicoanálisis, el cual "sigue tanteando en la experiencia, siempre inacabado y siempre dispuesto a corregir o variar sus doctrinas" (Freud 1923a, p.249). La fundamentación básica se encuentra contenida en los siguientes tres pasajes:

En el psicoanálisis existió desde el comienzo mismo una unión inseparable entre curar e investigar; el conocimiento aportaba el éxito, y no era posible tratar sin enterarse de algo nuevo, ni se ganaba un esclarecimiento sin vivenciar su benéfico efecto. Nuestro procedimiento analítico es el único en que se conserva esta preciosa conjunción. Sólo cuando cultivamos la cura analítica de almas ahondamos en la intelección de la vida anímica del ser humano, cuyos destellos acabábamos de entrever. Esta perspectiva de ganancia científica fue el rasgo más preclaro y promisorio del trabajo analítico (Freud 1927a, p.240; la cursiva es nuestra).

Los análisis que obtienen un resultado favorable en breve lapso quizá resulten valiosos para el sentimiento de sí del terapeuta y demuestren la significación médica del psicoanálisis; pero las más de las veces son infecundos para el avance del conocimiento científico. Nada nuevo se aprende de ellos. Se lograron tan rápido porque ya se sabía todo lo necesario para su solución. Sólo se puede aprender algo nuevo de análisis que ofrecen particulares dificultades,

cuya superación demanda mucho tiempo. Sólomente en estos casos se consigue descender hasta los estratos más profundos y primitivos del desarrollo anímico y recoger desde ahí las soluciones para los problemas de las conformaciones posteriores. Uno se dice entonces que, en rigor, sólo merece llamarse "análisis" el que ha avanzado hasta ese punto (Freud 1918b, p.11-12; la cursiva es nuestra).

Les dije que el psicoanálisis se inició como una terapia, pero no quise recomendarlo al interés de ustedes en calidad de tal, sino por su contenido de verdad, por las informaciones que nos brinda sobre lo que toca más de cerca al hombre: su propio ser; también, por los nexos que descubre entre los más diferentes quehaceres humanos. Como terapia es una entre muchas, sin duda "primus inter pares". Si no tuviera valor terapéutico, tampoco habría sido descubierta en los enfermos mismos ni desarrollado durante más de treinta años (Freud 1933a, p.145; la cursiva es nuestra).

Como estos pasajes muestran, Freud echó las bases de una edificación clásica que, sin embargo, siempre permanecerá inconclusa, y esto no solamente porque todo analista descubre material de edificación en cada análisis, aunque éstos ya hayan sido usados con anterioridad, sino más bien por razones de principio.

Las tres tesis expuestas contienen los componentes esenciales de un entendimiento causal de la terapia. Las reflexiones de Freud son válidas para cualquiera de las dos posibles desviaciones de la unión inseparable entre el curar y el investigar. El analista no puede darse por satisfecho con el mero éxito terapéutico. Su meta es explicar la génesis de las dolencias psíquicas, pero, sobre todo, saber cómo éstas cambian a lo largo de la terapia y, si no lo hacen, por qué. Los fracasos siempre representan los más grandes desafíos. La unión inseparable entre cura e investigación exige que tanto las condiciones determinantes de la génesis del tras-torno, como las de su cambio o eventual fracaso terapéutico, sean objeto de investigación científica. El psicoanálisis ha avanzado más allá de las terapias sugestivas, orientadas a la mera remoción de síntomas. El no lograr explicaciones para los factores curativos y el no esforzarse en alcanzar generalizaciones de los conocimientos ganados, sería equivalente a una recaída en un pragmatismo craso o en una "experimentación desenfrenada" (Freud 1933a, p.142). En este sentido, Freud llegó a expresar su temor de que "la terapia mate a la ciencia" (1927a, p.238). El creía que sus reglas estrictas e imparciales de investigación clínica y de tratamiento creaban las mejores condiciones científicas para la reconstrucción de los recuerdos más tempranos, así como condiciones terapéuticas óptimas con el develamiento de las amnesias (1919e, p.181ss). Hoy en día sabemos que la realización de esta unión inseparable entre curar e investigar exige bastante más que dejar de lado la simple sugestión o seguir reglas de tratamiento estandarizadas. Ya Freud insistió en establecer las condiciones más favorables para el cambio en

cada situación analítica individual, esto es, reconoció la necesidad de lograr una flexibilidad orientada hacia el paciente (1910d, p.136-7).

La creación de una situación terapéutica es requisito indispensable para avanzar en el conocimiento de las conexiones psíquicas inconscientes. Freud desestimó el valor científico de demostrar cambios terapéuticos y de clarificar los factores curativos. En este sentido, creyó una vez poder decir (1909b, p.86) que "un psicoanálisis no es una indagación científica libre de tendencia, sino una intervención terapéutica; en sí no quiere probar nada, sino sólo cambiar algo". Esta oposición es cuestionable. El objetivo principal en la investigación actual en terapia analítica es demostrar que a lo largo del tratamiento se producen cambios y explicar éstos en relación con la teoría. Muchos problemas deben ser resueltos, sin embargo, si se quiere hacer justicia a esta exigencia. Para Freud, el establecimiento de las conexiones causales tenía prioridad. Este es el principio en el cual se basa el psicoanálisis clásico y que lo distingue de las terapias sugestivas. Este principio lo ejemplificó Freud mediante una anécdota, en su toma de posición frente al dictamen pericial de la facultad de medicina de Innsbruck en el caso Halsmann (1931d). Philipp Halsmann había sido acusado de ser el asesino de su padre; la defensa esgrimió como factor atenuante el complejo de Edipo. El punto a aclarar, sin embargo, era el de la relación causal entre el complejo de Edipo y la autoría, controvertida, del parricidio. Freud señaló que existe un largo camino desde el complejo de Edipo hasta la causa que motivó este hecho [o cualquier síntoma en general, añadimos nosotros]: "justamente por su omnipresencia, el complejo de Edipo no se presta a extraer una conclusión sobre la autoría del crimen" (Freud 1931d, p.250; la cursiva es nuestra). Si en lugar del parricidio se colocara otra conducta o síntoma, se podrían reproducir distintas polémicas psicoanalíticas. Más aún, el poder discriminatorio o específico de explicación aumenta mínimamente, si a la patología unitaria se le agrega un sistema de dos clases (edípico versus preedípico). Freud ilustró este principio básico, de que la "omnipresencia" nada demuestra, mediante la siguiente anécdota:

Se había producido una violación de domicilio. Se condena como delincuente a un hombre a quien se le encontró una ganzúa. Tras el pronunciamiento de la sentencia, y preguntado el reo si tenía alguna observación que hacer, pidió ser penado además por adulterio, pues también tenía el instrumento para cometerlo (1931d, p.250).

Pseudoaclaraciones globales no dicen más de lo que, por ejemplo, el mito del pecado original explica en el campo de la teología. Del mismo modo como cuando se piensa que todas las enfermedades del mundo pueden ser curadas haciendo cambios en uno u otro punto, una fuerte fascinación es ejercida a través de la idea de que los desórdenes mentales tienen una etiología edípica o preedípica estándar y que hay, correspondientemente, dos clases de terapia, polarizadas entre interpretación y relación (Cremerius 1979). Con esto, los

estratos más profundos se hacen equivalentes a los factores patogenéticos más tempranos y poderosos, y así se pre-tende explicarlo todo. Varias escuelas violan la idea central del enfoque clásico, en el nombre de sus respectivas estandarizaciones, cuando no buscan o ni siquiera intentan ofrecer las evidencias necesarias, o las presuponen ya dadas. Si se intenta llevar a la práctica los principios contenidos en las tres tesis anteriormente citadas, se debe entender un psicoanálisis en permanente construcción. Los conocimientos previamente ganados deben ser constantemente verificados. El descenso hacia los estratos patogenéticos más profundos debe poder justificarse por la solución de los problemas actuales, los cuales, a su vez, dependen de factores patogenéticos profundamente enraizados.

Se puede inferir de las tesis de Freud, de que los análisis que se desenvuelven dentro de un territorio conocido avanzan más de prisa que aquellos que irrumpen en lo desconocido. El oficio del analista, es decir, la significativa intervención de su conocimiento, habilidad y experiencia, debe incluso llevar hacia una aceleración de la terapia. La autoestima, tanto del analista como del paciente, aumenta cuando el éxito previsto se alcanza con anterioridad. De hecho, hay muchas terapias cortas (considerando su duración y el número total de sesiones) exitosas, que logran cambios verdaderamente duraderos, las cuales no pueden ser descartadas como meras curas sintomáticas o transferenciales. Los análisis que logran llegar a un término favorable en un corto tiempo, parecen sin embargo no ser hoy en día muy valorados y no son precisamente los más apropiados para aumentar el prestigio profesional. La tendencia es más bien la de inferir la calidad de un análisis en relación a su duración, pero donde queda abierta la pregunta, sin embargo, de si los conocimientos obtenidos en éste hacen justicia a los criterios terapéuticos y científicos.

La obra de Freud puede ser citada para justificar distintas conceptualizaciones. Así, no puede dejarse de lado el hecho de que Freud se dejó guiar, en sus reflexiones terapéuticas y científicas, entre otras, por la idea de ser capaz algún día de eliminar todas las demás influencias y llegar a la interpretación pura. La visión utópica del purismo interpretativo sostenida por Eissler (1958) en su disputa con Loewenstein (1958), habría podido solucionar enormes problemas prácticos y teóricos, de modo que es difícil resistirse a su fascinación. Nosotros gustosamente también la seguiríamos, si la experiencia no nos hubiera enseñado otra cosa. En este contexto, Freud (1919a, p.157-8) se formuló las siguientes preguntas: ¿Es suficiente "hacer consciente lo reprimido y poner en descubierto las resistencias"? "¿Debemos dejar luego al enfermo librado a sí mismo, que se arregle solo con las resistencias que le hemos mostrado? ¿No podemos prestarle ningún otro auxilio que el que experimenta por la impulsión de la transferencia?" Sería fácil agregar a estas preguntas otras, pero renunciamos a hacerlo, pues en este punto nos sale al encuentro la respuesta ejemplar de Freud, que nos parece importante y que respecto a las preguntas planteadas dice: "¿No parecería lo indicado socorrerlo [al paciente]

también trasladándolo a la situación psíquica más favorable para la tramitación deseada del conflicto?" De acuerdo al punto de vista de la técnica psicoanalítica estándar, es innecesario plantear otras consideraciones acerca de la estructuración de la situación analítica. Se alega que siguiendo las reglas que han sido establecidas, se crean las condiciones óptimas para el conocimiento de los componentes inconscientes de los conflictos. Según esto, en pacientes adecuados para el psicoanálisis, serían superfluas ayudas adicionales por medio de una estructuración flexible de la situación analítica, puesto que en este grupo de pacientes, el marco externo (esto es, la frecuencia de sesiones, el uso del diván, etc.) se ha demostrado tan convincentemente adecuado, que cualquier reconsideración crítica es superflua. En la práctica, sin embargo, el arte de la interpretación psicoanalítica, núcleo de la técnica, es dependiente de muchos factores, cuya negación podría limitar tanto el poder teórico como la eficacia terapéutica del método psicoanalítico.

Las variaciones del método psicoanalítico que Freud recomendó, deben llevarse a cabo toda vez que se intente adaptar el método a pacientes individuales o a grupos de pacientes típicos. Mientras que la técnica estándar fue reduciendo cada vez más las indicaciones para el psicoanálisis y todo el esfuerzo se hacía en buscar pacientes adecuados para este método, una aplicación flexible del método llevó a modificaciones que ampliaron el uso de la terapia psicoanalítica. La técnica estándar exige una actitud selectiva respecto a la indicación, donde el paciente es el que se debe ajustar al método. Las técnicas modificadas permiten un conjunto adaptativo de indicaciones (Baumann 1981), donde el tratamiento es el que se adapta a las características de cada paciente. Con esta perspectiva, se ha podido reconstituir un entendimiento terapéutico amplio, que debiera beneficiar a pacientes de todos los grupos de edad y estratos sociales respecto a un vasto espectro de enfermedades psíquicas y psicosomáticas. Con el aumento de las expectativas de vida, ha aumentado también la restricción del análisis para pacientes que no están en la edad media de vida; esta restricción fue sugerida por Freud, pero ya cuestionada por Abraham en 1920. La aplicación del método psicoanalítico en el sentido de una indicación adaptativa para pacientes mayores y de edad avanzada, va de la mano con una ampliación de la teoría psicoanalítica: junto a la niñez temprana, se le otorga su debida importancia a las crisis y conflictos típicos en cada fase de la vida (adolescencia, adultez, edad media, edad avanzada) en el entendimiento de la patogénesis de las enfermedades psíquicas y psicosomáticas (Erikson 1959; Greenspan y Pollock 1980a, 1980b, 1981; Lidz 1968). Especialmente en pacientes geriátricos, la indicación adaptativa implica ciertamente una modificación de la técnica psicoanalítica (Steury y Blank 1981; Radebold 1982). Como lo veremos en más detalle en la sección 6.6, en el entretanto se ha colmado, en algunos países, la esperanza de Freud de que el tratamiento psicoanalítico practicado por analistas, tanto en sus consultas particulares como en instituciones, pueda favorecer a pacientes de todos los estratos sociales (Strotzka 1969a, 1969b, 1980).

Las teorías científicas clásicas no son monumentos antiguos y no debiera dárseles el tipo de protección comúnmente acordado para este tipo de edificios. Por esto, a Valenstein (1979) le fue imposible encontrar una definición convincente de psicoanálisis "clásico", y demostró, mediante la ayuda de las acepciones dadas por el Webster's Dictionary para el concepto de "clásico", por qué esto es así. De acuerdo con una de las definiciones del Webster, una teoría, un método o un cuerpo de ideas reconocible y cerrado en sí mismo, puede ser descrito como "clásico", en general, cuando su área de validez se ha visto disminuida por nuevos desarrollos o por un cambio fundamental en su punto de vista. También la segunda definición es reveladora: toda forma o sistema se puede denominar "clásico" en retrospectiva, cuando, en comparación con ulteriores formas modificadas o más radicales y que se derivan de ellas, mantienen su credibilidad y validez por un cierto tiempo. Esta definición es interesante a la luz del hecho de que Freud mismo habló sólo cuatro veces del método clásico, en retrospectiva y de un modo más bien casual, en el contexto de la teoría de la interpretación de los sueños, mencionando ya las modificaciones. Según él, aparte del método clásico de hacer asociar al paciente con los trozos de sueños aislados, habrían otras posibilidades de lograrlo (1933a, p.10s). Freud aconseja, entre otras cosas, indicarle "al soñante que busque primero en el sueño los restos diurnos, [...] cuando seguimos estos anudamientos, solemos hallar de un golpe el paso del mundo en apariencia remoto del sueño a la vida real del paciente" (1933a, p.11). Entonces, la denominación "técnica terapéutica clásica" no se originó con Freud, sino hizo su aparición con la introducción de modificaciones. Ferenczi fue su padrino, desde el momento en que dio a la técnica clásica su nombre. Inquieto por la reacción de renombrados analistas y finalmente por la del mismo Freud respecto a sus innovaciones, al otorgar a la experiencia un rol terapéutico relevante en comparación a los recuerdos, Ferenczi escribió una carta donde retornaba arrepentido a "nuestra técnica clásica" (Thomä 1983a). Así nació este término, el cual fue usado a comienzos de los años veinte para referirse a la preferencia, para Ferenczi terapéuticamente insatisfactoria, por el recordar y la reconstrucción intelectual (Ferenczi y Rank 1924). Sean cuales fueren las formas que la técnica clásica haya tomado en el futuro, ha sido fiel a sus marcas de nacimiento: justifica su existencia en contradistinción con sus desviaciones, distinción que por lo demás no se apoya en investigaciones empíricas, con criterios bien definidos, sobre los distintos procedimientos. La admiración que por lo general se tiene a todo lo "clásico" es un obstáculo que dificulta las investigaciones sobre la función que han tenido los elementos estilísticos, tanto clásicos como nuevos, en el desarrollo continuo de la técnica terapéutica. El estilo neo-clásico no se caracteriza por innovaciones, sino más bien por la observación ortodoxa y estricta de reglas definidas extrínsecamente (Stone 1981a).

Existe una considerable tensión entre la obra clásica de Freud y cualquier aplicación de ésta. Esta tensión tiene que ver con los problemas de la relación entre

teoría y práctica, que discutiremos en el capítulo 10. El peligro de que las aplicaciones prácticas de la técnica no logren expresar las ideas centrales de la obra de Freud, o incluso vayan en contra de su desarrollo, es especialmente grande cuando las reglas son seguidas solamente porque se les asigna un valor en sí y no en relación a su función en la ganancia de conocimiento, que debe estar en constante evaluación. Con estas reflexiones, queremos definir el contexto del uso que damos a los términos "clásico", "neoclásico", "ortodoxo", etc. Debido a que ya el mismo Freud no pudo probar la eficacia de un determinado tipo de proceder en la interpretación de los sueños como el único camino clásico, en este libro renunciaremos a hablar de técnica clásica y nos contentaremos en centrar nuestra atención en los estándares de la aplicación de las reglas.

Aunque la obra clásica de Freud se encuentra siempre, como ideal, representada en las ideas del analista, ésta no se puede trasladar a la terapia de una forma tal que pudiera justificar el hablar de la técnica clásica. Es, sin embargo, absolutamente necesario seguir y estandarizar reglas. Las reglas de tratamiento están basadas en las recomendaciones y consejos técnicos de Freud y se encuentran recopiladas en la técnica estándar. Consideraciones terapéuticas y teóricas llevan necesariamente a variaciones y modificaciones del sistema de reglas, sea en función de grupos típicos de pacientes (histeria, fobia, neurosis obsesiva, ciertas enfermedades psico-somáticas, etc.) o en beneficio de pacientes individuales. Por otro lado, en la técnica ortodoxa, la utilidad de estas reglas no es cuestionada, y los pacientes son seleccionados como adecuados para psicoanálisis, precisamente en base a si son capaces de seguir estrictamente las reglas. En el polo opuesto, se encuentra el psicoanálisis silvestre, que comienza con desviaciones insuficientemente fundamentadas de los estándares comúnmente legitimados y termina con las aberraciones y confusiones más "silvestres" (Freud 1910k). A pesar de sus claras debilidades, el análisis "silvestre" merece hoy en día una atención más diferenciada (Schafer 1985).

La creciente literatura sobre la praxis de Freud (Beigler 1975; Cremerius 1981b; Kanzer y Glenn 1980), facilita la elaboración crítica de la historia de la técnica psicoanalítica. La solución de los problemas actuales no puede, sin embargo, ser encontrada en una identificación ingenua con el comportamiento, humano y natural, de Freud, quien, cuando era necesario, proveía a sus pacientes de comida y les prestaba o regalaba dinero; pues la extensión de la teoría de la transferencia ha llevado a los analistas a poner especial atención en los variados aspectos de la relación y sus interpretaciones. Según nuestro parecer, estamos hoy en día más que nunca comprometidos a cumplir con la demanda que Freud (1927a) trajera a la discusión en el epílogo de ¿Pueden los legos ejercer el análisis? (1927a, p.241), donde subrayaba que todas las aplicaciones prácticas debieran utilizar conceptos psicológicos y orientarse hacia el "psicoanálisis científico". Se da por supuesto que se deben considerar las investigaciones que, aunque usando otra metodología, se orienten hacia el

mismo campo de aplicación. El psicoanálisis científico es, especialmente en sus aplicaciones no terapéuticas, dependiente del trabajo interdisciplinario (véase Wehler 1971, 1972).

De forma similar, los analistas tratantes tampoco pueden ignorar los métodos modernos de investigación sobre proceso y resultados psicoterapéuticos. La pregunta crucial es qué es lo que distingue y caracteriza al psicoanálisis científico. Como autores de un texto de terapia psicoanalítica, podemos dejar al criterio de investigadores competentes, el decidir qué aplicaciones prácticas del método psicoanalítico satisfacen, en el campo de la historia de la religión y de la cultura, de la mitología y de la literatura (véase Freud 1923a), tanto las exigencias del psicoanálisis científico como las de la disciplina misma. En el ámbito de la aplicación terapéutica del método psicoanalítico, la pregunta acerca de qué constituye el psicoanálisis científico, puede ser respondida mediante las indicaciones de las tres tesis fundamentales de Freud, contenidas en los párrafos iniciales de este capítulo. Mientras más estrictamente sean establecidas las reglas y mientras menos se investiguen científicamente sus efectos sobre la terapia, mayor es el peligro de la ortodoxia. Es por lo demás evidente que la ortodoxia no se puede conciliar con la postura científica. Por esta razón hablamos simplemente de técnica psicoanalítica, o, abreviado, de técnica analítica. En esto, sin embargo, tenemos siempre presente las reglas que han sido estandarizadas a lo largo de los años, es decir, que han sido uniformadas según un patrón. El pensar y el actuar, tanto pragmático como científico, están sujetos a reglas. Ya que mediante las reglas se estipula "cómo algo es dado a luz" (Habermas 1981, vol. 2, p.31), hay que tener constantemente en cuenta la influencia de éstas sobre los fenómenos psicoanalíticos y su modo de participación en el proceso terapéutico. Si no existiera el peligro de que se hiciera equivaler el método psicoanalítico clásico a algunas pocas reglas externas, no seríamos tan cautelosos con la denominación de "técnica clásica"; pues ciertamente también a nuestros oídos el término "clásico" suena mejor que el de "estándar" (muestra promedio, medida normal). Nuestros laboriosos argumentos, creemos dejan suficientemente en claro que no es cosa fácil preservar la tradición espiritual de la técnica de tratamiento por un lado y continuarla en forma auto-crítica por otro. Considerando la acción terapéutica desde el punto de vista recién-mente citado, es decir respecto al modo de cómo algo es dado a luz, la responsabilidad recae entonces sobre aquella persona que aplica las reglas de tal o de cual manera. En este punto, Freud entregó recomendaciones y dio consejo.

## **1.2 El aporte del psicoanalista como tesis central**

El leitmotiv de este libro es la convicción de que el aporte del analista al proceso terapéutico debe ser colocado en el foco de la atención. Por esto, todo lo examinamos sistemáticamente desde este punto de vista, trátase de la



actuación del pa-ciente, de su regresión, su transferencia o su resistencia. Todo fenómeno acaecido o posible de ser observado en la situación psicoanalítica, es influenciado por el analista.

El curso de la terapia depende de la influencia ejercida por el analista. Naturalmente hay también otros factores, tales como aquellos que determinan el curso y el tipo mismo de la enfermedad; las circunstancias de vida que llevaron a la géne-sis de ésta y aquellos factores en el aquí y ahora, que constantemente la precipitan y la refuerzan.

Las enfermedades de origen psíquico continúan deteriorándose bajo situaciones adversas y es precisamente aquí donde el analista tiene la posibilidad de ejercer una influencia psicoterapéutica, en el sentido de una nueva experiencia que promueva el cambio. El analista se siente personalmente afectado y profesionalmente envuel-to en el proceso diádico; por este motivo nos parece natural hablar de una inter-acción terapéuticamente efectiva. Para la representación del proceso terapéutico total, se requiere un modelo interaccional, concebido sobre la base de una psicolo-gía tripersonal (Rickman 1957; Balint 1968).

Si los conflictos edípicos se ven sobre la base de una teoría psicológica general de las relaciones humanas, la tercera persona está siempre presente, incluso si se encuentra físicamente ausente. Esta presencia virtual del tercero distingue la situa-ción analítica de otras relaciones bipersonales. Las consecuencias en la teoría y la práctica del psicoanálisis de la puesta entre paréntesis metodológica del tercero, no han sido hasta ahora suficientemente consideradas. La privación más allá de lo co-mún que significa la situación analítica, puede no sólo promover fantasías sino también afectar fuertemente su contenido. Por este motivo, cuando se comparan las teorías psicoanalíticas deben considerarse las respectivas técnicas de tratamien-to. La forma como terceras partes (llámese padre, madre o el otro miembro de la pareja) son percibidas en la díada (sería más justo llamarla "tríada menos uno") así como el modo como la díada se reorganiza (o no lo hace) como tríada, depende del analista. Mas allá de los conflictos de pareja que aparecen en forma inevitable a lo largo del tratamiento, otros conflictos están determinados por los problemas espe-cíficos de la "tríada menos uno" (véase cap. 6).

Si realmente queremos entender lo que sucede en el proceso terapéutico, debemos investigar el comportamiento del analista y su aporte en la creación y el man-tenimiento de la situación terapéutica. Esta exigencia programática fue erigida por Balint (1950) y no ha sido respondida satisfactoriamente hasta hoy en día; según Modell (1984a), pasó incluso al olvido. Por lo menos, en la mayoría de las pre-sentaciones casuísticas, la parte concerniente al analista (lo que él dijo e hizo, lo que hay detrás de la elección de las interpretaciones) no es adecuadamente aclarado. Por este motivo, no quisiéramos que se vea como un signo de ambición tera-péutica exagerada el que afirmemos, en concordancia con Freud, que la tarea del analista es la de estructurar la situación terapéutica de tal forma que el paciente tenga las mejores posibilidades para resolver sus

conflictos, reconociendo sus en-raizamientos inconscientes para de esta forma liberarse de sus síntomas. Por esto nos interesa dejar en claro que el analista debe ejercer una profunda influencia; no creemos que la libertad del paciente se restrinja con ello, por el contrario, más bien se la amplía al animarlo a participar críticamente en las discusiones.

Toda regla debe ser considerada desde el punto de vista de si facilita o dificulta el conocimiento de sí mismo y la solución de los problemas, de tal manera que el analista debiera estar abierto a introducir las modificaciones

correspondientes. De esto se deduce que no vemos la teoría de la técnica psicoanalítica y sus reglas co-mo un canon rígido. Por el contrario, el impacto de las reglas en la terapia debe fundamentarse en cada caso. Preferimos un enfoque orientado hacia los problemas, que está sin embargo lejos del estilo prescriptivo de un libro de recetas de cocina. Por ejemplo, hoy en día ya no es posible prescribir la regla fundamental en la creencia de que las asociaciones libres se instalarán por sí mismas y libres de la influencia de otros factores.

Todas las estandarizaciones pueden tener efectos de-seados y efectos secundarios no deseados, tanto en un sentido positivo como nega-tivo, capaces de aliviar o dificultar el proceso terapéutico en cada caso individual.

En su actividad diagnóstica y terapéutica, el analista se orienta en la teoría psicoanalítica como psico(pato)logía sistemática del conflicto. Kris (1975 [1947], p.6), caracterizó al psicoanálisis como el estudio del "comportamiento humano visto bajo el punto de vista del conflicto". Binswanger (1955 [1920]) ya había considerado esto como el paradigma histórico-científico del psicoanálisis, contenido en las más bien modestas palabras de Freud (1916-17, p.59): "no queremos meramente describir y clasificar los fenómenos, sino concebirlos como indicios de un juego de fuerzas que ocurre dentro del alma..." La amplia significación de la teoría psicoanalítica reside en el hecho de que considera el ciclo vital humano, des-de el primer día de vida en adelante, bajo el punto de vista del impacto del con-flicto sobre el bienestar personal y la vida en común.

Naturalmente, si se definen los conflictos y su rol en la génesis de las enfermedades tanto psíquicas como psi-cosomáticas, como meros procesos intrapsíquicos (en vez de calificarlos también como procesos interpersonales), se está restringiendo la amplitud de la teoría y de su correspondiente técnica.

A pesar de las advertencias de Hartmann (1950, 1955) sobre las "teorías reduccionistas" y las "conclusiones genéticas engañosas", la historia de la técnica psicoanalítica se caracteriza por la unilateralidad, y la existencia misma de diferentes escuelas psicoanalíticas es una evidencia clara al respecto. Hartmann habla de una "falacia genética" si "la función actual es igualada a su historia, o incluso reducida a sus precursores genéticos, como si la continuidad genética fuera inconsistente con el cambio de función" (1955, p.221). Sin embargo, los discípulos que se adhieren a teorías reduccionistas no solamente son muy dados a escoger "una parte de la verdad [situándola] en el lugar del todo" y, como también Freud lo destacara, (1916-17, p.315) "en aras de ella, [dados a poner] en entredicho todo lo demás, que no es menos verdadero". En este pasaje,

Freud trata el problema de la causa de las neurosis y plantea la hipótesis de las series complementarias, en cuyo núcleo se encuentra el conflicto psíquico. Las teorías reduccionistas no solamente son criticables por incompletas y unilaterales, sino sobre todo porque ellas hacen pasar hipótesis provisionales por ya demostradas. La misma crítica debe hacerse a la pretensión de que la teoría psicoanalítica representa toda la verdad, la cual debe ser protegida contra las interpretaciones unilaterales. La tesis freudiana de la unión inseparable entre teoría y praxis hace necesario aplicar criterios científicos a la complejidad, lo que necesariamente relativiza la aspiración a la verdad y permite que una tesis sea más creíble que otra alternativa, o incluso que una refute totalmente a la otra. El que el todo es más que la suma de sus partes, vale también para las series complementarias. Estas confrontan al estudiante directamente con la complejidad de la génesis de los conflictos en su relación con la psicopatología. Por nombrar algunos ejemplos: Balint criticó como unilateral el modelo intrapsíquico de los conflictos y la demanda según la cual las interpretaciones se reclaman como medio terapéutico exclusivo. Por su parte, la psicología del self de Kohut tiene su punto de partida en la insatisfacción con la técnica neoclásica y su base teórica, esto es, el valor patogénico de los conflictos intrapsíquicos edípicos en ciertas neurosis de transferencia. La formación de escuelas dentro del ámbito psicoanalítico se remonta siempre a insatisfacciones múltiples y a numerosas causas, donde las nuevas escuelas ponen grandes esperanzas en ellas mismas, hasta que a su vez se rigidizan en nuevas unilateralidades. Nuestro énfasis en la importancia decisiva de la contribución del analista al proceso terapéutico debiera ayudar a eliminar el desarrollo de escuelas, promoviendo un punto de vista crítico de la teoría y de la práctica analítica. Nuestro punto de partida es la amplia teoría de los conflictos de Freud y no los componentes de los conflictos intrapsíquicos de un grupo de pacientes determinados, como fuera por ejemplo descrita por Brenner (1979b). Estas restricciones han llevado a movimientos en sentido contrario, cuya última versión es por el momento la psicología del self de Kohut. Al cercenamiento teórico del modelo del conflicto correspondió el descuidar la relación bipersonal en la relación. Si se restablece toda la amplitud teórica y práctica de la teoría psicoanalítica del conflicto, las descripciones de los defectos del yo y del self se incorporan sin mayores dificultades, como demostraron Wallerstein (1983), Modell (1984a) y Treurniet (1983). Naturalmente uno no se puede quedar con esta afirmación general; si sucediera esto, se haría cierta la afirmación de Goldberg (1981, p.632) respecto a que si todo se reduce a conflicto, entonces este concepto pierde su contenido ("if every-thing is conflict, conflict is nothing"). De cualquier modo, la teoría psicoanalítica del conflicto sale ilesa en su alcance respecto a la patogénesis: a ésta nunca la han detenido los lugares comunes. A través de la teoría psicoanalítica estructural, los conflictos edípicos y sus repercusiones en la génesis de las neurosis estaban en el centro de la atención. La restricción de la atención a los conflictos intra- o intersistémicos en el campo

ten-sional del superyó, ideal del yo, yo y ello, no es de ningún modo una consecuencia inevitable de la teoría estructural. Como veremos en forma más precisa en el cap. 4, en la discusión referente a la relación de las distintas formas de resistencia y los mecanismos de defensa, la formación de la estructura reposa sobre las relaciones de objeto, es decir, en los procesos de identificación con ambos padres durante la fase edípica, modelo de otros tipos de identificaciones, tanto en la fase preedípica como en la adolescencia. Se necesita solamente recordar el postulado básico de Freud, de que la identificación representa la forma más temprana de ligazón afectiva (1921c, p.101).

En los últimos decenios, se han dado descripciones especialmente claras sobre estas identificaciones durante el desarrollo del yo y del ello dentro del marco de la teoría estructural, como las de Jacobson (1964) para la fase preedípica, y la de Erikson (1959) en la adolescencia. Las descripciones dadas por los seguidores de la escuela psicoanalítica de la psicología del yo o para las identificaciones dentro del marco de las relaciones de objeto edípicas y preedípicas, no derivaron sin embargo hacia una extensión del psicoanálisis (que, por lo demás, estaba implícita en la teoría estructural) sino, por el contrario, la técnica psicoanalítica se vio más bien restringida al modelo del conflicto intrapsíquico edípico y a la psicología uniper-sonal propia de la técnica estándar. La razón la vemos en el hecho de que tanto las relaciones de objeto como las identificaciones resultantes de éstas, como en general toda la teoría estructural, están fundadas sobre la base del principio de la economía de la descarga pulsional. Según el "principio de constancia", que Freud adoptara de Fechner, y que es la base de la teoría psicoanalítica, desde la cual todo es influenciado, "el sistema nervioso es un aparato al que está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo" (Freud 1915c, p.115). No obstante, Modell hace la siguiente proposición que a nuestro parecer es acertada, en una nota introductoria de su ensayo *The Ego and the Id: Fifty Years Later* [El yo y el ello: 50 años después]:

Las relaciones de objeto no son fenómenos de descarga. El concepto freudiano del instinto como algo que surge desde el interior del organismo, no se puede aplicar a la observación de que la formación de relaciones objetales es un proceso de la preocupación mutua que se da entre dos personas (un proceso que no presenta clímax o puntos culminantes de descarga). Más aún, el concepto mismo de instinto no ha encontrado su necesaria fundamentación en la biología contemporánea. Yo creo, al igual que Bowlby (1969), que las relaciones de objeto tienen su analogía en los comportamientos gregarios [attachment behaviors] de otras especies (Modell 1984, pp.199-200).

Una psicopatología psicoanalítica amplia del conflicto puede partir hoy en día de la suposición, comúnmente aceptada, de que no hay disturbios en las relaciones de objeto que no vayan acompañados también de disturbios en el sentimiento de sí (autoestima).

Es aconsejable suplementar la teoría psicoanalítica explicativa, a través de la cual la psicopatología del conflicto fue sistematizada, con una teoría de la terapia, a modo de una sistemática para la solución del problema. El objetivo de la terapia es el de solucionar los conflictos bajo condiciones más favorables que las que mediaron como padrinos en el momento de originarse (usamos a propósito esta metáfora, con la idea de subrayar la naturaleza interpersonal de los determinantes de la patogénesis). Por esto es admirable que el desarrollo de la propuesta de una sistemática para la solución del problema, para la cual el analista tiene un aporte considerable que hacer en base a su "conocimiento del cambio" (Kaminski 1970), cojee detrás de la teoría explicativa del psicoanálisis. Un modelo plausible de terapia, como el de Sampson y Weiss (1983), que destaca el dominio en el aquí y ahora de los antiguos traumas que permanecen psicodinámicamente activos, se hizo esperar un buen tiempo. En esto, sin embargo, ya Waelder (1936) había creado condiciones favorables para este tipo de modelo en su significativo trabajo sobre el principio de la función múltiple, donde elevó la solución de problemas al status de una amplia función yoica: "El yo siempre se ve enfrentado a problemas y se esfuerza en encontrar su solución... Correspondientemente, los procesos en el yo pueden ser descritos como intentos de solucionar problemas; el yo de una persona se caracteriza por un número específico de métodos de solución" (pp.46-47). Al mismo tiempo, Waelder puso la atención en los problemas del arte interpretativo psicoanalítico y fue quizás el primero en hablar de la hermenéutica psicoanalítica.

En base a las exposiciones anteriores, podemos delinear nuestra concepción de la terapia del siguiente modo: la conformación y la estructuración de la transferencia es promovida por las interpretaciones y se desarrolla dentro de la especial relación terapéutica (alianza de trabajo). El paciente está sensibilizado por las experiencias tempranas e inicialmente percibe en el tratamiento de manera especial todo aquello que, de acuerdo con sus expectativas inconscientes, sirve a la repetición y a la creación de una identidad de percepción (Freud 1900a). Las nuevas experiencias que se le ofrecen al paciente en la situación analítica, lo capacitan para solucionar problemas anteriormente insolubles. A través de interpretaciones, el analista ayuda al paciente a superar resistencias inconscientes y le facilita el conocimiento de sí mismo; en este proceso el paciente puede alcanzar espontáneamente sorprendentes intelecciones (insights). Debido a que las interpretaciones analíticas son ideas que se originan en el analista, éstas pueden ser también descritas como puntos de vista o como opiniones. Como intelecciones (insights), pueden tener en el paciente un efecto terapéutico duradero, si resisten al examen crítico del paciente o, en general, si son percibidas por éste como correspondientes, en primer lugar, a sus "expectativas", esto es, a su

realidad interna. Estos insights intervienen entonces en el vivenciar y lo modifican en el curso del trabajo analítico, el cual continúa a lo largo del diario vivir del paciente. El paciente percibe estos cambios en forma subjetiva, pero también es posible demostrar su existencia a través de las alteraciones en la conducta o en el desaparecimiento de sus síntomas.

Esta concepción terapéutica implica que el valor del método psicoanalítico puede ser juzgado por los cambios que resultan de la terapia. Aunque los cambios estructurales sean siempre la meta, puede suceder que por diversos motivos desfavorables de distinto tipo, éstos no puedan ser alcanzados. Bajo ninguna circunstancia, sin embargo, el analista puede eximirse de responder a las siguientes preguntas:

1. ¿Cómo ve el analista la conexión entre la estructura supuesta (como una proposición teórica) y los síntomas del paciente?
2. ¿Qué cambios internos (vivenciados por el paciente) y cuáles externos señalan qué tipo de cambio estructural?
3. A la luz de la respuesta a las dos preguntas anteriores, ¿se justifica la intervención terapéutica?

Estamos de acuerdo con Brenner (1976, p.58), en que el cambio es lo esencial del proceso psicoanalítico y "que la mejoría de los síntomas es un criterio necesario, aunque de ninguna forma suficiente en sí mismo, para validar una línea de interpretación y las conjeturas sobre las que se basa".

La interpretación, característica esencial de la técnica psicoanalítica, es parte de una compleja red de relaciones. La interpretación no es ni un acto puro, un actuar sin contaminación, ni tampoco es independiente de las reglas de tratamiento; y, finalmente, el analista en todo momento se encuentra involucrado con su realidad psíquica, con su contratransferencia y su teoría. El psicoanálisis, al igual que otras disciplinas prácticas, se caracteriza por la habilidad de ir de los conocimientos generales al caso individual y viceversa.

La necesidad de hacer justicia a la singularidad de cada paciente, transforma el psicoanálisis, en su aplicación terapéutica, en un arte, una "techné", en resumen, en un oficio, que debe ser aprendido, para que, fiel a las reglas de la ciencia del curar, sea capaz de tratar y de cometer las menos faltas posibles. En esto, las reglas pueden servir como recomendaciones generales. Sin perjuicio de la connotación actual que se da al concepto de "tecnología", no nos asustamos en usar el término de "tecnología psicoanalítica", como es empleado por el filósofo de orientación analítica, Wisdom (1956). Una cosa es la técnica sin alma y la enajenación; pero las herramientas psicoanalíticas, como "reglas del arte", se encuentran en otro nivel del sentido atribuido a la "techné". Los psicoanalistas no son ni "psicotécnicos" ni "analistas" en el sentido de que ellos descompongan el alma y luego dejen la síntesis (como curación) a su propio cuidado. Asumimos los malentendidos que puedan surgir de nuestra postura terapéutica al usar el término de "tecnología", pues pensamos que los analistas, al dar sus interpretaciones, siguen principios tecnológicos, en su buscar y

encontrar de acuerdo con un método, en su heurística, y así sucesivamente, hasta llegar a la experiencia del "ahá" del paciente. Como tecnología hermenéutica, el método psicoanalítico tiene una relación complicada con la teoría (véase cap. 10).

Especialmente relevante para el arte interpretativo psicoanalítico, es el conocimiento de las acciones teleológicas y dramáticas:

Las acciones teleológicas pueden ser juzgadas bajo el aspecto de su eficacia. Las reglas de acción encarnan un conocimiento técnico y estratégico utilizable y que puede ser criticado en función de las exigencias de veracidad y mejorado retro-alimenticiamente con el aumento de conocimiento teórico-empírico. Este conocimiento es almacenado en forma de tecnologías y estrategias. (Habermas 1985, vol. 1, p.333; cursiva en el original).

En la adaptación de estas reflexiones a la técnica psicoanalítica, hay que tener por supuesto en cuenta que las acciones orientadas hacia metas, de las cuales ya desde los tiempos de Aristóteles se ocuparon las teorías filosóficas de la acción (Bubner 1976), no pueden ser restringidas a una racionalidad de objetivo en el sentido de Max Weber. Seríamos también fundamentalmente malentendidos en nuestra posición, si del énfasis puesto en el cambio como meta de la terapia, se creyera inducir que esto implica establecer metas fijas. En realidad, en la técnica interpretativa psicoanalítica no puede darse una comunicación sin objetivo, sino que los objetivos quedan abiertos y son configurados por la espontaneidad del paciente, por sus libres asociaciones, por el examen crítico de las ideas del analista y por sus metas manifiestas o latentes. En este proceso, dialéctico y en espiral, van emergiendo nuevos caminos y metas como por sí mismas y por cierto guiadas por una necesidad inmanente al mismo.

### **1.3 Crisis de la teoría**

El psicoanálisis se encuentra desde largo tiempo en una situación "revolucionaria y casi anárquica" (A. Freud 1972a, p.152). Casi no hay concepto teórico o técnico que no sea atacado por uno u otro autor. Según A. Freud, esto queda especialmente claro en los indicios de crítica que se hace a la asociación libre, a la interpretación de los sueños (que tuvo que ceder su rol preponderante a la interpretación de la transferencia), como a la transferencia misma, que ya no es entendida como un suceso espontáneo en el comportamiento y raciocinio de un paciente, sino como un fenómeno inducido por las interpretaciones del analista (1972a, p.152). En el entretanto, las controversias internas más bien han aumentado. Ni siquiera los pilares fundamentales de la práctica psicoanalítica (transferencia y resistencia) se encuentran en su lugar de origen. Refiriéndose a estos componentes esenciales del psicoanálisis, Freud constató:

Es lícito decir, pues, que la teoría psicoanalítica es un intento por comprender dos experiencias que, de modo llamativo e inesperado, se obtienen en los ensayos por reconducir a sus fuentes biográficas los síntomas patológicos de un neurótico: el hecho de la transferencia y el de la resistencia. Cualquier línea de investigación que admita estos dos hechos y los tome como punto de partida de su trabajo tiene derecho a llamarse psicoanálisis, aunque llegue a resultados diversos de los míos (1914d, p.16).

Ciertamente, tiene considerables repercusiones en la teoría y la técnica el que se reemplace uno de estos pilares fundamentales, o el que el método analítico se apo-ye (o tenga que apoyarse), en varios pilares distintos, si se quiere llenar las demandas que la práctica analítica impone.

Si uno se detiene a observar los indicios de cambios profundos, bajo el punto de vista de la historia de la ciencia (Kuhn 1962), se encuentran, por un lado, buenas razones para afirmar que el psicoanálisis hizo tardíamente su entrada en la fase de ciencia normal y, por otro, también buenos argumentos para indicar que se está llevando a cabo un proceso de evolución o que un cambio del paradigma es inminente (Spruiell 1983; Rothstein 1983; Ferguson 1981; Thomä 1983c). En estos argumentos se encuentran enfrentados puntos de vistas muy divergentes, pero conectados en torno a su adhesión a la obra de Freud.

Ciertamente, aunque se reconozca la presencia de la transferencia y de la resistencia, así como de otros supuestos psicoanalíticos básicos, es decir, procesos psíquicos inconscientes y la valorización de la sexualidad y del complejo de Edipo (Freud 1923a, p.242-3), se puede llegar a conclusiones distintas usando el método psicoanalítico de investigación y de tratamiento. Con esto, nuevamente queda demostrado cuán complicada es la relación de la técnica psicoanalítica con la teoría. Este desasosiego innovador, que se impuso como "crisis de identidad" (Gitelson 1964; Joseph y Widlöcher 1983), tiene su contrapartida en la ortodoxia psicoanalítica. Como reacción hacia críticas profundas dentro y fuera de sus propias líneas y como expresión de preocupación frente a lo esencial en el psicoanálisis, esta ortodoxia es entendible; pero como un modo de solucionar los conflictos, es tan poco apropiado como cualquier forma de reacción neurótica. De hecho, rigidez y anarquía se condicionan y se refuerzan mutuamente, por lo que A. Freud (1972a) las menciona juntas.

La práctica psicoanalítica no es la única esfera marcada por cambios e innovaciones. La "superestructura especulativa", como Freud (1925d, p.31) denominó la metapsicología, se encuentra en los últimos decenios desestabilizada. En la renuncia a esta estructura, que Freud utilizó para colocar al psicoanálisis bajo el alero de las ciencias naturales, muchos ven el comienzo de una nueva era. Algunos creen que de esta forma, después de liberarse del supuesto "automalentendido cientifista" de Freud (Habermas 1971), el arte interpretativo puede encontrar su lugar entre las disciplinas hermenéuticas;



otros, en cambio, creen ver en la renuncia a la metapsicología la posibilidad de que, finalmente, sea plenamente reconocida la teoría clínica psicoanalítica, la cual al encontrarse en una ubicación más cercana a la observación, sirve mejor como hilo conductor de la práctica, lo que puede ser demostrado empíricamente. Sin embargo, no es posible trazar en forma nítida una línea divisoria entre los diferentes pisos que conforman la edificación de la teoría analítica. Pues las vigas de la metapsicología, más o menos visibles en la albañilería, atraviesan también los pisos más bajos. Las presunciones metapsicológicas se encuentran contenidas en las teorías clínicas más cercanas a la observación y son capaces de influenciar al analista en su quehacer terapéutico, incluso cuando él cree estar atendiendo en forma absolutamente desprejuiciada y entregado a su "atención parejamente flotante". Pues: "ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva" (Freud 1915c, p.113).

A lo largo de la elaboración secundaria del material obtenido en una sesión o durante el curso de una terapia, el analista examina también la relación en que se encuentran sus ideas con la teoría psicoanalítica. Freud piensa que esta tarea no se entenderá por cumplida, mientras no haya sido descrito un proceso psíquico en sus puntos de vista dinámicos, topográficos y económicos:

Reparamos en que poco a poco hemos ido delineando, en la exposición de ciertos fenómenos psíquicos, un tercer punto de vista además del dinámico y del tópico, a saber el económico, que aspira a perseguir los destinos de las magnitudes de excitación y a obtener una estimación por lo menos relativa de ellos. No juzgamos inadecuado designar mediante un nombre particular este modo de consideración que es el coronamiento de la investigación psicoanalítica. Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos dinámicos, tópicos y económicos eso se llame una exposición metapsicológica. Cabe predecir que, dado el estado actual de nuestros conocimientos, lo conseguiremos sólo en unos pocos lugares (Freud 1915e, p.178; cursiva en el original)

Para caracterizar el significado clínico que tiene este modo de ver las cosas, Freud hizo una descripción del "proceso de represión en las tres neurosis de transferencia conocidas". Debido a que "la doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis" (1914d, p.15), se hace claro que para Freud las explicaciones metapsicológicas revestían una importancia fundamental. Su meta en la elaboración de una metapsicología era la de "aclarar y profundizar las hipótesis teóricas que podrían ponerse en la base de un sistema psicoanalítico" (Freud 1917d, p.221). De acuerdo con Laplanche y Pontalis:

En vez de tratar como obras metapsicológicas todos los estudios teóricos que contienen conceptos e hipótesis intrínsecas a estos tres puntos de vista, sería preferible reservar estas descripciones para aquellos textos que son más básicos, y en que se desarrollan o exponen las hipótesis que lleva consigo la psicología psicoanalítica (1973, p.250).

Estos autores consideran los siguientes como "los textos estrictamente metapsicológicos" dentro de la obra de Freud: el Proyecto de psicología (1950a [1895]), el cap. 7 de La interpretación de los sueños (1900a), las Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911b), Más allá del principio de placer (1920g), El yo y el ello (1923b), y Esquema del psicoanálisis (1940a). Hasta en su último período creativo, Freud buscó los fundamentos de la teoría psico-analítica dentro de los supuestos metapsicológicos, es decir, en el punto de vista dinámico, topográfico y económico. Sin embargo, por el otro lado, el método psicoanalítico se mantuvo en el ámbito de la psicología profunda, y los descubrimientos de Freud posibilitaron investigaciones sistemáticas sobre la influencia de los procesos psíquicos inconscientes en el destino del hombre y la patogénesis. El método analítico y el lenguaje de la teoría no se encuentran en un mismo nivel: aun en su póstumo Esquema del psicoanálisis, Freud trató de encontrar una explicación del aparato psíquico económico pulsional, aunque al mismo tiempo subrayara que nos es desconocido aquello que existe "entre los dos puntos finales de nuestro conocimiento", entre los procesos en el cerebro y el sistema nervioso y nuestros actos conscientes. Un aumento en el conocimiento de este tipo de relación, "a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de la conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia" (1940a, p.143; la cursiva es nuestra). Freud tenía varias ideas acerca de las relaciones psíquicas: en la búsqueda de explicaciones físicas, biológicas, cerebrales y neurofisiológicas del comportamiento humano dentro del concepto de pulsión y en la teoría de la pulsión, Freud siempre se mantuvo fiel a su amor de juventud (Sulloway 1979); el modelo explicativo de la psicología profunda se orienta, en cambio, a las conexiones de sentido, en cuya exploración se llega al análisis de la motivación, que a su vez lleva hacia las causas y razones inconscientes. Al incorporar estas razones y causas, la comprensión de las conexiones de sentido se amplía de tal modo, que se pueden explicar fenómenos que hasta ese entonces carecían de sentido, incluso vivencias y conductas delirantes. Jaspers (1963) usa el término de "comprender como-si" para describir esta situación híbrida, que también es característica del uso verbal cotidiano del explicar y el comprender. Este "comprender como-si" fue introducido en los Estados Unidos (como un nivel superior de hipótesis clínicas) por Rubinstein (1967). De este modo, el enraizamiento doble del explicar en el método psicoanalítico se encuentra entrelazado de un modo complejo con el comprender. Nosotros vemos el "como-si" como una marca de distinción.

Las diversas ideas de Freud sobre las relaciones psíquicas son la fuente de las contradicciones y de las poderosas tensiones que atraviesan su obra y que desem-bocaron en la crisis actual de la teoría; pues con la ayuda del método psicoana-lítico, Freud llegó a concepciones teóricas que intentó describir en términos meta-psicológicos y que finalmente retrotrajo a procesos biológicos, mientras que si-multáneamente por otro lado desarrolló una teoría de psicología profunda que per-maneció inmanente al método, es decir, que se apoyaba en la experiencia ganada en la situación analítica y no extraía sus ideas de la biología y la física del cambio de siglo. Durante el mismo período en que dio una interpretación metapsicológica a la represión, con referencia a la investidura energética, Freud escribe en su trabajo *Lo inconsciente* (1915e, p.164s):

De cualquier modo, resulta claro que esa cuestión, a saber, si han de concebirse como anímicos inconscientes o como físicos esos estados de la vida anímica de innegable carácter latente, amenaza terminar en una disputa terminológica. Por eso es juicioso promover al primer plano lo que sabemos con seguridad acerca de la naturaleza de estos discutibles estados. Ahora bien, en sus caracteres físicos nos resultan por completo inasequibles; ninguna idea fisiológica, ningún proceso químico pueden hacernos vislumbrar su esencia. Por el otro lado, se comprueba que mantienen el más amplio contacto con los procesos anímicos conscientes; con un cierto rendimiento de trabajo pueden trasponerse en éstos, ser sustituidos por éstos; y admiten ser descritos con todas las categorías que aplicamos a los ac-tos anímicos conscientes, como representaciones, aspiraciones, decisiones, etc. Y aun de muchos de estos estados latentes tenemos que decir que no se distinguen de los conscientes sino, precisamente, porque les falta la conciencia. Por eso no vacilaremos en tratarlos como objeto de investigación psicológica, y en el más íntimo entrelazamiento con los actos anímicos conscientes.

La obstinada negativa a admitir el carácter psíquico de los actos anímicos latentes se explica por el hecho de que la mayoría de los fenómenos en cuestión no pasaron a ser objeto de estudio fuera del psicoanálisis. Quien no conoce los hechos patológicos, juzga las acciones fallidas de las personas normales como meras contingencias y se conforma con la vieja sabiduría para la cual los sueños sueños son, no tiene más que soslayar algunos enigmas de la psicología de la conciencia para ahorrarse el supuesto de una actividad anímica inconsciente. Por lo demás, los experimentos hipnóticos, en particular la sugestión posthipnótica, pusieron de manifiesto de manera palpable, incluso antes de la época del psico-análisis, la existencia y el modo de acción de lo inconsciente anímico (la cursiva es nuestra).

De acuerdo con las Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-17, p.18), el psicoanálisis "debe mantenerse libre de cualquier presupuesto ajeno, de natura-leza anatómica, química o fisiológica, y trabajar por entero con

conceptos auxiliares puramente psicológicos". Es en el contexto de esta famosa afirmación, como Freud escribió que el psicoanálisis "quiere dar a la psiquiatría esa base común psicológica que se echa de menos y espera descubrir el terreno común desde el cual se vuelva inteligible el encuentro de la perturbación corporal con la perturbación anímica". Con todo, la idea en realidad dominante, aunque oculta, e importante ya en 1895, en el Proyecto de psicología, era la intención de desarrollar una psicología científica, esto es, describir procesos psicológicos como cuantitativamente determinados por componentes materiales. Permaneció como la esperanza de Freud el que la estructura metapsicológica del psicoanálisis, es decir, su superestructura, pudiera "recibir alguna vez su fundamento orgánico" (1916-17, p.354).

Los conceptos psicológicos auxiliares profundos se refieren especialmente a procesos psíquicos inconscientes. Junto a la psicología y la psicopatología del conflicto fundadas por Freud, ellos forman la base sobre la cual se puede entender la coincidencia de trastornos somáticos y psíquicos. En las décadas recientes, el psicoanálisis ha adoptado otras ideas auxiliares provenientes de la psicología evolutiva y cognitiva. Más aún, una consecuencia de la discusión de las teorías de la ciencia, ha sido el que el método psicoanalítico y los fenómenos psíquicos detectables asociados con él, han sido colocados en el centro del interés y llegado a ser un foco de verificación de la teoría. Estos desarrollos han conducido a una crisis fundamental en toda la estructura teórica del psicoanálisis. La tarea de nuestro tiempo es renovar la teoría del psicoanálisis, que previamente tomó la forma de metapsicología y que así se basó en un cimiento débil, que por lo demás le es sustantiva y metodológicamente ajeno.

No es una casualidad el que la crisis de la metapsicología, que alcanza todos los ámbitos de la teoría clínica, se hiciera manifiesta con la preparación sistemática de la investigación para verificar las hipótesis. En la verificación clínica y experimental de las teorías, no se puede partir de especulaciones metapsicológicas, que contienen una mezcla híbrida de postulados ideológicos derivados de la filosofía natural, profundas afirmaciones metafóricas sobre el hombre, así como observaciones geniales y teorías sobre la génesis de las enfermedades mentales. Uno de los que contribuyeron al proceso pionero de clarificación fue Rapaport (1967), quien sistematizó la teoría psicoanalítica e intentó dar un fundamento científico a su práctica. Su conocimiento enciclopédico se encuentra comprimido en el libro *La estructura de la teoría psicoanalítica* (1960), donde elaboró de tal modo el sistema existente de supuestos metapsicológicos, que salieron a relucir sus puntos débiles. El mismo menciona esto casi al pasar, mientras discute las, en su opinión bajas, posibilidades de sobrevivencia de algunos de los conceptos centrales del sistema (1960, p.124). Rapaport y Gill (1959) ampliaron la metapsicología hasta incluir los puntos de vistas genético y adaptativo, que estaban incluidos en los escritos de Freud y que habían sido elaborados por Hartmann y cols. (1949) y también por Erikson (1959). Se desprende fácilmente, que los puntos de vista

genético (evo-lutivo), como adaptativo, contienen elementos psicosociales que distan enorme-mente de los supuestos biológicos del principio económico. Cuando, después de la muerte de Rapaport, sus discípulos y colaboradores mira-ron en retrospectiva y continuaron con su original trabajo científico, compren-dieron que para transformar conceptos metapsicológicos en teorías verificables, era necesario efectuar profundos cambios. De este modo, Holt (1967a), editor del vo-lumen en memoria a Rapaport, propuso abandonar los conceptos de energía, tales como investidura y libido, y también los términos explicativos de yo, superyó y ello (Gill y G. Klein 1964). Entre los críticos más vociferantes de la metapsi-cología se encuentran no pocos de los colaboradores de Rapaport, como por ejem-plo Gill, G. Klein, Schafer y Spence. Es insensato interpretar psicoanalítica-mente su alejamiento de Rapaport, como lo han hecho algunos de sus críticos. Tales argumentos ad hominem enmascaran la ulterior clarificación de las razones objetivas de por qué la vasta obra de Rapaport introdujo una nueva época. Los fructíferos efectos de su intento de sistematización se pueden ver en la promoción de la investigación clínica, en gran parte gracias al aporte esencial de renombrados analistas de su escuela. Las explicaciones metapsicológicas se encuentran, como ahora es claro, más allá del alcance del método de investigación psicoanalítico. La validez de la metapsicología no se puede demostrar con la ayuda del método analítico, en cuanto el principio económico se apoya en procesos del sistema ner-vioso central, los cuales son sólo accesibles a la investigación fisiológica. El que, a pesar de todo, los puntos de vista metapsicológicos hayan influenciado tan fuer-temente la acción terapéutica a lo largo de décadas, se puede explicar porque mu-chos conceptos fueron utilizados metafóricamente. La teoría clínica del psicoaná-lisis está llena de metáforas. Se han hecho, ahora sí, intentos de diferenciar los diversos niveles de la formación teórica, en relación con su verificabilidad clínica y experimental. Como respuesta a la crítica de los filósofos, Waelder hizo un bosquejo de los distintos niveles de la teoría psicoanalítica y sus conceptos asociados, en su ensa-yo Psychoanalysis, scientific method and philosophy [Psicoanálisis, método cien-tífico y filosofía] (1962):

1. Datos de la observación, es decir, material que el analista obtiene de su paciente y que de regla no es accesible para otros. Estos datos configuran el nivel de la observación y son luego el objeto de las interpretaciones del analista, en vista de sus conexiones mutuas y de su relación con otros patrones de conducta o contenidos conscientes e inconscientes. Aquí nos movemos en el nivel de la in-terpretación clínica individual (interpretación "histórica" individual, Freud 1916-17, p.246-7).
2. Partiendo de los datos individuales y de sus interpretaciones, se emprenden generalizaciones que conducen a determinadas afirmaciones en relación con gru-pos de pacientes, formación de síntomas y de grupos de edad. Este es el nivel de la generalización clínica (síntomas típicos, según Freud).

3. Las interpretaciones clínicas y sus generalizaciones permiten la formulación de conceptos teóricos que pueden ya estar contenidos en las interpretaciones o hacia los cuales las interpretaciones pueden conducir, como por ejemplo, represión, defensa, retorno de lo reprimido, regresión, etc. Aquí tenemos lo que en psicoanálisis se llama la teoría clínica.

4. Más allá de esta teoría clínica se encuentran, sin que se pueda trazar una línea divisoria clara, conceptos más abstractos como investidura, energía psíquica, Eros y pulsión de muerte, esto es, la metapsicología psicoanalítica. En especial, en la metapsicología, como también más allá de la misma, se puede ver la filosofía personal de Freud (véase Wisdom 1970).

Este esquema pone de manifiesto una jerarquía en las teorías psicoanalíticas, de contenido empírico bastante diferenciado, que hay que tener presente en cualquier evaluación científica.

Waelder asigna a los niveles más altos de abstracción una significación decreciente para la práctica psicoanalítica. Si esto fuera cierto, y si la teoría clínica pudiera separarse de los supuestos metapsicológicos y vista como un sistema independiente, la crisis de la teoría podría ser definida claramente. En realidad, no es fácil de discernir qué ideas pertenecen a la superestructura especulativa y cuáles son indispensables en orden a enmarcar las observaciones dentro de un contexto, sea en el sentido de la comprensión como de la explicación. El método psicoanalítico se dirige en especial hacia el reconocimiento de los procesos psíquicos inconscientes. La observación de que los deseos e intenciones, tanto inconscientes como pre-conscientes, se expresan en actos fallidos y en síntomas (el retorno de lo reprimido), pertenece tanto al nivel más bajo del edificio, como también a uno más alto. El analista, sin embargo, no mira desde el piso más alto hacia abajo, sino más bien usa un punto de vista metapsicológico, como lo describe Waelder, que también se sitúa en la planta baja. Los puntos de vistas topográficos y estructurales, es decir, la división del aparato psíquico en inconsciente, preconscious y consciente o en ello, yo y superyó, ilustra la existencia de escaleras que conectan los pisos y que pueden ser usadas en ambas direcciones.

La concepción de Waelder fue rectificada por Farrell (1981), quien caracterizó la relación entre los niveles bajos y altos de la teoría ("low and high level"), señalando que las funciones de los conceptos psicoanalíticos muestran un rostro jánico. Aclara el necesario doble cariz de la función de los conceptos en todos los niveles, mediante la siguiente descripción: en el trabajo cotidiano, el analista no utiliza los conceptos para captar detalles del aparato psíquico; él se preocupa más bien de ordenar el material entregado por el paciente. En este momento los conceptos funcionan en el nivel teórico más bajo. Pero cuando el analista se moviliza teóricamente, utiliza conceptos como el de regresión y represión, para esclarecer el funcionamiento del aparato psíquico de un paciente. Al nivel inferior corresponden, según Farrell, afirmaciones sencillas sobre un tipo de relación, como, por ejemplo, decir que una persona que sufre una frustración tiende a regresar a una etapa anterior del desarrollo. Como

modelo de represión, se menciona la observación de una conexión regular entre miedos sexuales en pacientes adultos con experiencias infantiles olvidadas (reprimidas), y su revivencia en la terapia. Con la ayuda de aquellas generalizaciones, el analista ordena las comunicaciones entregadas (el material) por el paciente. Este tipo de ordenación a través de determinar conexiones, explica el material en el "sentido débil":

Pero, si un analista trata de explicar cómo y por qué este tipo de material finalmente se produce, entonces utilizará la regresión y la represión para especificar y describir las condiciones del sistema, al cual estos conceptos se refieren. Entonces estos conceptos funcionan en el nivel superior de la teoría (Farrell 1981, p.38).

Ya en el nivel inferior de observación, los conceptos tienen un doble cariz, debido a que están en un tipo de conexión funcional que se pierde en lo hondo del inconsciente, en el ficticio concepto límite de pulsión. Sin embargo, cuando se está procediendo a hacer descripciones de la secuencia observable de sucesos, el analista puede abandonar la idea de la conexión, si se trata meramente del registro de datos. Por esto, aunque los estudios sobre asociación se guían por la idea de que existen conexiones entre los diferentes elementos, en la recolección de datos inicialmente sólo es importante registrar la secuencia completa de las asociaciones. Así, las observaciones en la situación analítica también deben ser registradas primero descriptivamente.

Ya que muchos analistas vinculan con la metapsicología tanto el status científico natural del psicoanálisis en cuanto teoría explicativa, como la demanda de un planteo causal de la terapia, el analista es afectado por la crisis en su doble calidad de científico y terapeuta. Un modo de escapar a este dilema es renunciar por completo a las teorías explicativas y contentarse con el arte interpretativo psicoanalítico, que juega el rol preponderante en la praxis. En el ámbito germanoparlante, la contraposición entre las ciencias humanistas y filosóficas comprensivas y las ciencias naturales explicativas, es conocida desde Dilthey y Rickert, y a este respecto Hartmann (1927) creyó haber demostrado claramente que el psicoanálisis es una ciencia natural. En las últimas décadas, sin embargo, el debate fue reabierto a nivel mundial. Bajo el influjo de corrientes filosóficas, que se relacionan con los nombres de Husserl, Heidegger y Sartre, se reeditaron antiguas controversias sobre el comprender y el explicar. En el ámbito francoparlante, destaca el aporte de Ricoeur, que en Norteamérica y en Canadá presentó a Freud como un hermeneuta, logrando una significativa difusión. La comprensión de la obra de Lacan no es menos dependiente del conocimiento que se tenga de las corrientes filosóficas contemporáneas. En Inglaterra, Klauber (1968) se refirió al historiador Collingwood (1946) como uno de los primeros proponentes del psicoanálisis como una ciencia comprensiva. Home (1966) y Rycroft (1966) argumentan en esta misma línea.

Pensamos que la discusión actual sólo es posible entenderla desde una perspectiva histórica. Para los lectores latinoamericanos y españoles, esta polémica puede parecer típicamente alemana. Efectivamente, la filosofía del ámbito germanoparlante del presente siglo está profundamente marcada por la discusión sobre teoría de la ciencia. Esto significa que Freud mismo estuvo totalmente inmerso en ella. Si revisamos algunos autores latinoamericanos, en especial argentinos (por ejemplo, Liberman 1970), podremos comprobar, sin embargo, que también en ese continente la preocupación por los fundamentos científicos del psicoanálisis es algo vivo y vigente. Por esta razón, pensamos que, aun a riesgo de sobrecargar de-masiado este capítulo introductorio, es adecuado ofrecer aquí un resumen panorámico de esta polémica secular, a fin de facilitar la comprensión del contexto general de las discusiones que actualmente se llevan a cabo en la comunidad psicoanalítica internacional. En este sentido, Hirsch ofrece una equilibrada versión de la historia de la diferencia entre ciencias del espíritu o de la cultura, por un lado, y las ciencias naturales por el otro. Por esto citamos los pasajes correspondientes:

En cualquier caso, llegó a ser conveniente conducir el debate distinguiendo las Geisteswissenschaften [ciencias del espíritu] o Kulturwissenschaften [ciencias de la cultura], por un lado, de las Naturwissenschaften [ciencias de la naturaleza], por el otro. Y el propósito de la distinción fue defender el carácter autónomo del conocimiento humanístico en contra del imperialismo de la ciencia natural. Pues si el conocimiento humano trataba de competir con la ciencia en el campo propio de ella, positivista, entonces las humanidades defraudaban su carácter originario para transformarse en mera pseudociencia.

En el primer volumen de su Introducción a las ciencias humanas (1883), Wilhelm Dilthey trató de establecer fundamentos teóricos coherentes para las Geisteswissenschaften, tal como William Whewell lo había hecho con las ciencias naturales en su Historia de las ciencias inductivas (1837) y John Stuart Mill en su Sistema de lógica (1843). El intento de Dilthey, sin embargo, fue notablemente influido por estos dos libros, y sus modelos epistemológicos muy dependientes de aquellos de la ciencia natural. Las distinciones mayores que él extrajo entre los dos grandes ámbitos, conciernen más al sujeto temático que a su metodología.

Esta visión fue desafiada, agudamente, por Wilhelm Windelband, once años más tarde, en su famosa conferencia sobre "Historia y ciencia natural". El propuso que la división del conocimiento en ciencias naturales y humanas se justificaba, no únicamente por sus diferentes sujetos temáticos, sino también, y de manera más fundamental, "por el carácter formal de sus diferentes metas epistemológicas", puesto que "una busca leyes generales, mientras la otra pretende hechos históricos particulares". La ciencia natural, por lo tanto, es nomotética, o legislativa, mientras el conocimiento humanístico es idiográfico, o único e individual. La subordinación bajo leyes generales en las ciencias naturales es Erklären [explicar], pero la mira de los estudios humanísticos es



Verstehen, esto es, comprender lo particular en su calidad de único. La formulación de Windelband tomó asidero y sigue siendo aún la concepción dominante entre los humanistas.

La discusión siguiente comprendió la respuesta de Dilthey, *Ciencias naturales y ciencias del espíritu* (1985), y un libro de Heinrich Rickert, *Ciencias de la cultura y ciencias naturales* (1899). El debate es aún hoy instructivo, no por lo que resuelve, sino por lo que no resuelve. Replicándole a Windelband, Dilthey estaba ciertamente en la razón al insistir que las miras generalizantes y particularizantes eran comunes a los dos ámbitos; por ende, Windelband estaba equivocado. Pero la contradistinción de Dilthey no era más adecuada o definitiva, esto es, la distinción entre las ciencias internas y las externas. Todas las distinciones que más adelante fueron traídas al debate, fueron útiles como indicaciones de tendencias preponderantes en las ciencias naturales y en las humanidades, pero como adecuadas generalizaciones subordinadoras, fueron, y son, totales fracasos.

El debate sobre la naturaleza de las humanidades no se detuvo con Dilthey y Windelband, ni tampoco la teoría de la ciencia lo hizo con Whewell y Mill, pero yo me aventuraré a sugerir que al menos un elemento de la teoría científica es hoy ampliamente aceptado, y es idéntico con una teoría, sostenida ampliamente, de la investigación cognitiva en las humanidades. El progreso del conocimiento, y su consolidación, están gobernados por la verificación crítica de hipótesis con referencia a la evidencia y a la lógica. Si miramos cualquier campo de investigación, descubrimos que puede ser descrito como un conjunto de hipótesis, algunas de ellas bien aceptadas y otras en competencia con hipótesis alternativas. También descubrimos un amplio cuerpo de evidencias relevantes para esas hipótesis, y potencialmente relevantes para otras aún no concebidas. Bajo esta concepción, toda investigación es un proceso dirigido hacia la probabilidad de conocer la verdad. Esta probabilidad, por cierto, aumenta cada vez que crece la evidencia que la sostiene. Por otro lado, cuando las hipótesis son puestas en duda por el descubrimiento de evidencia desfavorable, se hacen entonces algunos ajustes, se aceptan algunas hipótesis rivales o se ponen en duda todas las conclusiones.

Pero, en todos estos últimos casos, la dirección aún es hacia el aumento de la probabilidad de verdad, desde que la misma inestabilidad impuesta por evidencias desfavorables reduce la confianza en las hipótesis previamente aceptadas y, en esa medida, reduce la probabilidad de error. Así, el conocimiento en todos los campos, aparece más como un proceso que como un sistema estático, y la dirección del proceso es hacia el aumento de probabilidad de conocer la verdad (Hirsch 1976, vol.1, pp.150-152).

Este debate filosófico también influyó la fenomenología descriptiva y la psicopatología de Jaspers y condujo a que éste rechazara el explicar genético como un "comprender como si". Es, sin embargo, digno de hacer notar que la discusión actual sobre el lugar del psicoanálisis como ciencia hermenéutica, o

como ciencia explicativa, se reconduce, en primera línea, a preguntas de teoría de la ciencia y no a la psicopatología comprensiva de Jaspers. La discusión gira, en especial, en torno al "círculo hermenéutico" y la validación de las interpretaciones.

Para facilitarle al lector la comprensión de los problemas aquí discutidos, extraeremos de una anterior publicación nuestra (Thomä y Kächele 1975, pp.51-52) algunas observaciones acerca de la hermenéutica. El término se deriva de la palabra griega *hermeneuo* (yo explico mis pensamientos con palabras, expongo, interpreto, aclaro, traduzco). A menudo se supone, erróneamente, que existe una relación etimológica entre hermenéutica y Hermes; debido a que Hermes, el dios del comercio, tenía, como mensajero de los dioses, la tarea de hacer de intérprete, al tener que traducir sus mensajes. Sin embargo, la similitud entre ambas palabras, de raíz etimológica distinta, es casual. La palabra *hermeneuo* descansa sobre una raíz que aproximadamente significa "hablar". El término "hermenéutico" fue acuñado a comienzos del siglo XVII para describir el procedimiento de la interpretación de textos. El desarrollo de la hermenéutica fue esencialmente influido por la exégesis de la Biblia. Las disputas de los teólogos con los expertos en hermenéutica queda documentada, por ejemplo, en el principio de Schleiermacher (1959 [1819], pp.86-87) según el cual lo que generalmente se logra primero no es un entendimiento, sino más bien un malentendido. De este modo, el entendimiento como problema queda circunscrito a la epistemología (teoría del conocimiento): es necesario saber algo, es decir, tener un preconocimiento, antes de poder investigar algo. El problema del "círculo hermenéutico", lo expone Hirsch como sigue:

El círculo hermenéutico está basado en la paradoja de que debemos conocer el todo, de manera general, antes de conocer una parte, en tanto que la naturaleza de la parte como tal está determinada por su función en el todo más amplio. Por supuesto, desde que podemos conocer el todo sólo a partir de sus partes, el proceso de interpretación es un círculo. Las experiencias que interpretamos, deben, por compulsión lógica, seguir un modelo circular. Pero, desde el momento en que debemos, en algún sentido, preconocer el todo antes de que conozcamos una parte, entonces, toda experiencia está preconstituida por el contexto total en que es experimentada. En este modelo, es imposible poner entre paréntesis una parte de la experiencia y separarla del total de la vida experimentada. Lo que en un momento dado conocemos, lo conocemos "preconceptualmente" y está constituido por la totalidad de nuestro mundo, y, ya que el mundo cambia en el tiempo, así también los objetos (para nosotros) cambian lo que el mundo preconstituye (Hirsch 1976, vol.1, p.5; cursiva en el original).

En contraposición con este círculo hermenéutico, como un círculo vicioso, Hirsch propone un nuevo modelo, sacado de la moderna investigación psicológica y psicolingüística, con cuya ayuda puede quebrarse el círculo, de

tal manera que sea posible la validación. Esta es, según Hirsch, posible, cuando se parte de la idea de esquemas corregibles, en el sentido de Piaget:

[...] toda cognición es análoga a la interpretación, al basarse en esquemas corregibles, un término muy útil que he tomado de Piaget. El modelo de los esquemas corregibles, [...] es, creo, un modelo más útil y exacto que aquel del así llamado círculo hermenéutico. A diferencia de un preconocimiento inalterable e inescapable, [...] un esquema puede ser radicalmente alterado y corregido. Un esquema plantea un rango de predicciones o expectativas, que, si se realizan, confirman el esquema, y en el caso contrario, llevan a su revisión. El que este proceso constructivo-correctivo, de composición y de comparación, es inherente a la recepción del habla, es algo que ya ha sido demostrado por los psicolingüistas, quienes han mostrado, por ejemplo, que las expectativas basadas en un esquema dado (una palabra), no sólo influyen la interpretación de los fonemas, sino que pueden causar que éstos sean radicalmente mal interpretados. Sin embargo, los fonemas inesperados pueden también conducir a revisar o corregir la palabra que esperamos. [...] Aquí tenemos una evidencia muy fuerte de que los aspectos más elementales de la interpretación verbal siguen las mismas reglas básicas que nuestra percepción e interpretación del mundo, [la cual] ha recibido poca atención en la hermenéutica [en su teoría de la interpretación]. [...] La universalidad del proceso constructivo-correctivo y de los esquemas corregibles en todos los dominios del lenguaje y el pensamiento, sugiere que el proceso mismo de comprender, en sí mismo, es un proceso de validación (Hirsch 1976, vol.1, pp.32-33; cursiva en el original).

Después de este largo excursus, podemos abocarnos ahora a las ideas de Habermas. Del libro de Habermas, *Erkenntnis und Interesse* [Conocimiento e interés] (1968), se extrajo la expresión "automalentendido cientificista", en el cual Freud habría reiteradamente caído, y que se transformó en eslogan. Habermas se estaba refiriendo a explicaciones metapsicológicas, sin poner en duda que el analista necesita tanto de una teoría explicativa como de generalizaciones para trabajar en psico-logía profunda, es decir, para poder interpretar.

El reproche del automalentendido cientificista es especialmente delicado. Con este eslogan, se quiere decir que Freud se malentendió a sí mismo como autor, y que creó y fundamentó el psicoanálisis no como una teoría explicativa, como él lo creyera, sino como una doctrina hermenéutica comprensiva, y esto sin siquiera haberlo notado. Nuestras observaciones sobre este problema se apoyan, nueva-mente, en Hirsch (1972), y también en un manuscrito no publicado de Kerz (1987), que sirvió como base de un seminario que éste dictara sobre el tema 'psi-coanálisis y teoría de la ciencia', en el departamento de psicoterapia de la universidad de Ulm.

Ya Sócrates trató, en una de sus famosas conversaciones mayéuticas, de demostrar a los poetas que el autor mismo, en realidad no conoce el sentido que intenta expresar. Culpar de desconocimiento a un autor, durante una polémica, es un arma especialmente peligrosa. Hirsch, refiriéndose a una interpretación dada por Kant en relación con la doctrina de las ideas de Platón, escribe:

No todos los casos de desconocimiento del autor en relación con su propio texto son del mismo tipo. Así, por ejemplo, Platón con toda seguridad sabía, y precisamente, lo que entendía por su doctrina de las ideas; sin embargo, por cierto puede ser, como Kant creía, que la doctrina de las ideas poseía otras implicaciones y más generales que aquellas que Platón expuso en los diálogos. Kant señala este caso como uno en el cual el intérprete entiende mejor al autor que lo que éste se entiende a sí mismo. Su formulación fue, sin embargo, imprecisa, pues Kant no entendió mejor que Platón algo del sentido intentado por éste, sino del objeto que Platón buscaba analizar. El pensar que el entendimiento de las ideas de Kant era superior al de Platón sobre aquéllas, implica que existe un objeto al cual la intención del sentido de Platón no hace justicia. Cuando no tomamos en cuenta esta diferencia entre objeto y sentido, nos falta entonces también el fundamento para juzgar si acaso el entendimiento de Kant era mejor que el de Platón. Si la afirmación de Kant hubiera sido formulada de manera más precisa, éste habría dicho que él entendía mejor que Platón las ideas [como objeto de conocimiento] y no que entendía a Platón mejor que Platón mismo. Cuando no tenemos presente esta diferencia entre objeto y sentido, tampoco podemos distinguir entre el sentido verdadero y el falso, o entre el mejor y el peor sentido. Este ejemplo ilustra uno de los dos tipos principales de desconocimiento del propio autor en relación a su texto (Hirsch 1972, p.37s).

Es evidente que en el tema del automalentendido científicista se trata de un problema hermenéutico de primer orden, con el cual Hirsch, en su recepción crítica, polemiza en especial con Gadamer. No podemos sino restringirnos a algunos puntos de esta polémica que están contenidos en el pasaje recién citado. ¿Es que Freud se malentendió a sí mismo como autor, o que no pudo captar adecuadamente, en aquel entonces, el objeto del psicoanálisis? Dejamos aquí fuera el que Habermas o algún otro filósofo o psicoanalista actual pueda entender mejor el psicoanálisis en cuanto teoría y técnica que el mismo Freud. Expresamente qui-siéramos aquí destacar, sin embargo, que ninguna invocación a Freud, como autoridad válida en última instancia, puede ser adecuada para solucionar los problemas actuales del psicoanálisis, del mismo modo como ninguna afirmación sobre su praxis o científicidad, que no se encuadre en el estado actual del conocimiento, puede servir de legitimación. Por la misma razón, teóricos del conocimiento como Grünbaum (1984), tampoco pueden hacer como si sólo existiera la obra de Freud. Ahora bien, ¿qué hay que entender bajo el automalentendido científicista de Freud? En

primer lugar, Habermas afirma: "Freud nunca dudó que la psicología fuera una ciencia natural. Los sucesos anímicos pueden llegar a ser objetos de investigación de la misma manera que los sucesos naturales. Las construcciones conceptuales no tienen en la psicología otro valor que el que tienen en la ciencia natural; pues tampoco el físico da alguna información sobre la esencia de la electricidad, sino que usa 'electricidad como el psicólogo pulsión', como un concepto teórico" (Habermas 1968, p.301). Habermas sabe que Freud se había adherido al "positivismo tipo Mach". Para un entendimiento más profundo del problema, es aquí por lo demás esencial distinguir entre el positivismo de Mach, del cual Freud era partidario, y el fisicalismo de Helmholtz. Este último retrotraía las manifestaciones físicas y psíquicas a una fuerza originaria (como hipóstasis). De este fisicalismo, como un tipo de explicación metafísica, Freud se distanció, por ejemplo, en Pulsiones y destinos de pulsión (1915c); al mismo tiempo, sin embargo, toda la metapsicología está atravesada por éste.

Ahora bien, Habermas afirma en la tesis del automalentendido cientificista que Freud, bajo el mantenimiento del lenguaje fisicalista, "implícitamente" habría derivado a un tipo de mirada hermenéutica: "Freud abandonó este programa fisicalista en favor de un planteamiento psicológico en sentido estricto. Por otro lado, éste se conserva en el lenguaje neurofisiológico, pero hace posible una implícita reinterpretación mentalista de sus predicados básicos" (Habermas 1968, p.303). Para el automalentendido es importante que no se recurra a un desconocimiento, a un error intelectual o a la intención de engañar. Levantar el reproche de automalentendido tiene solamente sentido si se puede probar, en el texto mismo, la existencia de ambas versiones, la científiconatural convencional y la hermenéutica. En los hechos, Habermas plantea que Freud, en el texto "de la etapa de la autorreflexión se pone, repentinamente, del lado del positivismo" (1968, p.307).

No obstante, los ejemplos que condujeron a Habermas a señalar que Freud usó de la hermenéutica y la autorreflexión, corresponden exactamente a la concepción del positivismo de aquella época. Habermas cree probar la tesis del auto-malentendido cientificista con la afirmación de que se daría una dicotomía entre el tipo de explicación adecuada a las leyes de las ciencias naturales y el comprender según insights de las ciencias humanas. Kerz, en una minuciosa argumentación apoyada en Grünbaum (Grünbaum 1984), documenta que Habermas no conoce la metodología de las ciencias naturales y que los problemas que aparecen en la hermenéutica, también son conocidos por la física. A lo largo de su exégesis de Freud, Habermas hace como si Freud fuera hermenéutico. La frontera entre el auténtico Freud y la crítica a Freud se desdibuja así hasta lo irreconocible. Si Habermas hubiera contrapuesto claramente la posición de Freud con su propia crítica, habría quedado en evidencia que él delineó una nueva teoría del psicoanálisis. Contra tal intento no se podría naturalmente levantar ninguna objeción, si es que el proyecto de Habermas fuese fructífero en la práctica e hiciera justicia al objeto del

psicoanálisis. En la realidad, sin embargo, el énfasis en la interpretación y el insight, en la autorreflexión, conduce a descuidar la teoría explicativa del psicoanálisis y la necesidad de verificar científicamente tanto la práctica de la conducción del diálogo, como también la teoría. El cambio de nombre de la metapsicología en una metahermenéutica, otorga a la primera una nueva vida con los viejos achaques. Como más adelante mostraremos, el rebautizo no modifica absolutamente nada, aunque tampoco se pueda hacer a Habermas responsable de dejar todo igual que antes, lo que, después del profundo viraje hermenéutico de la metapsicología, puede tranquilizar a muchos analistas. Pues ahora se puede invocar que se entiende mejor a Freud que lo que él mismo hizo. Ciertamente, un paso adelante frente a la condición de tener que entender todo como Freud lo hizo (sólo si éste fuera verdaderamente un paso adelante). El esquema hermenéutico quedó expresado de la forma más clara, dentro de las ciencias humanas, por los filólogos que se ocupan de la interpretación de los textos. La pregunta fundamental de éstos se refiere al sentido, es decir, al significado que tenía y tiene el texto en cuestión. Desde la hermenéutica filológica, teológica e histórica parte una línea directa hacia la psicología del comprender. Las exigencias que implica el compenetrarse en el sentir o pensar del, o de lo otro, sea un texto o la situación del otro, une la psicología del comprender con las ciencias humanas.

La habilidad para reconstruir las experiencias del otro, es una de las condiciones que debe ser cumplida si se quiere posibilitar el transcurso del tratamiento psicoanalítico. La introspección y la empatía son atributos esenciales de las reglas técnicas complementarias de la "libre asociación" y de la "atención parejamente flo-tante". La frase: "Todo entendimiento es siempre ya una identificación del yo y del objeto, una reconciliación con aquello separado fuera de este entendimiento; aquello que yo no entiendo permanece extraño y diferente a mí", podría venir de un analista que se ocupa de la naturaleza de la empatía (véase. p. ej. Greenson 1960; Kohut 1959), pero de hecho pertenece a Hegel (Apel 1955, p.170). Kohut (1959, p.464) pone de relieve que Freud asignó utilidad a la introspección y a la empatía como instrumentos científicos para observaciones y descubrimientos. Para Gadamer, la interpretación comienza en aquel punto, donde el sentido de un texto no se puede entender de inmediato. Se debe interpretar en todos aquellos casos donde no se confía en la inmediata manifestación del fenómeno. Así interpreta el psicólogo, cuando no acepta las afirmaciones de un paciente sobre su vida, sino que indaga lo que sucede en su inconsciente. Del mismo modo, el historiador interpreta los hechos registrados, para llegar al verdadero sentido que en ellos se expresa a la vez que se encubre (1965, p.319).

Pareciera que Gadamer tiene en este punto en la mira a un psicólogo que practica el psicoanálisis; su descripción caracteriza el enfoque psicodinámico. Es precisamente lo incomprensible, lo aparentemente sin sentido de los fenómenos psicopatológicos, lo que el método psicoanalítico retrotrae a sus

condiciones de origen y lo hace así comprensible. Es más que un problema de detalle secundario el que, según Gadamer, los textos desfigurados o crípticos planteen uno de los problemas hermenéuticos más difíciles. Probablemente, la hermenéutica filológica se topa aquí con un límite parecido a aquel que, por la falta de una teoría explicativa, tampoco puede superar la psicología meramente comprensiva. Con esto damos término a nuestro excursus.

Volviendo a nuestra línea anterior de argumentación, se podría decir que la importancia que se dé a la crisis de la teoría y a la envergadura de ésta en todos los niveles, depende crucialmente del rol que se asigne a la metapsicología.

Títulos provocativos nos ofrecen la impresión de una discusión explosiva: "La meta-psicología no es una psicología", argumenta Gill (1976). "¿Dos teorías o una?"; bajo este tema expone G. Klein (1970) sus críticas acerca de la teoría de la libido. "Metapsicología, ¿quién la necesita?" se pregunta Meissner (1981).

Frank (1979) al profundizar extensamente los libros de G. Klein (1976), Gill y Holzman (1976) y Schafer (1976), pareciera llegar, al menos en el título, a la resignación: "Dos teorías, ¿una o ninguna?" Modell (1981) contesta a la pregunta "¿Existe aún la metapsicología?", con un "sí y no": los puntos de vistas metapsicológicos característicos conducen a callejones sin salida y por esto deben ser abandonados. Lo que Modell retiene de la metapsicología tradicional es la idea vacía de contenido. Finalmente, Brenner (1980) cree aclarar las aberraciones y confusiones de sus colegas mediante su exégesis de los textos inequívocos de Freud, afirmando que la metapsicología es equiparable con la teoría de Freud de los procesos inconscientes y con toda la psicología profunda (p.196).

Los textos metapsicológicos de Freud se pueden interpretar de varias maneras, y estas diferentes lecturas yacen en la raíz de la controversia actual. Toda discusión psicoanalítica sería aún comienza apoyándose en una exégesis de la obra de Freud, pero no por eso quedan los problemas superados. De la exposición anterior, debería quedar claro que la razón de por qué la crisis de la teoría afecta al método psicoanalítico, es que ella influye el tipo de ideas que el analista confronta con el material y también la medida en que éstas posibilitan la comprensión y eventualmente la explicación del material. En el contexto de su descubrimiento, las ideas que Freud se había formado sobre la base de sus observaciones de los ataques histéricos y otros síndromes psicopatológicos, lo capacitaron para alcanzar una explicación nueva y única de los procesos inconscientes. Desarrolló entonces un método, para poder, en base a nuevas observaciones, verificar sus ideas. Nadie puede actuar sin una teoría. En una importante contribución, Wisdom escribió: "Por consiguiente, cuando se está confrontado con un problema, se tiene que tener antes una teoría" (1956, p.13). En este punto, Wisdom deja en claro que las distintas técnicas psicoanalíticas son producto de las teorías, como intentos de resolver problemas prácticos y teóricos.

El modo en que los analistas responden a las explosivas preguntas planteadas, depende claramente de lo que los autores entiendan por metapsicología y de

cómo ellos interpreten los pasajes de Freud al respecto. Nuestros propios estudios nos han convencido de que Rapaport y Gill (1959) son justos en sus interpretaciones de la metapsicología y de su lugar en la obra de Freud. Ellos asignan un mismo rango a los distintos puntos de vista metapsicológicos. Más tarde, fue especialmente Gill (1976) quien dio al punto de vista económico, es decir, al planteamiento explicativo biológico de Freud, un lugar central. Las diferencias de opiniones al respecto tienen diversos orígenes. Por un lado, el texto relevante se deja interpretar de distintas maneras; por el otro, en la aplicación que hace el analista, los diferentes puntos de vista metapsicológicos tienen naturalmente una diversa y particular relación con la experiencia del paciente. Vista de esta manera, la metapsicología también es psicología. Finalmente, los puntos de vista dinámico y topográfico parecen estar más cercanos al nivel de las vivencias y a los conflictos humanos que las representaciones económicas de procesos cuantitativos, que no se pueden experimentar. En nuestra opinión, esta manera de organizar la meta-psicología es, sin embargo, engañosa, ya que Freud no sólo fue siempre fiel al punto de vista económico, sino que también trató de construir la teoría desde la pulsión y la biología, además que esperaba de los factores cuantitativos la futura solución a los problemas abiertos y aún por resolver. De este modo se llegó al "uso falso de los conceptos cuantitativos en psicología dinámica" (Kubie 1947). Naturalmente, si se sigue la proposición de Meissner (1981) de vaciar la metapsicología de sus contenidos específicos, no sería necesario hacer ningún cambio. El se distancia de los puntos de vista metapsicológicos y no ve en ellos otra cosa que una idea guía, algo que cada científico necesita tener de forma adicional junto a su método; una perogrullada indiscutible. También Modell (1981) desviste la metapsicología de Freud de sus atributos fisicalísticos, al ver en la "bruja", como Freud una vez denominó la metapsicología, el símbolo de la especulación y del fantasear.

Habría que preguntarse, con Mefisto de Goethe, si "es ésta la forma de lidiar con brujas", (Faust I, "La cocina de la bruja"). ¿En qué contexto buscó Freud consejo en el "abecedario brujo"? En una obra tardía, *Análisis terminable e interminable* (1937c), Freud quiso avanzar en el problema de si es posible "tramitar de manera duradera y definitiva, mediante la terapia analítica, un conflicto entre la pulsión y el yo, o una demanda pulsional patógena dirigida al yo" (p. 227). El pidió consejo a la bruja: "Uno no puede menos que decirse: 'Entonces es preciso que intervenga la bruja' ('So muss denn doch die Hexe dran'), la bruja metapsicología quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos -a punto estuve de decir: 'fanta-sear'- no se da aquí un solo paso adelante" (1937c, p.228). Después de consultar a la bruja, Freud creyó encontrar la respuesta en los elementos cuantitativos de la fuerza de la pulsión, o en la "relación entre robustez de la pulsión y robustez del yo" (1937c, p.228). Freud explicó la experiencia del placer y el displacer mediante el principio económico. Suponía que el placer y el displacer, como experiencias psíquicas y somáticas, se originan debido a la investidura de ideas afectivas por



energía psíquica, donde el placer corresponde a la descarga de esta energía. Inversión y descarga son los dos mecanismos de regulación supuestos por Freud. La brujería metapsicológica no nos conduce entonces a campañas imaginarias, sino a cantidades reales, que Freud, por cierto, localizó allí donde el método psicoanalítico nunca las podrá alcanzar: en el substrato biológico, en los procesos cerebrales neurofisiológicos, en resumen, en el cuerpo. Brenner (1980) reclama el haber alcanzado la verdadera exégesis, cuyo resultado es hacer equivalente la metapsicología con la psicología del inconsciente y con el total de la psicología psicoanalítica. Es indiscutible que Freud puso de relieve los factores económicos y cuantitativos a través de toda su obra, y no sólo en sus trabajos tardíos. Este énfasis es atribuido a la influencia de Brücke y con esto a la escuela de Helmholtz, como si el identificar el origen del principio económico cambiara en algo el hecho de que en teoría psicoanalítica, y con ello también en la teoría del inconsciente, la descarga y la investidura como puntos de vista económico-energéticos, sean decisivos. Incluso Brenner tiene que partir del hecho de que Freud pretendía explicar los fenómenos psíquicos dinámica, topográfica y económicamente. Rapaport y Gill (1959, p.153) describieron estos supuestos como el fundamento de la teoría psicoanalítica. Se trata, en el sentido de Freud, de las "proporciones de fuerzas entre las instancias del aparato anímico por nosotros discernidas, o, si se prefiere, inferidas, conjeturadas" (1937c, p.228). Si se agrega el punto de vista genético y el adaptativo, el conjunto de los cinco puntos de vista metapsicológicos cubren entonces el total del espectro teórico del psicoanálisis.

El problema no consiste ahora en cuántas hipótesis se pueden formular y en qué nivel de abstracción se pueden localizar, sino, qué tipos de supuestos teóricos son, finalmente, posibles de evaluar por medio del método psicoanalítico o por experimentos psicológicos. En su discusión sobre la relación entre teoría y método, Brenner deja fuera un problema esencial. Exactamente aquel que condujo a que fuera precisamente el punto de vista económico el que terminara bajo el fuego cruzado de la crítica, y con él las asunciones teóricas asociadas: los elementos que Freud tomó prestados de la biología de su época restringieron las comprensiones de la psicología profunda y las explicaciones psicoanalíticas, o incluso las deformaron, como fuera acertadamente señalado por Modell. Los datos que son obtenidos mediante el método psicoanalítico, son altamente influenciados por las ideas transmitidas por el analista. Por esto no es indiferente cómo se nombren las ideas a las que se adscribe un rol en la dinámica psíquica (Rosenblatt y Thickstun, 1977). En contraposición a esto, Brenner (1980, p.211) piensa que no hace diferencia, si se habla de energía psíquica, de esfuerzo motivacional, o si se emplea acaso un código como el del abc. Ya que el inconsciente se abre al método psicoanalítico sólo en tanto la pulsión está representada psíquicamente; es incluso decisivo el que se hable de claves anónimas o de motivos llenos de significado y que se orientan hacia una meta.

Modell (1981, p.392) subraya que la metapsicología no explica la teoría clínica, sino que esta última se deriva de aquélla. Para sostener esto, Modell apela al ejemplo de que A. Freud no podría haber escrito su libro *El yo y los mecanismos de defensa* (1936), si Freud no hubiese revisado la metapsicología y dispuesto un nuevo modelo, en el cual las fuerzas inconscientes son vistas como partes del yo. A pesar de todas las modificaciones, Freud siempre mantuvo la idea del monismo materialista; simultáneamente sin embargo, en su exploración de la vida psíquica, era muy consciente del rol jugado por el método. En otras palabras, cuando Freud describió sus exploraciones psicológicas de los procesos inconscientes y del origen como de las consecuencias de las represiones, tenía un enfoque dualista. Su genio pudo imponerse sobre las pseudoexplicaciones e hizo posible los grandes descubrimientos de los años veinte, en los escritos socialpsicológicos y psicoanalíticos *El yo y el ello* (1923b) y *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c). Al mismo tiempo, en su escrito *Más allá del principio del placer* (1920g), el intento de dar un fundamento metapsicológico a la vida psíquica alcanzó su punto culminante. En él, las explicaciones pseudocientíficas (metapsicológicas) mantuvieron un alto nivel de prestigio, en contraposición a la declaración de Freud de que el psicoanálisis científico sería aquel que se apoya sobre ideas psicológicas auxiliares (1927a, p.241), y a su exigencia pedagógica de que los analistas tendrían que aprender "a restringirse al modo de pensar psicológico" (Freud 1932, en una carta a V. v. Weizsäcker, cit. de v. Weizsäcker 1977 [1954], p.125 ). Esta es la razón de por qué el título de Gill, *La metapsicología no es una psicología*, produce tanta conmoción.

La crisis actual surge de la crítica expresada por psicoanalistas que no se permitieron tomar las cosas por el lado fácil. Uno de los representantes de este grupo es Gill. Después de la ampliación de la metapsicología junto a Rapaport (Rapaport y Gill 1959), la revisión de la obra de Freud *Proyecto de psicología* (1950a), en conjunto con Pribram (Pribram y Gill 1976), marcó un punto de viraje en su pensamiento. Como se puede deducir del artículo de Weiner (1979) sobre el trabajo de Pribram y Gill, así como también del ensayo de Holt (1984), en honor a la vida y obra de Gill, se le hizo a éste inevitable abandonar la idea de que el punto de vista económico es el principio fundamental de la metapsicología. El método de la psicología profunda no es capaz de asegurar nada acerca de los procesos neurofisiológicos u otros procesos biológicos. El que Freud, a pesar de todo, repetidamente retornara precisamente al punto de vista económico y hacia los supuestos especulativos sobre la distribución de la energía en el organismo, se debió a las siguientes razones:

El psicoanalista está continuamente ocupado con procesos que se refieren a la experiencia corporal del hombre. Las teorías subjetivas del paciente sobre su condición corporal son antropomórficas, es decir, reflejan las concepciones infantiles acerca de su cuerpo. El lenguaje metapsicológico no sólo conserva ideas biológicas anticuadas, sino que sus metáforas elevan las fantasías de los pacientes sobre su cuerpo, es decir, sobre la imagen que ellos consciente o

inconscien-temente tienen de sí mismos, a un nivel de abstracción. Gill (1977) llamó la atención hacia el hecho de que la metapsicología está repleta de imágenes que delatan su origen en las fantasías sexuales infantiles. Por intermedio del sistema metapsicológico, Freud quería explicar las proyecciones, que anteriormente habían conducido hacia la formación de representaciones metafísicas. El que la teoría estructural sea una proyección de fantasías inconscientes, es reconocido desde hace ya tiempo por los kleinianos. Segal (1964) plantea incluso que el cambio es-tractural es posible, precisamente debido a la íntima relación entre estructura y fantasía inconsciente: "Es analizando las relaciones del yo con los objetos, inter-nos y externos, y alterando la fantasía acerca de éstos, como se puede material-mente afectar la estructura del yo más permanente" (p.9; la cursiva es nuestra). Presenta a continuación el sueño de un paciente cuyo contenido manifiesto es, según Segal, la representación en la fantasía de la estratificación del aparato psíquico en ello, yo y superyó. Cuando tomamos conciencia de que las nociones infantiles y las creencias biológicas obsoletas se encuentran entretejidas en el lenguaje de las metáforas metapsicológicas, se hace más fácil entender por qué estos conceptos han retenido tal vitalidad, incluso cuando ellos se han hecho insostenibles como partes constitutivas de una teoría científica. Si, como Gill, uno secunda las definiciones de Freud y sus contenidos específicos, no se puede aceptar por más tiempo la metapsicología como una teoría científica. Pero ciertamente, si la definición es dejada al parecer de cada autor, cada uno puede comenzar nuevamente y dejar, sin embargo, las cosas tal como antes. En este sentido, Modell (1981) incluye todos los fenómenos psicológicos universales, como la compulsión a la repetición, la identificación y la interiorización, el origen y desarrollo del complejo de Edipo, el desarrollo del superyó y del yo ideal, dentro de la metapsicología. El es de la opinión de que los procesos que son comunes para todas las personas, es decir, los que permiten el más alto grado de generalización, deben ser concebidos por definición como biológicos. Pensamos que es inapropiado adscribir a la biología los fenómenos universales, tales como la identificación y los conflictos edípicos, las fantasías y el tabú del incesto, bajo el pretexto de que aparecen en todas las culturas, aunque con contenidos específicos bastante diferentes, condicionados por lo sociocultural. Pues estos procesos psicosociales presuponen la capacidad de simbolización, que normalmente no se adjudica a la biología. Cualquiera que sea el modo de cómo haya surgido el tabú del incesto en el triángulo edípico, nosotros preferimos la concepción psicosocial y sociocultural de Parsons (1964, pp.57ss) a las hipótesis biológicas, las cuales sugieren que el homo sapiens primitivo ya tenía algún tipo de conocimiento de las ventajas de la exogamia o de la evitación del incesto.

Hay que recalcar que los fenómenos psicosociales y socioculturales tienen autonomía y ni su origen ni su modificación pueden ser reducidos a procesos biológicos. En este contexto, y en contraposición a Rubinstein (1980), vemos como extraordinariamente fértil para el psicoanálisis la argumentación de

Popper y Eccles, deliberadamente especulativa, en favor de una concepción interaccionista del problema cuerpo-alma (1977). Popper y Eccles adscriben a los procesos psíquicos poderosos efectos evolutivos cuando suponen que el hombre, después de aprender a hablar e interesarse en el lenguaje, se puso en camino para desarrollar su cerebro y su intelecto (1977, p.13).

En este punto, no nos interesa el efecto del mundo psíquico interno sobre la evolución del hombre ni las teorías especulativas de Popper y Eccles sobre eso, sino algunos puntos contenidos en el interaccionismo filosófico: la liberación y la independencia del psicoanálisis, como ciencia psicosocial, del monismo materia-lista como fundamento de la metapsicología. Los argumentos filosóficos y neuro-fisiológicos que Popper y Eccles usan, son heurísticamente muy productivos y además mucho menos especulativos de lo que Rubinstein supone. Pues los experimentos de tipo neurofisiológico o, mejor dicho, psiconeurofisiológico, en cierta especie de caracol, efectuados por Kandel (1979, 1983), implican un interaccionismo que permite a lo psíquico un ámbito propio independiente: la estimulación sensorial sistemática de los órganos táctiles de estas babosas, conduce a cambios estructurales de las células cerebrales en la correspondiente región de representación cerebral. En resumen, se puede decir que estos experimentos pioneros pueden interpretarse en el sentido de que los procesos cognitivos (psíquicos) traen consigo cambios estructurales (celulares) (véase Reiser 1985).

En forma resumida, podemos decir que las críticas a la metapsicología, tal como fueron presentadas por Gill, G. Klein y Schafer, son, según nuestra opinión, convincentemente justificadas. Modell cree poder aminorar el problema, en cuanto él critica solamente los principios explicativos biológicos obsoletos de Freud. Cita el ejemplo de la reificación del concepto de energía, diciendo que esto conduce a una teoría incorrecta de la descarga de los afectos. Nosotros creemos que la raíz de la crisis se encuentra en la confusión de biología y psicología, que surge del monismo materialista de Freud, finalmente fundado sobre un isomorfismo de lo psíquico y corporal. Por esto, argumentamos en favor de una teoría del psicoanálisis basada primariamente en ideas auxiliares, que se apoyen en la psicología profunda. En favor de esto hablan razones metodológicas, porque es el único modo posible de llevar a cabo investigaciones fundamentadas de correlación psicofisiológica. Aunque, hay que decirlo, tales investigaciones se inspiran a menudo en la idea utópica de que se pueden usar técnicas neurofisiológicas para probar teorías psicológicas. En este error se pasa por alto que las técnicas neurofisiológicas se refieren a un ámbito de estudio totalmente distinto al de las teorías psicológicas, de modo que desde este punto de vista es totalmente absurdo preguntarse acerca de la compatibilidad o incompatibilidad de las teorías psicológicas con las neurofisiológicas.

Desde algún tiempo ha quedado claro que el psicoanálisis va a emerger transformado de esta crisis, sobre todo porque los analistas ya no tienen que complicarse más con explicaciones metapsicológicas pseudocientíficas sobre la

trans-formación de la energía, etc. Cada vez más, las preguntas científicas se plantean en aquel punto donde el método encuentra la tierra firme de su conocimiento, la amplitud de su quehacer práctico y su significación científica: es decir, en la situación analítica (Liberman 1962; Hermann 1963).

Esta investigación tiene una gran relevancia práctica, pues se refiere al área de aplicación más importante del método: la terapia. Hace sólo poco tiempo ha quedado claro que la crisis ha tomado este rumbo. Pues, inicialmente, parecía que con la renuncia a la metapsicología, necesariamente había que renunciar también a la pretensión de una teoría explicativa. Muchos analistas equipararon las explicaciones causales con la ciencia, y vieron tales explicaciones enraizadas en la metapsicología, a la cual, sin embargo, le faltan todas las características de una teoría científica natural verificable. El veredicto de Habermas (1971) sobre el "auto-malentendido cientificista" de Freud, referido a pseudoexplicaciones metapsicológicas, transformado en slogan, llevó a muchos a no ver el hecho de que Habermas, junto a la interpretación, asignó también una gran importancia a la teoría explicativa de los procesos inconscientes. Estos problemas los hemos discutidos en detalle en una publicación previa sobre las dificultades metodológicas de la investigación psicoanalítica clínica (Thomä y Kächele 1975), donde intentamos establecer una unión entre el rol eminente de la interpretación dentro del trabajo terapéutico, y que presenta al método psicoanalítico como una forma especial de hermenéutica, con el reclamo de Freud de haber sistematizado, en la teoría psicoanalítica, explicaciones de las vivencias humanas, del actuar y el comportarse. Ya que la teoría explicativa del psicoanálisis se había hecho equivaler con la meta-psicología, y puesto que el vasto intento de sistematización de Rapaport había llevado a la conclusión de que estas ideas no pueden ser verificadas científicamente, ni en la situación analítica ni de forma experimental, pareciera que el giro en favor de la hermenéutica, llevado a cabo por analistas tanto al interior como más allá del círculo de Rapaport, ofreciera un camino de salida.

Queremos a continuación comentar este giro hermenéutico, basándonos en la obra de G. Klein, ya que este investigador, desaparecido cuando aún era demasiado joven, unió la hermenéutica con la teoría clínica. A diferencia de la concepción pluriestratificada de Waelder (1962), G. Klein distingue dos sistemas teóricos, que se diferencian en el modo de plantearse las preguntas. Klein efectuó primeramente esta distinción en relación a la sexualidad (1969) y luego la generalizó (1970, 1973). Él separa la teoría clínica de la metapsicología, y las diferencia recurriendo al quiebre en la interpretación de los sueños de Freud, en razón de la pregunta acerca del cómo y del porqué. La teoría clínica la centra en la pregunta por el significado, el objetivo y la intención. Puesto que la idea del fundamento científico del psicoanálisis se asoció a las pseudoexplicaciones metapsicológicas, Klein parece haber llegado a una dicotomía, según la cual a la práctica analítica se le asigna la labor de comprensión y donde el problema de la explicación se deja sin tocar. En este

punto, se trata de averiguar si las explicaciones motivacionales tienen un status epistemológico que difiere en principio de las explicaciones causales. Los argumentos filosóficos en favor de que causa y motivo son categorías distintas, se balancean con la afirmación de que las explicaciones causales difieren de las motivaciones del pensar y el actuar humano. La lógica de las explicaciones psicoanalíticas y su posición, entre descripción, contexto motivacional y contexto funcional, constituye un problema en sí mismo, que no puede ser tratado aquí (Rubinstein 1967; Sherwood 1969; Eagle 1973; Moore 1980). La discusión sobre motivo y causa, según se deduce de la literatura, no está aún terminada (Beckerman 1977; Wollheim y Hopkins 1982; Grünbaum 1984). Sin embargo, en lo que a la práctica terapéutica interesa, se puede establecer que en ésta se recurre tanto a explicaciones motivacionales como a contextos de significado. Quisiéramos ilustrar este punto con extractos de una anterior publicación nuestra: "En vista a los síntomas, las construcciones toman la forma de hipótesis explicativas [...] ellas llegan a ser así afirmaciones teóricas de las cuales se pueden deducir pronósticos particulares. Hablando de manera general, estos pronósticos identifican las condiciones causales responsables del estado neurótico y tienen la pretensión de que el proceso terapéutico debe disolver estas condiciones, en orden a inducir el cambio" (Thomä y Kächele 1975, p.86). Esta tesis no contiene otra cosa que la teoría de la represión de Freud y a la cual también se adhiere Habermas. A diferencia de Habermas, y en forma aún más decidida que Lorenzer (1974), nos mantenemos firmes en la idea de que la constatación del cambio puede y tiene que ir más allá de la sensación de evidencia subjetiva. Si no es así, la comprensión hermenéutica queda expuesta al riesgo de una "folie à deux". Al igual que Freud, asumimos una relación causal entre una condición determinada (la represión de un impulso insintivo) y las consecuencias (el retorno del material reprimido), en la forma de un síntoma. En términos metapsicológicos, Freud enmarcaba esta tesis de la manera siguiente:

Ahora bien, hemos llegado al término o concepto de lo inconsciente por otro camino: por procesamiento de experiencias en las que desempeña un papel la dinámica anímica. Tenemos averiguado (es decir: nos vimos obligados a suponer) que existen procesos anímicos o representaciones muy intensos -aquí entra en cuenta por primera vez un factor cuantitativo y, por tanto, económico- que, como cualesquiera otras representaciones, pueden tener plenas consecuencias para la vida anímica (incluso consecuencias que a su vez pueden devenir conscientes en calidad de representaciones), sólo que ellos mismos no devienen conscientes. No es necesario repetir aquí con prolijidad lo que tantas veces se ha expuesto. Bástenos con que en este punto intervenga la teoría psicoanalítica y asevere que tales representaciones no pueden ser conscientes porque cierta fuerza se resiste a ello, que si así no fuese podrían devenir conscientes, y entonces se vería cuán poco se diferencian de otros elementos

psíquicos reconocidos. Esta teoría se vuelve irrefutable porque en la técnica psicoanalítica se han hallado medios con cuyo auxilio es posible cancelar la fuerza contrarrestante y hacer conscientes las representaciones en cuestión. Llamamos represión (fuerza de desalojo) al estado en que ellas se encontraban antes de que se las hiciera conscientes, y aseveramos que en el curso del trabajo psicoanalítico sentimos como resistencia la fuerza que produjo y mantuvo la represión (Freud 1923b, p.16; cursiva en el original).

La fuerza de la resistencia, descrita aquí en términos metapsicológicos, puede, según nuestra opinión, ser fundamentada psicodinámicamente e investigada analíticamente, sin necesidad de recurrir al supuesto factor económico. En el curso de la resolución, que resulta del trabajo interpretativo, se van modificando las condiciones que mantienen la represión (y con esto los síntomas). Eventualmente, las causas inconscientes específicas de la represión pueden ser abolidas también, es decir, llegar a hacerse inefectivas. Este cambio disuelve los procesos así determinados, pero no el nexo causal en sí mismo; como enfatiza Grünbaum (1984), la disolución en realidad confirma como correcto el supuesto rol del nexo. No queremos acá adentrarnos en la pregunta de la demostración empírica y en el problema de la verificación de hipótesis en la situación analítica (véase cap. 10). Valga sólo decir que este esquema explicativo es insuficiente para responder la pregunta de por qué ciertos estados inconscientes se expresan en síntomas. El modelo energético ofreció en esto una pseudoexplicación y debiera ser sustituido por un modelo más apropiado.

Nuestro interés en este punto es mostrar que la teoría explicativa psicoanalítica se refiere a los procesos psíquicos inconscientes, los cuales son accesibles a la interpretación. Por este motivo, cualquier investigación sistemática sobre la situación analítica deberá referirse tanto a la comprensión como a la explicación. Aquí se trata, en especial, de las ideas que el analista tiene en mente cuando interpreta desde la empatía. Creemos que hay que poner especial atención en cómo los conceptos teóricos previos del analista influyen su proceder. En este contexto, nos parece particularmente inquietante que el principio económico metafísico, continúe sobreviviendo en la hermenéutica profunda -tanto en Habermas (1971) como en Ricoeur (1969) y, en forma más destacada aún, en Lorenzer (1974)- cuando, después de todo, hoy día lo sabemos inapropiado y, por este motivo, no apto para servir de marco para las interpretaciones (véase Thomä y cols. 1976).

Mediante un simple cambio de nombre se hará de la metapsicología algo aparentemente nuevo: la metahermenéutica. Al hacer esto, no sólo todo queda como antes, sino que la confusión entre teoría y fenómeno aumenta, en realidad, todavía más, pues la metahermenéutica es elevada a la categoría de un conocimiento psi-coanalítico a priori:

Sería conveniente reservar el nombre de metapsicología para aquellos supuestos básicos que se refieren a la conexión patológica entre lenguaje cotidiano e interacción y que pueden ser descritos en términos del modelo de estructura [de Freud] fundamentado en la teoría del lenguaje. En esto, no se trata de una teoría empírica sino de una metateoría o, mejor, de una metahermenéutica que explica la condición de posibilidad del conocimiento analítico. La metapsicología desarrolla la lógica de la interpretación en la situación de diálogo psicoanalítico (Habermas 1968, p.310; la cursiva es nuestra).

En la medida en que esta metapsicología hermenéutica, o diríamos hermenéutica metapsicológica (en realidad metafísica), fundamenta la lógica de la interpretación y el conocimiento psicoanalítico desde arriba, olvida la verificabilidad empírica. Si no se trata de una teoría empírica, todos aquellos que pretenden que se puede, y que se debe documentar con datos de la situación analítica las propias observaciones y afirmaciones, pueden ser, entonces, ridiculizados. En este punto, Lorenzer (1970) invoca a Ricoeur, que en esto sigue los pasos de Lacan. Sería, por cierto, equívoco ligar a algunos nombres la profunda lucha por la fundamentación científica de la práctica psicoanalítica. Estos juegan, a lo máximo, el rol de exponentes, como portavoces más o menos convincentes de un choque entre corrientes espirituales y políticas de nuestro tiempo, y para las cuales el psicoanálisis ha llegado a ser vehículo de expresión.

Algo se ha ganado al aclarar, en la obra de Freud, algunos aspectos del trasfondo de esta profunda polémica, aun cuando no encontremos allí la clave que pudiera decidir entre lo verdadero y lo falso. Tampoco es de mucha ayuda el referirse a las afinidades que, por ejemplo, existen entre la afirmación de Brenner de que la metapsicología debe ser definida como la psicología del inconsciente en sentido amplio, y la de Lacan, según la cual de lo que se trata es de la estructura del mis-mo. Lo mismo sucede en relación a las semejanzas entre los conceptos de deseo, necesidad y ansia. En nuestra opinión, es decisivo si el analista fundamenta o no sus afirmaciones con datos y observaciones. Freud describió de manera estructural las leyes de la génesis de los sueños y del trabajo onírico en función de determinados fenómenos y, finalmente, también mediante las formaciones de compromiso como modelo de síntomas. Se trata aquí, necesariamente, de la descripción de estructuras, lo que, por cierto, debe hacerse mediante hechos y datos. Aunque es verdad que, precisamente en las explicaciones metapsicológicas de Freud se deslizan asunciones materialistas metafísicas que hipostasian el inconsciente en el sustrato cerebral, es igualmente cierto que él permanentemente buscó las conexiones psíquicas de los fenómenos observables, en el sentido de explicaciones causales, es decir, y a modo de ejemplo, su reconducción hasta los deseos inconscientes. El peligro de asignar una sustancia al inconsciente, y así ontologizarlo, es, en la metahermenéutica, aún mayor que en la metapsicología,



pues siempre donde se descuida la empiría, crece algún metalenguaje como maleza, como convincentemente lo ha señalado Spence:

[...] se hizo cada vez más respetable el escribir sobre los datos, en vez de hacerlos accesibles; y en tanto esta tradición persistió, los detalles clínicos de un caso se sobrecargaron con conceptos abstractos. Para el metalenguaje no hubo ningún tabú [...]. Y así, las observaciones específicas de las sesiones se tra-dujeron frecuentemente a categorías carentes de sentido. En este proceso, los postulados de un realismo ingenuo pudieron ser reafirmados. [...] Mientras el lenguaje de la metapsicología se convirtió en el lenguaje normal del psicoanálisis, llegó a ser totalmente natural el ver los fenómenos clínicos en términos de la teoría. Todas las observaciones se cargaron de teorías, y así, éstas fueron ahora informadas como si se tratara de material puro de observación. [...] Puesto que los datos crudos no estaban nunca a disposición, no era posible comprobar cuán bien o cuán mal calzaban los datos con las interpretaciones. De esta manera, el metalenguaje y el realismo ingenuo que le pertenece, se perpetuó indefinida-mente (1985, p.64; cursiva en el original).

Cuando, como Lacan, se considera al psicoanálisis como un charlar significativo (*Une pratique de bavardage*, Lacan 1979b), se debiera esperar que se presentaran diálogos psicoanalíticos más extensos que los publicados hasta ahora (Schneider-man 1980). Al contrario, lo que se conoce es que los analistas de la escuela la-caniana callan especialmente mucho (Lang 1986, p.VIII-IX). Es especialmente digno de hacer notar el que sean precisamente analistas que se entienden a sí mismos como hermeneutas, quienes no iluminan sus tesis a través de ejemplos literales de su práctica. Lorenzer apoya su teoría del trastorno del lenguaje única y exclusivamente en una reinterpretación del síntoma de Juanito. Para aquellos analistas que toman las palabras en serio y que consideran la interpretación del intercambio verbal como central, debiera ser especialmente natural el grabar el diálogo.

En vez de eso, tal procedimiento se desacredita como positivista. Por supuesto, los diálogos así grabados requieren interpretación, y en ese sentido todos los ana-listas son hermeneutas. La diferencia esencial entre los analistas que trabajan clí-nica y empíricamente y aquellos que, como filósofos o literatos, especulan sobre la situación analítica, es que los primeros no pueden, finalmente, sustraerse de los síntomas y de su cambio.

Ahora bien, no hay que pasar por alto el que a muchos analistas les es muy difícil renunciar a la metapsicología. La verdad es que a lo largo de las décadas, las metáforas metapsicológicas han ido tomando significados psicodinámicos, que dis-tan mucho del contenido original de su significado físico. Por ejemplo, el prin-cipio de constancia de Fechner, contenido en el punto de vista económico, devino en el principio del nirvana. Incluso la profunda verdad humana, expresada en los versos de Nietzsche (1973 [1893]): "Todo placer busca eternidad, [...] desea una profunda, profunda eternidad"

(Así habló Zaratustra, Tercera Parte, el convaleciente, 3), podría, en caso de necesidad, ser entendida como una expresión an-tropomórfica del principio de constancia y de la teoría de la descarga.

Precisamente, aquellas experiencias que G. Klein denominara "vital pleasures", son aquellas que tienen, más que ninguna otra experiencia, un fundamento físico-corporal. Hambre y sexualidad tienen la calidad de aquello que, con buena razón, se denomina "instinto", y que se distingue fenomenológicamente de otras experiencias. El clímax sexual es una vivencia corporal exquisita, en la cual uno se siente simultáneamente fuera de sí. El éxtasis parece tocar la eternidad y ya perderla nuevamente en el mismo clímax, para buscarla y volver a reencontrarla en el deseo. Al mismo tiempo, se llevan a cabo prosaicos procesos de retroalimentación positiva y negativa, es decir, desarrollos motivacionales en sus niveles conscientes e inconscientes, que no se encuentran contenidos en la teoría instintiva de Freud, la que construyó sobre el modelo del arco reflejo. Por este motivo, Holt (1976), después de una valoración detallada y positiva de los datos clínicos contenidos en la teoría de la libido, es decir, del desarrollo psicosexual del hombre, llega a la conclusión de que la pulsión, como concepto metapsicológico, está muerto y que debe ser reemplazado por el de deseo. No podemos aquí resumir detalladamente su cuidadosa investigación, apoyada clínica y experimentalmente sobre convincentes hallazgos, pero es digno de mencionar que Holt utiliza la teoría del deseo de Freud para cubrir, adecuadamente, todos los elementos de la psicosexualidad.

La doctrina psicoanalítica de la motivación y del significado, que se encuentra en pleno proceso de formación, puede ser concebida como un desarrollo positivo en relación a la crisis de la teoría, sólo si es capaz de unir los fenómenos conocidos y observados con los procesos inconscientes, de manera más convincente que la mezcla de las teorías anteriores.

Y efectivamente, de las investigaciones filosóficas y psicoanalíticas que comienzan con títulos tan provocativos como ¿Qué ha quedado de la teoría psicoanalítica? (Wisdom 1984) o Muerte y transfiguración de la metapsicología (Holt 1981), se destacan algunos principios psicodinámicos sobre el significado del inconsciente dinámico, de manera más clara que en la opaca mezcla metapsicológica. Al final se vuelve, transfigurado, a los descubrimientos más tempranos de Freud sobre la vida psíquica humana inconsciente: en el principio era el deseo. Los deseos pulsionales son la fuerza motivacional de nuestras vidas. La búsqueda del placer y la evitación del displacer son los motivos más fuertes de la acción humana, especialmente cuando estos principios son equipados con amplios contenidos de experiencias placenteras y displacenteras. El principio del placer-displacer es un esquema regulador de primer orden. El psicoanálisis perdería su profundidad, si su teoría motivacional no tuviera su punto de partida en el inconsciente dinámico. Aquí nos enfrentamos, empero, a una gran dificultad metodológica, señalada por Wisdom (1984):

Pues el inconsciente [el inconsciente dinámico que no puede hacerse consciente, incluso tampoco mediante interpretaciones] es más como la raíz de un árbol; y no importando cuántos nuevos retoños puedan ponerse a descubierto, nunca la raíz podrá hacerse equivalente a la suma de los retoños que irrumpen desde el suelo. El inconsciente tiene siempre un potencial mayor y es más que sus manifestaciones. Su status científico es como el de aquellos conceptos altamente abstractos de la física, que jamás podrán ser verificados mediante la observación directa (1984, p.315; cursiva en el original).(1)

Por cierto, fue el descubrimiento de los pensamientos transferidos al preconsciente, ya tempranamente en La interpretación de los sueños, lo que llevó a Freud a inferir la existencia de deseos inconscientes. En este punto, se trató siempre de conclusiones en base a una teoría psicodinámica del deseo, teoría que no puede ser confirmada o refutada por asunciones acerca de procesos neurofisiológicos, sean éstas formuladas según los conocimientos de los tiempos de Freud, o de acuerdo a los actuales. Según nuestra opinión sin embargo, la pulsión, en el sentido de la definición metapsicológica de Freud, no debe ser dada por muerta sólo porque las necesidades básicas animales y humanas, como el hambre, la sed y la sexualidad, sean reguladas por otros mecanismos que la descarga. Las evidencias presentadas por Holt (1976, 1982) son ciertamente relevantes para el psicoanálisis, pero solamente en la medida en que se acepte la metapsicología de Freud como su fundamento explicativo científico natural. Fue precisamente esta creencia, la que impidió a los analistas reconocer la inadecuación de la teoría pulsional dualística, la cual atraviesa todos los niveles de la teoría y de la práctica.

La teoría explicativa del psicoanálisis permaneció fijada a la biología del siglo diecinueve, en vez de comprometerse con las experiencias ganadas en la situación analítica. Por cierto que, tanto en la situación analítica como en el lenguaje metafórico de la práctica, la metapsicología se transfiguró hace ya buen tiempo, aunque sólo en este último tiempo, y en vista de su entierro oficial, se ha podido llevar a cabo un inventario de sus bienes. Por razones metodológicas, nos declaramos de acuerdo con el punto de vista del interaccionismo psicofísico de Popper y Eccles (1977), en contraste con Rubinstein (1976) y Holt (1976), porque las teorías de la identidad desembocan en forma regular en un materialismo monístico (al cual Freud también se adhería), a pesar del énfasis puesto en la autonomía de los niveles psíquico y corporal dentro de la unidad. La preferencia generalizada por la teoría de la identidad parece tener sus raíces en el inconsciente. Cada uno de nosotros es idéntico a su cuerpo, pero es también extraño a él, pues no podemos mirar a su interior como dentro de un objeto. Así, nuestro cuerpo nos presenta más incógnitas que los objetos externos, los cuales podemos analizar e investigar. Finalmente, podemos tomar una posición excéntrica a nuestro cuerpo y separarnos intelectualmente de él. Esto podría conectarse con el ansia

inconsciente hacia la unidad, que atraviesa todas las ramas de la ciencia: se trata de la eterna esperanza de que, en algún alto nivel de abstracción, puedan ser válidos los mismos conceptos, como lo plantea un argumento muy recurrido y variado, que Adorno criticara en vista de la relación entre sociología y psicología (1972 [1955]).

## **Las metáforas en psicoanálisis**

Pensamos que la crítica a la energía pulsional ha abierto nuevos horizontes a la psicología profunda científica. Una objeción contraria a este punto de vista, es que las corrientes psicoanalíticas que se apartan de la teoría de la pulsión no infrecuentemente se superficializan (Adorno 1952); sin embargo, esta falta de profundidad es evitable. Esta pérdida posiblemente depende del hecho de que muchos analistas igualan el inconsciente con pulsión o energía. Esta ecuación conduce entonces a que la renuncia a la visión económica pulsional quita vuelo a las fantasías del analista sobre el inconsciente de su paciente. Después de todo, el proceso terapéutico depende de muchas condiciones, y nuestras ideas sobre la fuerza pulsional tiene un efecto estimulante sobre el inconsciente. La heurística psicoanalítica siempre se orientará según el principio del placer, es decir, según la dinámica de los deseos inconscientes, incluso cuando el punto de vista económico de la teoría de la pulsión haya sido agotado. Pues las verdades ocultas en la mitología de la pulsión de Freud y expresadas metafóricamente, parecen estribar en el hecho de que el ello puede ser entendido como la fuente inagotable del fantasear humano, que apunta más allá de las realidades restrictivas, más allá del espacio y del tiempo. Como lo demostrara Adorno (1952, p.17), a la libido le vale ser considerada como "la genuina realidad psíquica" del psicoanálisis. Si se generaliza la libido en el sentido de la intencionalidad, se la está despojando de su fuerza pulsional elemental, fuerza que casi se estaría tentado de describir como anclada en la existencia corporal. Por esto, al criticar el punto de vista económico de la teoría de la libido, hay que tener cuidado en no arrojar el bebé con el agua de la bañera. El diagnóstico de Adorno es acertado. El psicoanálisis revisado y sociologizado tiende a caer en la superficialidad adleriana, donde la teoría dinámica de Freud, basada en el principio del placer, es reemplazada por simple psicología del yo (Adorno 1952, p.2).

El principio económico y los supuestos sobre la regulación de experiencias placenteras y displacenteras mediante la energía psíquica, se han hecho insostenibles, tanto por razones neurofisiológicas como clinicopsicoanalíticas, y, asimismo, en atención a los más recientes resultados de las investigaciones sobre la interacción madre-hijo. En el impresionante lenguaje gráfico de la teoría de Freud, se sugieren similitudes entre procesos físicos y psíquicos que de hecho no existen. Si el analista sigue el poder sugestivo de las metáforas hasta ámbitos donde esta comparación ya no es más válida, su acción

terapéutica se perderá también en un callejón sin salida. La crisis de la teoría impacta, pues, profundamente la práctica psico-analítica.

#### **1.4 Las metáforas en psicoanálisis**

Para orientarse dentro de un campo nuevo y desconocido, Freud utilizó compa-raciones provenientes de la neuroanatomía y de la neurofisiología de su tiempo. Hoy en día, debiéramos tomar en cuenta su advertencia de no "ceder a la tentación de coquetear con la endocrinología y con el sistema nervioso autónomo, [y tratar] de asir los hechos psicológicos mediante representaciones auxiliares psicológicas" (1927a, p.241, la cursiva es nuestra). Esta cita se encuentra en el epílogo de ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, específicamente en aquel punto, donde Freud traza "la línea fronteriza [que] corre entre el psicoanálisis científico y sus apli-caciones, en los ámbitos médico y no médico" (p.241; la cursiva es nuestra) y donde hace su famosa declaración sobre la unión inseparable. No es correcto, así se desprende del contexto, diferenciar un análisis médico, esto es, terapéutico, de otras aplicaciones. En tanto que las descripciones metafóricas se apoyen sobre representaciones no psicológicas (y esto corresponde a gran parte de la metapsicología), no cumplen con las exigencias impuestas por Freud (las que, sin embargo, él mismo deses-timara en sus días pioneros).

La metafórica de Freud (como suma de excitación, descarga, investidura, liga-zón, etc.), proviene de la neurofisiología del siglo pasado. Por supuesto, no hay en sí nada criticable en el uso de metáforas, pues toda teoría científica vive de, y con su propio lenguaje metafórico (Grossman y Simon 1969; Wurmser 1977). Mediante las metáforas, los significados de un objeto primario (conocido, fami-liar) son transferidos, de acuerdo con el sentido de la palabra, a un objeto secun-dario (desconocido, no familiar), como lo mostrara Grassi (1979, pp.51ss) en su discusión sobre el desarrollo histórico del concepto. Las comparaciones hechas no demuestran nada por sí mismas, como dijo una vez Freud (1933a, p.67), pero pueden hacer que uno se sienta más en su casa dentro del territorio nuevo, aún desconocido. Por este motivo, parece natural que Freud se apoyara en la neuro-logía de su época, al avanzar en un territorio desconocido y, por ejemplo, compa-rara el aparato psíquico con el arco reflejo o describiera el inconsciente, el ello, como "un caos, una caldera llena de excitaciones borboteantes" (1933a, p.68), entre las muchas otras metáforas económicas y cuantitativas que acuñara (Rubin-stein 1972).

Tanto por razones prácticas como científicas, es esencial clarificar hasta dónde alcanza la similitud sugerida por las metáforas. Lo importante es poder distinguir las características comunes y las diferencias dentro de los fenómenos mutuamente relacionados mediante la metáfora, es decir, determinar los ámbitos positivos y, sobre todo, los ámbitos negativos de la analogía (Hesse 1966; Cheshire 1975). Una comparación apropiada, revela mejor la similitud

que una inadecuada; pero las metáforas impactantes pueden sólo simular un alto valor explicativo y así llevan a olvidar precisar las disimilitudes, es decir, el ámbito de lo diferente. Freud creó muchas metáforas con las cuales los psicoanalistas, aún hoy en día, se sienten como en casa (véase J. Edelson 1983). Mientras las metáforas poco apropiadas fueron abandonadas al sufrir la teoría modificaciones, el ámbito de la "analogía negativa", es decir, de lo diferente, a menudo ha permanecido sin clarificarse. Incluso es bastante probable que muchas de las metáforas acuñadas por Freud se hayan basado en la creencia de un isomorfismo, es decir, en la equivalencia de los ámbitos comparados. De otro modo, él no hubiera planteado la posibilidad, más bien, expresado la esperanza, de que la terminología psicológica fuera algún día reemplazada por un lenguaje fisiológico y químico común, en el sentido de un monismo materialístico (1920g, p.58).

Una dificultad adicional se añade al hecho de que no pocas metáforas psicoanalíticas, que tenían su sentido primario en la neurofisiología del siglo pasado, mantienen una reputación científica que de hecho perdieron hace mucho tiempo en su ámbito primario, sin que hubiesen sido verificadas empíricamente en forma adecuada en su ámbito secundario. Esta vieja terminología metafórica incluso de-forma la experiencia psicoanalítica ganada y su interpretación. Las metáforas, de las cuales vive la metapsicología, tuvieron una vez una función integrativa útil, en cuanto hicieron de puente entre lo conocido y lo desconocido. Más tarde, el lenguaje metafórico contribuyó a formar la identidad del psicoanalista dentro del movimiento psicoanalítico.

De las metáforas, llegamos ahora a otro problema lingüístico. Brandt (1961, 1972, 1977), Bettelheim (1982) y Pines (1985) aseveran que la mayoría de los problemas del psicoanálisis actual se pueden retrotraer hasta el hecho de que Strachey haya reemplazado el lenguaje metafórico y antropomorfizante de Freud por un inglés artificial mecanicista, con el objeto de darle un aura científica. El que la traducción de Strachey adolece de muchos puntos débiles y errores, es algo que ya les quedó claro a muchos psicoanalistas germanoparlantes y tampoco cabe duda de que él reemplazó mucha de la terminología lúcida y vívida de Freud por términos que, en el mejor de los casos, dicen algo a filólogos clásicos. A este respecto, es pertinente agregar aquí la opinión de Etcheverry (1978), autor de la última y más completa traducción crítica de Freud al castellano, que es la que utilizamos en este libro. En el volumen de presentación de las obras completas, Sobre la versión castellana, Etcheverry afirma que para traducir con justicia a Freud hay que "no sólo ser rigurosos en los conceptos capitales del psicoanálisis, sino conceder una atención igualmente estricta al entronque de la obra freudiana con la problemática antropológica y filosófica del pensamiento alemán" (p.3). En la versión de Strachey no sería ya posible reconocer el horizonte del texto freudiano, por la traducción descuidada de algunos términos y conceptos importantes, cuya cabal comprensión pasa por la referencia a autores alemanes clásicos, desde Kant hacia adelante. El texto inglés, más pragmático y

empirista, se vería especialmente debilitado en la proyección del horizonte de la problemática romántica de las polaridades constituyentes del alma y la naturaleza. Pero, ¿se puede responsabilizar a esto de los problemas teóricos que tienen tan profundo efecto sobre la práctica analítica? Ornston (1982, 1985a) también hizo la conjetura de que una razón de por qué Freud mostró lo que Jones (1959, p.23) denominara una "actitud caballeresca en materia de estas traducciones" era que él positivamente quería retener la riqueza y la variedad de las asociaciones al lenguaje cotidiano.

La crítica de Bettelheim se puede ilustrar haciendo referencia a la traducción de *Besetzung* y el verbo correspondiente *besetzen*, por "cathexis" y por "to cathect". Las palabras inglesas no le dicen nada al hombre común, al lego, a diferencia del término original (*besetzen*, ocupar, llenar, investir). ¿Pero, qué quería decir Freud mismo con *Besetzung*? En su artículo "Psicoanálisis: escuela freudiana" aparecido en la décimotercera edición de la Enciclopedia Británica, escribió:

La consideración económica supone que las subrogaciones psíquicas de las pulsiones están investidas (*besetzen*) con determinadas cantidades de energía (*cathexis*) y que el aparato psíquico tiene la tendencia a prevenir una estasis de esas energías y a mantener lo más baja posible la suma total de las excitaciones que gravitan (*belasten*) sobre él. El decurso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer-displacer, relacionándose de algún modo el displacer con un aumento de la excitación y el placer con un aminoramiento de ella (1926f, p.253-4; cursiva en el original).

No tiene importancia alguna el que, en este pasaje, Freud mismo utilizara la palabra "cathexis". El punto esencial es que, en base a la hipótesis económica de Freud, los analistas se preocuparon de demostrar la existencia de la catexis, sea expresándolo en alemán, inglés o en cualquier otra lengua, y usando para tal efecto fórmulas grotescas, como Bernfeld y Feitelberg (1929, 1930) o describiendo intrincadas transformaciones de la libido, como Hartmann, Kris y Loewenstein (1949). Más decisivo aún, es el hecho de que, hasta poco tiempo atrás, los analistas adscribieran al concepto "catexis" un poder explicativo, debido a su aparente precisión cuantitativa. Esto influencia toda la gama de la práctica psicoanalítica, por ejemplo, la concepción cuantitativa de la tensión creciente que resulta del silencio en el análisis. El estudio detallado de la obra de Ricoeur (1970) revela que la teoría cuantitativa de la descarga le permite incluso sustentar su enfoque hermenéutico. Pasando por alto los errores de traducción, es el neologismo el que, precisamente, tiene el potencial de exponer los problemas. A Freud le disgustaba el uso innecesario de términos técnicos y estaba descontento cuando en 1922 Strachey introdujera, en la búsqueda de una mayor claridad, la palabra inventada "catexis" (del griego) como traducción de *Besetzung*. Strachey comenta en su introducción a *El yo y el ello* (véase Freud 1923b, SE.p.63), que Freud, eventualmente, se habría reconciliado con esta

traducción, desde que él mismo empleó el término (catexis) en la versión alemana del artículo de la Enciclopedia Británica (Freud 1926f, p.253). Ornston (1985b), independientemente de nosotros, ha publicado información útil acerca del trasfondo de las razones que tuvo Strachey para la adopción de este término. Naturalmente, el lector alemán promedio puede representarse algo bajo la palabra besetzen, debido a que puede extrapolar el significado de las diferentes acepciones cotidianas al nuevo campo, es decir, puede entender metafóricamente el término. En contraposición a esto, el neologismo "catexis" puede servir de metáfora solamente al filólogo que conoce el significado de la raíz griega.

Resumiendo, se puede afirmar que Strachey, al introducir neologismos tales como "catexis", o latinizaciones de los conceptos alemanes como Ich (yo) o Über-Ich (superyó) en "ego" y "superego", de ningún modo fue responsable de crear nuevos problemas, como opinan Bettelheim (1982) y Brandt (1961, 1972, 1977), sino, por el contrario, contribuyó a hacer públicos los problemas que ya existían (Ornstein 1982). Lo importante en este punto es la pregunta sobre la relación entre la teoría psicoanalítica explicativa y la experiencia subjetiva del paciente. En las Conferencias de introducción al psicoanálisis, Freud formuló de manera programática el paso que va de la fenomenología de la vivencia hasta la explicación psicoanalítica:

No queremos meramente describir y clasificar los fenómenos, sino concebirlos como indicios de un juego de fuerzas que ocurre dentro del alma, como exteriorización de tendencias que aspiran a alcanzar una meta y que trabajan conjugadas o enfrentadas. Nos esforzamos por alcanzar una concepción dinámica de los fenómenos anímicos. Para el psicoanálisis, los fenómenos percibidos tienen que ceder el paso a tendencias sólo opuestas (Freud 1916-17, p.59; cursiva en el original).

Desde este punto de vista, es irrelevante hablar de una traducción anglicista de Ich (yo), de Über-Ich (superyó) o de su latinización en "ego" y "superego", pues ni lo uno ni lo otro es equivalente al yo que vivencia (igualmente Ich en alemán). En la introducción al escrito de Freud El yo y el ello, Strachey indica correctamente que el uso que Freud daba a la palabra Ich ("el yo") era poco claro:

Por cierto, este vocablo era bien conocido antes de Freud; pero el sentido preciso que él le adjudicó en sus primeros escritos no carece de ambigüedad. Parece posible discernir dos usos principales: en uno de éstos, el vocablo designa el "sí mismo" de una persona como una totalidad (incluyendo, quizá, su cuerpo), para diferenciarla de otras personas [significado cotidiano]; en el otro uso, denota una parte determinada de la psique, que se caracteriza por atributos y funciones especiales [en teoría estructural] (Strachey, en Freud 1923b, p.8; paréntesis cuadrados de los traductores).



No cabe duda de que Freud trataba de explicar el vivenciar y el actuar de la persona mediante la teoría del aparato mental. Por este motivo, tampoco es posible pensar que una eventual corrección de la traducción del original alemán estaría en condiciones de resolver los problemas que surgen en la teoría.

Sin duda alguna, juega un rol decisivo lo que entendamos por "ello", y que sea posible responder a la pregunta planteada por Hayman (1969) "What do we mean by 'Id'?" ("¿Qué entendemos por el 'ello'?"), que busca contestar en el contexto de la sociedad y cultura inglesa, francesa y alemana. Aunque siga siendo siempre un sustantivo, Breuer señala, en su parte del trabajo en conjunto con Freud (Breuer y Freud 1895d), que el peligro es igualmente grande en todos los idiomas:

Sí, como a Binet y Janet, la escisión de una parte de la actividad psíquica nos parece situada en el centro de la histeria, estamos obligados a buscar sobre este fenómeno toda la claridad posible. Con gran facilidad se cae en el hábito de pensamiento de suponer tras un sustantivo una sustancia, de ir comprendiendo poco a poco "conciencia", "conscience", como si tras ese término hubiera una cosa. Y cuando uno se ha acostumbrado a usar por vía metafórica referencias localizadoras como "subconciencia", con el tiempo se constituye en efecto una re-presentación en que la metáfora es olvidada, y uno la manipula como si se tratara de una representación objetiva. Entonces queda hecha la mitología (Breuer y Freud, p.237-8).

El hecho de que las advertencias de Breuer en contra de la reificación fueran tomadas tan poco en cuenta, se debe a la insuficiente consideración de los puntos de vistas filosóficos, como constató Dilman (1984, p.11).

Cuando un alemán escucha la palabra "Es", piensa inmediatamente en el pronombre impersonal es ("id"), que en ese idioma es ampliamente usado en frases que expresan sentimientos (por ejemplo, es tut mir leid: lo siento; es fällt mir ein: se me ocurre; es stößt mir etwas zu: me sucede algo). Este pronombre impersonal toma un rol activo en las descripciones de estados afectivos internos: me sobre-coge, me da susto, me provoca, me da asco. Kerz (1985) escribe que Nietzsche, a pesar de su crítica a pensar en términos de substancia, no rehuyó hablar de voluntad, poder, vida, fuerza, etc., cuando trataba de ir más allá de las limitaciones de la conciencia.

A pesar de todas las advertencias, los sustantivos constantemente son reificados y por esa razón se carga al ello psicoanalítico con una cantidad considerable de características humanas.

Los antropomorfismos son entonces una parte inevitable del uso de metáforas, en las que el hombre se erige inconscientemente en la medida de todas las cosas y, de acuerdo con esto, busca encontrar el yo, y en forma particular sus deseos e intenciones, en la parte escondida, aún inconsciente, de la naturaleza humana, es decir, en el ello. A pesar de su terminología fisicalística, Freud se cuidó de

atribuir sustancia material al ello sustantivizado, mediante el uso amplio de metáforas antropomórficas para explicar los procesos inconscientes y también con su firme adhesión al método de investigación psicoanalítico como puramente dinámico. Pero, una vez que se traspasan estos límites, se está sólo a un paso de las enfermedades del ello, y de hacerlo equivalente a los procesos corporales patológicos. El ello de la filosofía del romanticismo y de la filosofía de la vida, esto es, el ello de Nietzsche, llega a ser entonces el ello de la psicosomática de Groddeck, y la unidad científica mística, meta de una aspiración insaciable, pareciera estar más cerca: la psicosomática de Groddeck y sus derivados.

¿Y nosotros, qué entendemos por el ello (id)? Esta pregunta se puede responder más satisfactoriamente, si se conoce la historia intelectual que influyó a Freud, incluyendo su elección del uso nietzscheano de la palabra. Una persona culta de habla alemana y que se encuentra familiarizada con la historia de las ideas, hará, ciertamente, distintas asociaciones con la palabra Es, que las que el lector de la Standard Edition con el término id. Pero, las versiones inglesa, francesa, castellana y alemana de la teoría psicoanalítica de la mente, se encuentran igualmente distantes del paciente que trata de asociar. Bettelheim (1982) culpa a la latinización de algunos términos y al nivel relativamente bajo de educación de muchos pacientes de hoy en día (los cuales, en contraste con la educada burguesía vienesa, no están familiarizados con la mitología clásica, por ejemplo, la leyenda de Edipo), el que, según él, el psicoanálisis actual haya perdido la humanidad de Freud y se haya vuelto abstracto.

Consideramos que los argumentos de Bettelheim no son acertados, puesto que la teoría de Freud, como cualquier otra, se distingue de la experiencia subjetiva, y la aplicación práctica del método nunca ha dependido de si el paciente haya o no escuchado hablar del drama de Sófocles. Más bien, mientras menos sepa el paciente, más convincentes serán los descubrimientos terapéuticos y científicos. La crítica de Bettelheim no se aplica a la teoría psicoanalítica, ni tampoco al paciente medio actual, pero sí al modo como los analistas emplean las teorías sobre el ello. Ciertamente, las teorías pueden ser más o menos mecánicas, y las teorías de Freud del desplazamiento, de la condensación y de la representación en imágenes, como los procesos inconscientes más importantes, son quizás más mecánicas que la tesis de Lacan (1968) de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Las hipótesis teóricas sobre los procesos inconscientes implicados en la represión, como condición para la formación de síntomas, no tienen directamente nada que ver con el tema de la actitud humanista del analista. Desde luego, cuando se trata de la aplicación terapéutica del método analítico, la empatía humana se hace inmediatamente relevante. En ese momento, la responsabilidad terapéutica profesional, exige buscar soluciones a los problemas que resumimos al final del capítulo 10.

Finalmente, habría que destacar que la importancia de las metáforas en el diálogo psicoanalítico reside en que el lenguaje figurativo permite unir lo concreto con lo abstracto. Además, la clarificación de las similitudes y las diferencias es un factor constante en la terapia (Carveth 1984b). Arlow (1979) caracterizó al psico-análisis como un procedimiento metafórico, basándose en que la transferencia, como típico fenómeno psicoanalítico, se reduce a un proceso metafórico, es decir, al hecho de transferir el significado de una situación a otra. Delinearemos las consecuencias que esta concepción tiene para la técnica de tratamiento, en la discusión sobre la interpretación transferencial, en la sección 8.4.

## **1.5 La formación analítica**

Las instituciones psicoanalíticas han fallado en la exigencia de Freud de mantener una unión inseparable entre terapia e investigación. El legado de Freud es mantenido principalmente mediante el entrenamiento de terapeutas, sin que se impulse apreciablemente la investigación sistemática y la atención de pacientes ambulatorios o de policlínico, como estaba previsto en el modelo freudiano de funcionamiento de un instituto psicoanalítico. De esta forma, se produjo un estancamiento, el que inicialmente quedó oculto debido a la inesperada expansión del psicoanálisis en los Estados Unidos de Norteamérica después de la segunda guerra mundial. El reconocimiento social del psicoanálisis motivó a muchos jóvenes médicos a emprender su formación analítica. Nuevos institutos de formación analítica hicieron su aparición. Los conceptos psicoanalíticos formaron la base para la psicoterapia dinámica y la psiquiatría (véase Sabshin 1985). Pero la investigación sistemática de la situación analítica, como lugar de origen del psicoanálisis, recién está en sus comienzos (Schlesinger 1974).

En los institutos norteamericanos, aparte de unos pocos profesionales no médicos, que son admitidos como candidatos investigadores debido a la capacidad que demuestran tener para la investigación interdisciplinaria, la admisión queda restringida sólo a psiquiatras o médicos especialistas, para ser formados y practicar como analistas. A primera vista, podría parecer obvio que el a menudo lamentado estancamiento se debe a la "ortodoxia médica" (Eissler 1965) o a la formación "medicocéntrica" (Parin y Parin-Matthèy 1983a). En un examen más cercano, este diagnóstico rápido se demuestra como una mera descripción de síntomas que se basa en una concepción más bien estrecha del medicocentrismo. Es más ajustado decir que la meta de la formación tiene el mismo efecto estandarizante en todo el mundo. Aun en países donde la formación está abierta a legos (incluyendo académicos no médicos), los institutos, finalmente, forman también terapeutas psicoanalíticos. La especialización en la técnica estándar los capacita para tratar pacientes que se adecuan a ésta.

Es un hecho indiscutible que casi todos los psicoanalistas no médicos abandonan su profesión previa y sólo muy pocos permanecen activos en el campo de su disciplina académica original o hacen investigación interdisciplinaria en él (Thomä 1983b). Una excepción digna de destacar la constituye el pequeño grupo de psicoanalistas no médicos que ya antes de ser entrenados bajo los auspicios de la Asociación Psicoanalítica Americana eran científicos calificados. Circunstancias externas favorables contribuyeron a que una mayoría de los analistas de este grupo fueran posteriormente productivos en el área de la investigación interdisciplinaria y que mantuvieran la competencia en sus campos originales, para beneficio del psicoanálisis. Es pues la meta de la formación la que impone restricciones y ortodoxia, y que es injustamente calificada de "médica". De hecho, en todas las demás áreas de la medicina, se promueve la investigación básica ; pero, en la formación psicoanalítica, el énfasis en la práctica es etiquetado como "medicocéntrica".

El cuestionamiento científico, tanto en materias generales como específicas, rompe, también en la investigación psicoanalítica, las cadenas de todo tipo de ortodoxia y conduce, en psicoanálisis, a la cooperación con las humanidades y las ciencias sociales. Freud subraya que [el psicoanálisis] es la única entre las disciplinas médicas que mantiene los vínculos más amplios con las ciencias del espíritu y está en vías de obtener, para la historia de las religiones y de la cultura, para la mitología y la ciencia de la literatura, un valor semejante al que ya posee para la psiquiatría. Esto podría maravillar si se creyera que por su origen no tuvo otra meta que comprender síntomas neuróticos e influir sobre ellos. Pero no es difícil indicar el lugar en que se echaron los puentes hacia las ciencias del espíritu. Cuando el análisis de los sueños permitió inteligir los procesos anímicos inconscientes y mostró que los mecanismos creadores de los síntomas patológicos se encontraban activos también en la vida anímica normal, el psicoanálisis devino psicología de lo profundo y, como tal, susceptible de aplicarse a las ciencias del espíritu (Freud 1923a, p.248; cursiva en el original).

En el esfuerzo de tratar la persona enferma adecuadamente, como una unidad alma-cuerpo, la medicina debe incorporar todas las ciencias que puedan ayudar a investigar, aliviar y curar el sufrimiento humano. En este sentido, el método psicoanalítico es uno entre muchos sirvientes que deben estar al servicio del paciente y no de una especialidad en particular. Más que las especialidades médicas establecidas, el psicoanálisis ha luchado (y lo sigue haciendo) por su derecho a determinar su campo propio de actividad e investigación y para trabajar correspondientemente por el bien de los pacientes y de la sociedad. El que el psicoanálisis permaneciera durante largo tiempo como uno de los sirvientes menores, y que Freud tuviera que luchar para impedir que fuera subordinado a un amo (la psiquiatría), ha dificultado su desarrollo práctico y científico. Eissler (1965) saludó la separación de las instituciones psicoanalíticas de las facultades de medicina y de las universidades, pero en los

hechos esta separación fue una de las causas de la ortodoxia médica alegada. Pues la ortodoxia en la medicina científica no tendría en el largo plazo ninguna posibilidad de sobrevivencia. Desde luego, el psicoanálisis ha sido, por buenas razones y desde siempre, "medico-céntrico", en el sentido de que la práctica curativa es su fundamento y el lugar de nacimiento de su teoría de la cultura. En la investigación científica, queda particularmente demostrada tanto la posición interdisciplinaria del psicoanálisis como su dependencia del intercambio con las ciencias vecinas. El esquema psicoanalítico puede ser aplicado productivamente a las ciencias humanas. Pero toda cooperación interdisciplinaria lleva consigo la relativización del campo de acción global reclamado en favor del psicoanálisis, sea como psicología o como teoría de la cultura. En todos los institutos psicoanalíticos o en las universidades donde se hayan formado en las últimas décadas grupos de investigación, se han introducido todo tipo de ideologías (Cooper 1984b; Thomä 1983b).

No es el establecimiento de institutos psicoanalíticos independientes como tal lo que ha conducido hacia la rigidización, sino su unilateralidad, sobre la cual se queja nada menos que la distinguida analista A. Freud (1971) y que Kernberg (1985) recientemente investigara, llegando a la siguiente conclusión: tanto en su estructura como en su función, las instituciones psicoanalíticas se asemejan más bien a escuelas profesionales y a seminarios teológicos, que a universidades y escuelas de arte. Una vívida descripción de la atmósfera formativa que se vive en algunos institutos, la ofreció un grupo de candidatos chilenos en un trabajo que lleva el sugestivo título de Regresión y persecución en la formación analítica (Bruzzone y cols., 1986). Esta situación poco favorable la encontramos, sin embargo, en todas partes, es decir, incluso en los centros aparentemente más liberales y fuera del control de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) respecto de los procedimientos de admisión, y que ofrecen formación analítica tanto a analistas legos como a profesionales médicos. La crítica de A. Freud es válida en todos aquellos puntos donde la investigación es descuidada durante la formación analítica y donde la experiencia práctica queda reducida a unos pocos casos de supervisión. La prolongación del análisis didáctico a lo largo de los últimos decenios y la correspondiente intensificación del trabajo de supervisión, no ha aflojado significativamente la rigidización.

Sin poder profundizar más detalladamente en este complejo tema del análisis didáctico y de las supervisiones, queremos dejar establecida la siguiente observación: es revelador el hecho de que la duración de las terapias de los pacientes crece en proporción directa a la duración de los análisis didácticos y de las supervisiones. De esta forma, el análisis didáctico y las supervisiones determinan lo que cada escuela entenderá por un psicoanálisis no diluido, estricto y genuino. Hace ya tiempo que Glover (1955, p.382) llamó la atención hacia los componentes narcisistas de esta sobrevaloración inusual del aspecto cantidad, es decir, el número de sesiones, la duración de los análisis en años y

décadas, y sus consecuencias. Este problema no puede dejar de mencionarse en un texto de terapia psicoanalítica, debido a que los análisis didácticos y las supervisiones influyen en la práctica y la profesión, más que cualquier otro aspecto de la formación. Su prolongación, como único cambio fundamental durante medio siglo, ha creado dificultades difíciles de superar (A. Freud 1971, 1983; Arlow 1982; Laufer 1982).

Es por esto prometedor el que la IPA tenga actualmente en miras este problema. A esta conclusión llega Kernberg, quien expuso sus conclusiones en un simposio organizado por la IPA sobre el tema "Changes in Analysts and in their Training" (Wallerstein 1985). Si se es optimista, se puede contar con cambios a largo plazo, que permitan la realización de la tríada anhelada por Freud, de formación, atención al enfermo e investigación. Queda claro que los cursos vespertinos, como aquellos que se dan en las instituciones psicoanalíticas tradicionales, son poco apropiados para alcanzar esta meta (A. Freud 1971; Redlich 1968; Holzman 1976).

## **1.6 Orientaciones y corrientes analíticas**

Mientras más se expandía el psicoanálisis, más difícil se hacía encontrar un consenso sobre lo esencial, más allá de las diferencias de escuela. Los cambios anunciados en las discusiones entre los psicoanalistas vieneses y londinenses en los años treinta, se hicieron realidad en los veinticinco años siguientes (Riviere 1936; Waelder 1936).

Esto condujo a polarizaciones: según Rapaport (1967), quedaron, por un lado, sin aclarar teóricamente las implicaciones psicosociales y las relaciones de objeto en la psicología del yo psicoanalítica. Por otro lado, el mismo autor califica la teoría de las relaciones de objeto de Klein (1945, 1948), irónicamente, como una mitología del ello. El punto decisivo es la posición del ello en la teoría y en la práctica. En la esfera de influencia de Lacan, la psicología del yo se hizo sospechosa de superficialidad, aunque Freud (1923b) había descrito el yo como profundamente enraizado en el ello. Así, Pontalis (1968, p.150) planteó la cuestión de si acaso la psicología del yo americana en realidad no destruye conceptos fundamentales como el inconsciente, para desembocar en una psicología del aprendizaje.

Las teorías de Klein sobre el desarrollo temprano y sus recomendaciones de ofrecer interpretaciones profundas sin analizar las resistencias, condujo a una considerable oposición hacia la psicología del yo, representada en el escrito de A. Freud (1936) El yo y los mecanismos de defensa. En Londres se formó un grupo intermedio entre ambos polos. El psicoanálisis norteamericano siguió la tradición de la psicología del yo. La controversia entre kleinianos y psicólogos del yo aún persiste, pero ha perdido sus aristas polémicas. La mayoría de los analistas se encuentra en una posición intermedia, en un amplio espectro de concepciones teóricas y técnicas.

En un estudio comparativo, Kernberg (1972) presentó tanto la crítica de la psicología del yo a la teoría de Klein, como la respuesta de los kleinianos a aquélla. La influencia de Klein sobre el psicoanálisis como un todo es notable: una parte considerable de la teoría kleiniana es aceptada hoy en día en vastos sectores. Existe un reconocimiento general de la importancia de las relaciones de objeto tempranas, en el desarrollo normal y patológico. La proposición de que las reacciones depresivas hacen su aparición durante el primer año de vida, ha sido aceptada incluso por aquellos autores que no están convencidos de que la posición depresiva, en el sentido más estricto, sea una fase de transición normal. Steiner (1986) plantea que una de las razones por la cual las llamadas discusiones controversiales, que se llevaron a cabo en Londres durante los años 1943-44 entre kleinianos y ana-freudianos, no condujeran a un cisma de la sociedad británica, fue el que hubiera un acuerdo fundamental sobre la validez de la posición depresiva infantil planteada por Klein. Del mismo modo, los autores de la psicología del yo que tratan pacientes limítrofes y psicóticos, se orientan a sí mismos según las constelaciones de defensa que caracterizan a la posición esquizoparanoide y depresiva.

El rol significativo que juega la agresión en las fases tempranas del desarrollo fue subrayado por Klein (1935). Sus hallazgos fueron reconocidos incluso por aquellos sectores que rechazan las tesis específicas que tienen su origen en la hipótesis de la pulsión de muerte. Por ejemplo, también Jacobson (1964) ubica las etapas tempranas de la formación del superyó en el segundo año de vida y destaca la importancia de sus estructuras tempranas en el desarrollo psíquico posterior. La datación precoz de los conflictos edípicos en el segundo y tercer año de vida, dada por Klein, y su tesis sobre la influencia de los factores y conflictos preedípicos sobre el desarrollo psicosexual y la formación del carácter, son también ampliamente aceptados.

Pareciera estar en la naturaleza de las cosas el que las unilateralidades propias de las escuelas bajen de tono cuando son absorbidas por la teoría psicoanalítica general. La aleación y el amalgamamiento de las teorías implica inevitablemente la influencia mutua y la permeabilidad de sus elementos. Las hipótesis de Klein sobre los procesos de defensa precoces han tenido un impacto fructífero en la técnica de tratamiento. De acuerdo con Kernberg, el factor más importante en este punto es la interpretación de los procesos de escisión, que hace más entendible, por ejemplo, la génesis de las reacciones terapéuticas negativas como consecuencia de la envidia inconsciente y que complementa la comprensión de Freud sobre este fenómeno (véase sec. 4.4.1).

El texto de técnica psicoanalítica, recientemente publicado por Etchegoyen (1986), es una muestra de cómo un autor, que declara que le "gusta a veces decir que [es] un kleiniano fanático para que no [lo] confundan" (p.13), debe hacer uso de conceptos de otras corrientes psicoanalíticas, en especial cuando aborda algunos temas de técnica que no han sido objeto de desarrollo por kleinianos. Este pluralismo ideológico debiera quizás adjudicarse a los méritos

de la escuela rioplatense de psicoanálisis, que se ha caracterizado por su capacidad en asimilar nuevos puntos de vista.

Es evidente que las ideas de Klein han dejado una profunda huella en el pensamiento analítico latinoamericano. Tomamos como índice la escuela rioplatense (Argentina y Uruguay), la más influyente en el continente. Ya en 1948, la Asociación Psicoanalítica Argentina publicaba *El psicoanálisis de niños*, de Klein, traducido por Arminda Aberastury. Sería, sin embargo, un error pensar que esta recepción fue pasiva. Se podría afirmar lo contrario, es decir, que los representantes más ortodoxos de la escuela kleiniana inglesa se deben sentir más bien incómodos al comprobar cómo las ideas básicas de Klein han sido incorporadas en otros marcos referenciales totalmente ajenos. Si tomamos como base la revisión que Liberman hace de los autores principales de la escuela rioplatense, en el capítulo V de su libro *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico* (1970), comprobamos una clara y explícita tendencia a la concepción diádica de la relación analítica (pareja analítica), en clara contraposición con la concepción monádica kleiniana. Con diversidad de matices y con contradicciones internas, una mayoría de los autores (entre otros, Alvarez de Toledo, Racker, Bleger, Liberman, M. y W. Bangerter), estarían de acuerdo en partir de la situación analítica como una unidad de-terminada por ambos participantes, y donde todos los fenómenos observables de-ben ser considerados en función de lo que ambos miembros, analista y paciente, contribuyen para su emergencia. Siguiendo a Liberman, en estos autores se reconoce la paternidad de Pichon-Rivière, miembro de la primera generación de analistas argentinos. Pichon-Rivière, en el prólogo al libro de Liberman *La comunicación en terapéutica psicoanalítica* (1962), plantea que "otro punto de partida y que forma parte de su [de Liberman] esquema referencial, conceptual y operativo es el considerar al proceso psicoanalítico como un proceso dialéctico, en espiral, con la intervención bicorporal, pero siempre tri-personal, ya que el tercero 'escamoteado', negado, etc., de la situación triangular aparece como 'el modificador del campo'" (p.VIII). Es en este marco referencial donde son incorporadas las ideas kleinianas de fantasía inconsciente, identificación e introyección proyectiva. Quizás esto explique por qué Hoffman (1983) afirma, con entusiasmo, que Racker, autor argentino considerado kleiniano, debe en realidad ser reclasificado como uno de los más importantes precursores del paradigma interaccional, por su concepción de la reciprocidad en la situación analítica. Todo lo anterior se corrobora, si leemos, en el capítulo 3, sección 6: la pareja analítica, del libro de técnica de Etchegoyen (1986), su apasionado alegato acerca de la inutilidad de la concepción diádica, postulada, según él por una mayoría de los analistas rioplatenses, y donde, consecuentemente, plantea la vuelta a la concepción monádica de Klein. De acuerdo con ésta, sería más útil hablar de la psicopatología del paciente que es "recibida" por un "buen" analista (esto es, un analista sobre todo bien analizado) y en este proceso entendida y posteriormente interpretada. Es notable, sin embargo, cómo el



mismo Etchegoyen debe hacer uso del concepto de pareja analítica cuando trata algunos temas de técnica, como por ejemplo, el de la primera entrevista. En el capítulo 3 nos extenderemos más sobre los problemas de tal concepción "total", que ignora la contribución del analista en la emergencia de los fenómenos observables en la situación analítica.

Klein y la escuela inglesa influenciaron también a los representantes de la psicología de las relaciones de objeto, tales como Balint, Fairbairn, Guntrip y Winnicott. La independencia de estos cuatro autores de la escuela kleiniana y de la inglesa, ha sido subrayada recientemente por Sutherland (1980), al hablar de los cuatro teóricos de las relaciones de objeto británicos. A Balint le corresponde el mérito de haber hecho utilizable la psicología bi- y tripersonal en la técnica de tra-tamiento, luego de que enfatizara, ya en el año 1935, el significado de las relaciones personales en el desarrollo infantil. En oposición a Klein, en cuya concepción el objeto (la persona materna) se constituye, sobre todo, por las fantasías infantiles y su correspondiente proyección, Balint parte de la base de que la reciprocidad es el fundamento de la formación del objeto.

Frente a otras teorías de interacción, damos nuestra preferencia a la psicología bi- y tripersonal de Balint, por una serie de razones que trataremos de explicar mediante la oposición de la concepción de Balint con otros esquemas, que aparentemente suenan como similares. Balint (1935) deja abierto lo que está sucediéndose en la relación entre dos personas. El asume que algunas transferencias y contratransferencias son específicas a la personalidad y que la teoría del analista influencia la situación analítica. La visión de Balint de que los conflictos intra-psíquicos adultos se reflejan en la relación, se distingue, como una psicología bi-personal, de la teoría interpersonal de Sullivan (1953), en cuanto ésta no da importancia a las experiencias subjetivas del paciente ni a sus necesidades instintivas.

La diferencia esencial entre el esquema de Balint y el "campo bipersonal" de Langs (1976) consiste, entre otras cosas, en que Langs pareciera dar por hecho que este campo se constituye y estructura especialmente por los procesos de la identificación proyectiva e introyectiva. Balint en tanto, allí donde Langs y otros autores creen saberlo todo respecto a lo que sucede en la situación analítica, deja muchas cosas abiertas y, sobre todo, por qué aquello sucede de tal modo. Naturalmente, ningún analista está libre de concepciones teóricas; Balint, sin embargo, siempre acentuó el aspecto provisional de sus declaraciones y enfatizó la relevancia del punto de vista del observador. Esta relativización es una de las razones por la que Balint actuó en contra de lo dogmático y no fundó una escuela. Por lo demás, su psicología bipersonal corresponde al desarrollo científico, tanto general como específico. En esta línea, Erikson amplió la psicología del yo haciendo referencia a filósofos norteamericanos, como James, Cooley y Mead y a sus contribuciones a la formación de la identidad psicosocial y la autoestima (Cheshire y Thomä 1987).

Llegamos ahora a otro importante tema que señala el cambio de la práctica analítica. El advenimiento de la psicología de las relaciones de objeto puede ser visto en parte como un signo de que los pacientes, debido a la acechante y creciente in-seguridad básica, buscan apoyo en el analista. Esto no debiera ser visto solamente como una repetición de expectativas y frustraciones infantiles. Se abren así nuevas posibilidades de expandir la técnica interpretativa psicoanalítica hacia nuevos cam-pos que no han sido suficientemente investigados, debido a que no se le ha dado la suficiente importancia al aquí y ahora. En el curso de nuestros intentos de integración, mucho hemos ganado explorando el desarrollo de las polarizaciones, y por eso quisiéramos mostrar, en base a algunos ejemplos notables, cómo la técnica psicoanalítica llegó a su estado actual.

Las dos conferencias internacionales más importantes sobre la teoría de los resultados terapéuticos, Marienbad 1936 y Edimburgo 1961, delimitaron un período, dentro del cual se modificó mucho más que la técnica terapéutica. Friedman (1978) comparó el clima reinante en la conferencia de Marienbad con el de Edimburgo, comparación que nos parece muy reveladora. En Marienbad existía aún un alto grado de apertura, pero el clima en Edimburgo, en 1961, lo caracteriza Friedman como de estado de sitio:

La atmósfera de ciudad sitiada que rodeaba esta conferencia, la distinguía radical-mente de los escritos de Freud y del clima reinante en la conferencia de Marienbad... Los participantes en Marienbad no dieron muestras de esforzarse en evitar el sendero prohibido; incluso se sintieron a gusto refiriéndose a influencias desconocidas entre paciente y terapeuta. ¿Qué había sucedido pues, para que los participantes en Edimburgo se manejaran tan cuidadosamente? ¿Por qué se transformó la interpretación en el grito de batalla? (Friedman 1978, p.536).

Al igual que Friedman, creemos que la interpretación se convirtió en grito de batalla, debido a que "la ampliación del ámbito del psicoanálisis" [alusión al simposio de la Asociación Psicoanalítica Americana "the widening scope of psychoanalysis" (1954); nota de los traductores] pareció hacer necesario definir la identidad psicoanalítica.

El psicoanálisis se estaba desbordando sobre los márgenes de la corriente madre ("mainstream"). La terapia conductual y la "client-centered therapy" de Rogers habían surgido como procedimientos rivales. El boom psicoterapéutico había comenzado.

La doble intranquilidad llevó a establecer límites externos e internos, que culminaron, en especial, con la presentación de Eissler (1953) de su técnica ideal normativa ("basic model technique") como el método psicoanalítico genuino. Es interesante el que Eissler (1949), en el libro de homenaje a Aichhorn, aún considerara la terapia de los delincuentes como análisis auténtico. También en su crítica dirigida a la escuela de Chicago, fundada por Alexander (1950),

Eissler declaraba que toda técnica que buscara o lograra cambios estructurales con medios psicoterapéuticos, debiera considerarse terapia psicoanalítica, siendo irrelevante si para eso se necesitaran sesiones diarias o irregulares, y sin importar tampoco el uso o no del diván.

Está claro que en esto no se trata de cualquier tipo de cambio, producto, por ejemplo, de la sugestión o de algún otro factor. Ciertamente no; la demanda de Eissler implica que la demostración de la eficacia terapéutica del método pueda también mostrar la eficacia de la teoría psicoanalítica, ya que ésta se ocupa de la génesis de las estructuras intrapsíquicas. A través del curso que toma la terapia psicoanalítica causal y mediante la demostración de cambios, se pueden sacar conclusiones acerca del origen de las enfermedades psíquicas y psicosomáticas. A pesar de la crítica vehemente sobre el uso manipulativo de la experiencia emocional correctiva por Alexander, Eissler estaba inicialmente en favor de la apertura, en el espíritu del simposio de Marienbad. Fue sólo en 1953 cuando nació la técnica normativa ideal, cuya única herramienta es la interpretación (Eissler 1953, p.110). La técnica psicoanalítica clásica es, de este modo, "una terapia en la cual la interpretación constituye la única herramienta, o la herramienta líder o preva-lente" (Eissler 1958, p.223). En forma pura, esta técnica no existe en ninguna parte.

Pues bien, ahora sí se habían establecido límites que aparentemente permitían una clara diferenciación entre la técnica clásica y el resto del mundo psicoanalítico y psicoterapéutico. En ésta se prescinde de todas las variables que existen en la práctica psicoanalítica: los síntomas del paciente, su estructura de personalidad, el analista y su ecuación personal, etc., variables que por lo demás, según el mismo Eissler, podrían justificar variaciones de la técnica (1958, p.222). La técnica normativa ideal hizo algo más que eliminar todas las variables excepto aquella de la interpretación: en realidad, creó una situación ficticia, lo que el propio Eissler (1958, p.223) admitió en su discusión con Loewenstein, al decir que "nunca un paciente ha sido analizado mediante una técnica interpretativa pura". Von Blarer y Brogle (1983) llegaron incluso a comparar las tesis de Eissler con la tabla de los mandamientos que Moisés trajera una vez de la montaña sagrada. Desde el punto de vista científico al menos, podría no haber una objeción a un método purista, tal como el que se exige en la técnica normativa ideal de Eissler. Sin embargo, en general, el asunto no pasó más allá de la codificación, sin que se investigara a fondo cómo estas ordenanzas influyen la práctica, en qué medida son cumplidas y dónde son transgredidas. La única función que la técnica ideal normativa cumplió en forma sobresaliente, es aquella que se refiere a la demarcación de lo que distingue la técnica clásica de las otras, e incluso esto no fue sustentado por estudios empíricos.

El ánimo que prevalece hoy en día es el de una nueva partida. Sandler, con buen sentido para captar los nuevos rumbos, dijo que "psicoanálisis es aquello practicado por los analistas" (1982, p.44). Esta visión pragmática impacta por su sencillez y hace justicia a la diversidad de la práctica psicoanalítica, es

aceptada por el público y es ampliamente válida para el paciente individual. Nos encontramos ahora hablando de la práctica, como ella es, y también como es vista desde afuera, y ya no hablando de los criterios formales o de las exigencias ideales de cómo esta práctica debería ser. Sandler fundamenta su tesis con el hecho de que de todas formas un buen analista modifica su técnica frente a cada caso, adaptándola frente a cada paciente, porque aquello que corresponde hacer varía de paciente a paciente. En el caso de que un paciente no pueda venir más que una o dos veces por semana, el analista se adapta a esta situación, modificando correspondientemente la técnica. De este modo, la actitud psicoanalítica llega a ser el criterio decisivo, con lo cual las discusiones sin solución sobre las características formales, como número de sesiones, uso o no del diván y duración de la terapia, pueden ser dejadas de lado. Inevitablemente, con esto llegamos a la pregunta de qué es un analista y de cómo se forma su actitud psicoanalítica. El problema se desplaza entonces a la formación analítica. Sandler es de la opinión de que la instrucción dentro de la técnica clásica crea las mejores condiciones para la formación de la actitud analítica. De cualquier modo, la interiorización del psicoanálisis y su estilo personal, no lo logra el analista sino después de muchos años de experiencia en su propio quehacer práctico. Las experiencias propias no son ciertamente reemplazables, pero, si la flexibilidad es lo que hace a un buen analista, hay entonces que hacer los preparativos necesarios para que esta meta se alcance en la práctica. Difícilmente se podrá decir que la técnica normativa ideal (la cual, por ejemplo, prohíbe al analista hacer o contestar preguntas al paciente), implica una actitud psicoanalítica compatible con la definición de Sandler, respecto a lo que debe caracterizar al buen analista clínico. Sobra decir que el énfasis de Sandler en los aspectos cualitativos no significa que los aspectos cuantitativos sean totalmente secundarios. El tiempo, la regularidad, la duración y la frecuencia de las sesiones permanecen siendo factores importantes, de los cuales dependen muchas cosas; sin embargo, éstos no pueden determinar lo que sucede cualitativamente, y, por lo tanto, no pueden ser usados como medida para diferenciar entre psicoterapia y psicoanálisis. Wyatt no considera la técnica psicoanalítica estándar y la psicoterapia analítica como alternativas. Si se comparte su punto de vista, llega a ser importante el punto que Wyatt plantea al final de su extenso estudio: si es verdad que, a menudo, no es posible sino sólo bastante tarde en el curso de un tratamiento, juzgar "si se trata en este caso de un análisis genuino o de una psicoterapia real" (Wyatt 1984, p.96; cursiva en el original), entonces a uno le gustaría saber cuál es la diferencia entre lo "genuino" y lo "real". Pensamos que intentos ulteriores de aclaración de esta pregunta llevarían a nuevas complicaciones, por la mezcolanza de consideraciones de política profesional e intereses científicos, pues el psicoanálisis institucionalizado tiende hacia aquel tipo de ortodoxia que vive de la mesa de negociaciones. Estudios empíricos que podrían precisar nuestro conocimiento sobre lo que constituye el psicoanálisis genuino se ven, entonces, como superfluos.

En la práctica, el analista se mueve a lo largo de una línea continua, que no permite diferenciaciones nítidas. Pues, con la técnica normativa ideal, nunca se ha podido tratar aún a un paciente: esta técnica se construyó como una ficción, para un paciente que no existe. Las herramientas técnicas específicas, lideradas por la interpretación de la transferencia y la resistencia, se encuentran incorporadas en una red de técnicas expresivas (es decir, reveladoras del conflicto) y de apoyo, aun cuando se enfatizan, a todo trance, herramientas particulares, como lo muestra el estudio Menninger. Kernberg (1984, p.151) ha propuesto recientemente diferenciar entre psicoanálisis, psicoterapia reveladora del conflicto (expresiva) y psicoterapia de apoyo, en base al grado en que se expresen las siguientes dimensiones: (1) las principales herramientas técnicas, como la clarificación, interpretación, sugestión e intervención en el medio ambiente social; (2) la intensidad de la interpretación de la transferencia; (3) el grado de neutralidad técnica mantenido.

Después que un analista se ha liberado del trazado nítido de límites, se abre un vasto campo en el cual se hace indispensable hacer distinciones. Es un desafío comparar análisis o técnicas específicas de diversas escuelas y con las psicoterapias analíticas. Consideramos indispensables tales estudios comparativos. Si la justificación de la actuación terapéutica se ve en el cambio terapéutico posterior, todos los métodos y las técnicas pierden su endiosamiento, teniendo que aprender a tolerar que su valor científico quede relativizado por la ganancia práctica que un determinado paciente haya podido sacar de su terapia. Por este motivo, abogamos por diferenciaciones calificadoras, que no pueden sino favorecer al paciente. A excepción de los candidatos en formación, los analizados no se encuentran primariamente interesados en la pregunta de si acaso se encuentran en un análisis o en una psicoterapia. Lo que los pacientes buscan es simplemente la mejor ayuda posible. Las distinciones surgen primeramente dentro de la mente de los analistas. Sospechamos que la acumulación de "buenas sesiones", en el sentido de Kris (1956a), o la frecuencia de interpretaciones mutativas (véase secc. 8.4), le dan al analista la sensación de haber alcanzado el psicoanálisis auténtico. Otras características dependen de la intensidad con que el trabajo analítico se focaliza y de la fijación de metas (cap. 9). Estas experiencias subjetivas del analista debieran ser verificadas con los efectos a largo plazo, por medio de investigaciones sobre el proceso y resultados del análisis. Por el momento, concordamos con Kernberg (1982, p.8) en que "la separación estricta del psicoanálisis como teoría y técnica, de la exploración teórica y técnica de la práctica psicoterapéutica, puede, por varias razones, dañar el trabajo psicoanalítico mismo" (*cursiva en el original*).

Nosotros localizamos el daño en dos niveles: la separación estricta, como fue efectuada de la manera más explícita en la técnica normativa ideal, favoreció una posición ortodoxa, neoclásica, que restringió cada vez más el campo de la indicación analítica, y con esto también la base desde la cual ganar nuevos conocimientos. Puesto que la efectividad terapéutica de ningún modo depende

sólo del instrumental interpretativo del analista, resultaron también reducciones en este campo.

En el otro nivel, en el de la psicoterapia analítica, hubo mucho de experimentación, variación y modificación, sin que las relaciones de las variables tera-péuticas con el psicoanálisis se convirtieran en objeto de la investigación. Al menos, así es como entendemos la objeción crítica de Kernberg, aunque también deba ser dicho que se han realizado numerosos estudios, precisamente en el área de las terapias psicodinámicas (Luborsky 1984; Strupp y Binder 1984).

## **1.7 Cambios socioculturales**

La solución de los problemas actuales de la técnica de tratamiento no puede encontrarse en la imitación de la actitud psicoanalítica generosa y natural de Freud hacia sus pacientes, aunque veamos en esta actitud un antídoto muy bienvenido en contra de los estereotipos. Las soluciones de Freud a los problemas de la práctica y la teoría pueden servir de modelo para el presente, únicamente si existen seme-janzas o concordancias entre aquel entonces y el día de hoy. Los profundos cam-bios suscitados en el mundo desde los años treinta, incluyendo la inseguridad glo-bal de nuestra era nuclear, afectan al individuo a través de la desintegración de las estructuras sociales y familiares. Puede pasar un período considerable antes de que los cambios históricos influyan en la vida familiar. Pueden sucederse algunas generaciones, hasta que los procesos históricos y psicosociales afecten la vida familiar de tal forma, que sus miembros desarrollen enfermedades psíquicas o psicosomáticas. Por otra parte, las actitudes inconscientes tradicionales de cada familia en particular, pueden también perdurar por un período largo siguiendo las reglas típicas de la novela familiar. De este modo, se dan situaciones de clara asincronía entre la velocidad del cambio de las tradiciones familiares y los procesos históricos y socioculturales. Por este motivo, existen hoy en día, en algunos lugares de Alemania, neurosis demoníacas y exorcismos como en la edad media (Dieckhöfer, Lungershausen y Vliegen 1971). La asincronía sociocultural es desde luego mucho más notoria en Latinoamérica, lo cual quizás se exprese a través de la inquietud antropológica que se palpa en muchos de los trabajos que se presentan en los congresos psicoanalíticos latinoamericanos. Hasta donde sabemos, hay actualmente en distintos países latinoamericanos grupos de psicoanalistas que in-vestigán la riqueza del patrimonio mitológico del continente (véase, por ejemplo, Hernández y cols., 1987).

La revolución sexual ha reducido la represión de la sexualidad en general, y la píldora anticonceptiva ha favorecido la emancipación femenina y garantizado a la mujer una mayor autodeterminación sexual. Como lo predice la teoría psicoanalítica, la incidencia de enfermedades históricas ha decrecido. Más que desarro-llarse hacia estructuras superyoicas (es decir, hacia el típico complejo

de Edipo de fines de siglo), los conflictos parecen actualmente persistir en el nivel edípico.

Debido a que el método psicoanalítico se ocupó principalmente de la típica historia de la génesis familiar de las enfermedades psíquicas, poniendo especial énfasis en la niñez, se minimizaron las influencias psicosociales en la adolescencia, que dan al adolescente una "segunda oportunidad" (Blos 1985, p.138), hasta que Erikson puso la atención sobre ellas (véase, por ejemplo, Erikson 1959). Por muchos años, los factores a través de los cuales se mantienen los síntomas fueron también insuficientemente considerados en las decisiones técnicas. Ambas negligencias se notaron al comienzo poco, debido a que, primero, el análisis del ello y, posteriormente, el análisis de la resistencia, orientado según la psicología del yo, podían partir de la base de estructuras estables, podríamos incluso decir rígidas, adquiridas en una edad temprana. El analista ayudaba al paciente a ganar una mayor libertad interior: los estrictos contenidos de los mandamientos superyoicos, provenientes de la identificación con el patriarca opresivo, fueron cambiados por valores humanos más dignos. Strachey (1934) describió magistralmente este proceso terapéutico.

Aproximadamente en el mismo momento surgió un tema que en nuestros días, por lo menos en los países más ricos, se ha colocado en el centro de la atención (nos referimos al tema de la seguridad), el cual puede ser considerado como contrapunto de la desintegración de estructuras psicosociales e históricas. No es una casualidad que, en nuestra era del narcisismo y de las ideologías (Lasch 1979; Bracher 1982), el tema de la seguridad haya finalmente llegado a ocupar hoy un lugar tan importante en la discusión sobre técnica de tratamiento psicoanalítico, aunque sus orígenes fácilmente pueden ser seguidos hasta los años treinta, y hacia Freud y Adler. El efecto de la innovación de Kohut puede ser fundamentada también en el hecho de que pacientes y analistas se encuentran igualmente insatisfechos con la naturaleza disecante de la psicología del conflicto, y que buscan unidad y confirmación, en suma, seguridad narcisista. Por otro lado, el impacto en los psicoanalistas europeos de la inseguridad internacional y de la permanente amenaza nuclear, se puede hacer evidente en el hecho, quizás difícil de entender desde regiones menos amenazadas como Latinoamérica, de que sea precisamente Hanna Segal, representante eminente de una escuela psicoanalítica que ha levantado como bandera la primacía del conflicto psíquico, como derivado pulsional, sobre la influencia del medio ambiente, quien haya presidido el grupo internacional de psicoanalistas en contra de la guerra nuclear.

Si el problema de la inseguridad internacional y nuclear impacta, de alguna manera, la teoría y la práctica del psicoanálisis en los países que están en el campo de batalla de un eventual enfrentamiento entre las grandes potencias, en regiones más alejadas, como es el caso de Latinoamérica, al menos la práctica psicoanalítica se ha encontrado en las últimas décadas profundamente influida por graves convulsiones sociopolíticas. Prácticamente, no hay país latinoamericano que no haya vivido períodos de grave agitación social o que no

haya caído en regímenes dictatoriales, donde los derechos humanos han sido gravemente vulnerados. Son escasos los trabajos sistemáticos que intenten dilucidar el impacto de la con-vulsión sociopolítica en la situación analítica. Recientemente, Berenstein (1987) plantea que en este tipo de sociedades se justifica el hablar de un análisis im-po-sible cuando determinadas situaciones sociales impiden la puesta en práctica de la regla fundamental. Jiménez (1989) señala que la escasa reflexión en este tema se debe además, y más allá del hecho de que analistas y pacientes estén ambos inmersos en una situación difícil e incierta (lo cual ciertamente acentúa meca-nismos de defensa como la escisión y la negación [desmentida]), también a insufi-ciencias en la teoría analítica. En una tradición que viene desde Freud, la realidad psíquica se tendería a oponer a una realidad externa entendida como "dada" natural-mente, sin que nunca se haya definido en términos positivos el alcance de "lo externo".

El énfasis en lo intrapsíquico no habría dado lugar a un tipo de entendimiento intersubjetivo de la relación analítica, donde analista y paciente comparten un tipo de fantasía sobre la "realidad sociopolítica" a la vez que un juicio sobre su calidad de realidad externa. De acuerdo con esto, el problema es que el psicoanálisis carece de un marco teórico que permita entender el impacto, en la situación analítica, de la realidad sociopolítica, importante aspecto de la llamada realidad externa. La pre-gunta entonces, sobre las condiciones sociopolíticas concretas bajo las cuales un analista dado puede analizar a este paciente en particular, se tiende a discutir de ma-nera abstracta e ideológica. Esta problemática se conecta con la larga polémica que los psicoanalistas alemanes han desarrollado en relación a si el análisis era posible o no bajo la dictadura nazi.

Ya que en nuestros días se llevan a cabo por primera vez estudios epide-miológicos sobre la incidencia de las neurosis (Schepank 1982; Häfner 1985), no se pueden efectuar comparaciones exactas con el pasado. Nos encontramos su-peditados a valorar impresiones personales, que son doblemente equívocas, debido a que en las designaciones diagnósticas influyen fuertes corrientes de moda. Des-pués de todo esto, sin duda alguna el analista contemporáneo se encuentra confron-tado a problemas que no estaban en el centro de la atención en la práctica de Freud (Thomä y Kächele 1976).

Una importante mayoría de las personas en las democracias occidentales del hemisferio norte, viven en una red social que las asegura en contra de los golpes del destino, y no en último lugar en contra del riesgo de enfermarse. En la con-sulta de los psicoanalistas alemanes ya prácticamente no quedan pacientes priva-dos. Por otro lado, enfermos de todos los grupos sociales pueden someterse a tra-tamiento psicoanalítico a expensas de los sistemas de seguro de salud y por ende, basados en la contribución regular de la población asegurada. Con esto se cumple en Alemania Federal y en otros países la predicción de Freud (1919a). La eficacia terapéutica del psicoanálisis, entonces, es hoy en día más importante que nunca. También ha quedado confirmada la suposición de Eissler, de que "la medicina socializada va a jugar



un rol importante en el desarrollo futuro [del psicoanálisis]. No podemos esperar que la sociedad contribuya con las grandes sumas de dinero que son necesarias para el análisis individual, cuando la curación de síntomas es posible en un número considerable de pacientes" (Eissler, citado por Miller 1975, p.151).

Nosotros representamos el punto de vista de que la fundamentación científica del psicoanálisis y su efectividad terapéutica se encuentran muy cerca una de la otra, y más de lo que generalmente se supone. La presión social y la competencia en aumento han, además, intensificado los esfuerzos de los psicoanalistas de fundamentar científicamente la eficacia de su quehacer.

## **1.8 Convergencias**

Las críticas desde adentro y desde fuera del psicoanálisis han inducido cambios significativos, que incluyen tendencias claras hacia el acercamiento y la integración de las distintas corrientes (Shane y Shane 1980). Creemos así poder hablar de convergencias, las que se perfilan entre las diferentes escuelas psicoanalíticas, como también en la relación entre el psicoanálisis y las disciplinas vecinas. Los siguientes puntos de vista y las líneas de desarrollo que a continuación bosquejamos, dejan en claro aspectos comunes y nos permiten escribir estos dos tomos sobre una base firme, a pesar de la situación "anárquico-revolucionaria" del psicoanálisis actual. Nos parece estimulante poder poner los siguientes puntos en relieve:

Las teorías de relaciones de objeto han reconocido que el analista actúa como un "nuevo objeto" (Loewald 1960), y de esta forma se encuentran en el camino de reconocer al sujeto y la intersubjetividad en la situación analítica. Esta tendencia se caracteriza por la discusión sobre la extensión del concepto de transferencia (véase secc. 2.5). El método psicoanalítico ha tenido desde siempre su fundamento en la relación bipersonal. Precisamente, sólo gracias a un enfoque interaccional, se hacen accesibles al analista los elementos inconscientes de la relación de objeto. Todo indica que hoy en día se ha hecho posible solucionar los enormes problemas terapéuticos y teóricos de la intersubjetividad, de la transferencia y de la contra-transferencia.

Uno de los puntos importantes de la técnica es la identificación del paciente con las funciones del analista (Hoffer 1950). Estas funciones no son percibidas como procesos abstractos. Más bien, el paciente las vivencia en el contexto personal de su terapia. Las identificaciones con las funciones del analista se encuentran entonces, y en el sentido de Loewald, ligadas a las interacciones ejemplares con el analista, desde las cuales sólo artificialmente pueden ser aisladas. La persona con quien uno se identifica no es introyectada como un objeto y almacenada dentro de un aislamiento intrapsíquico. Loewald (1980, p.48) enfatizó que no se introyectan objetos, sino interacciones.

De hecho, lo importante en las descripciones psicoanalíticas de los elementos inconscientes de las relaciones de objeto, son los aspectos de la acción y su representación en el mundo de la fantasía (inconsciente). Lo que se decanta, almacena, como un "objeto interno" no es un algo aislado, sino una imagen del re-cuerdo, enmarcada dentro de un contexto de acción. El que Schafer (1976) llegase a su lenguaje de acción después de que Kris (1975 [1947]) hubiera descrito la investigación de la acción como el enfoque científico apropiado para el psicoanálisis, era un paso lógico. Las representaciones objetales se llevan a cabo desde el nacimiento en adelante dentro de un contexto de acción cualitativamente variable, y es mediante la repetición de actos de comunicación como surgen esquemas inconscientes que pueden alcanzar una gran estabilidad. Tales estructuras, perdurables en el tiempo, van acompañadas con disposiciones transferenciales que se pueden actualizar más o menos rápida y fácilmente.

Desde un comienzo, estos contextos interaccionales se encontraban implicados en las teorías psicoanalíticas de relaciones de objeto. En nuestro tiempo, su significación ha llegado a ser cada vez más una cuestión central; y esto, debido, pre-eminentemente, a los hallazgos en el campo del comportamiento madre-hijo. Las teorías de las relaciones de objeto se han visto enriquecidas en los últimos decenios por las investigaciones de Bowlby (1969) sobre estudios del vínculo ("attachment"). Emde (1981) enfatizó la significación de la reciprocidad social, resumiendo los hallazgos de sus investigaciones del siguiente modo:

El niño pequeño se encuentra pertrechado para la interacción social desde un comienzo y participa del mutuo intercambio con las personas que lo cuidan. No podemos contemplar las personas de su contexto social como "metas pulsionales" estáticas y, desde este ángulo, términos como "relaciones de objeto" son poco afortunados en sus connotaciones (p.218).

Ya el lactante construye su experiencia de un modo activo. En estos procesos interaccionales los afectos juegan un rol preeminente. La teoría de la libido no cubre estos procesos de reciprocidad afectiva. Spitz (1976) ha señalado que Freud vio el objeto libidinoso principalmente desde un punto de vista del niño (y de sus deseos inconscientes), y no sobre el trasfondo de las relaciones recíprocas entre madre e hijo. Esta tradición se ha grabado tan profundamente, que Kohut derivó los "objeto-sí mismos" (selfobjects) del modo hipotéticamente narcisista como el lactante observa y vivencia las cosas. Desde este punto de vista, los experimentos pioneros de Harlow (1958, 1962) son instructivos. El crío monos rhesus con madres sustitutas hechas de alambre y género de toalla, es decir, con objetos inanimados. Estos monos eran incapaces de jugar o de desarrollar relaciones sociales. Sufrían de una ansiedad incontrolable y de ataques de rabia, hostilidad y destructividad. Los animales adultos no mostraban comportamiento sexual alguno. Spitz atribuyó estos

graves defectos en el desarrollo de los monitos, a la falta de mutualidad entre la madre sustituta y el mono en edad infantil. Para Spitz, la mutualidad es el fundamento del diálogo madre-hijo. Aunque él aún se adhiere a la concepción de la relación de objeto (Spitz 1965, pp.173, 182), queda claro que sus descripciones se basan en un sistema intersubjetivo, interaccional.

Las nuevas teorías sobre el desarrollo infantil, junto a la integración de las teorías interdisciplinarias de la comunicación y de la acción, deberían tener a largo plazo considerables efectos sobre el psicoanálisis (Lichtenberg 1983). En todas las áreas, el psicoanálisis contribuye al conocimiento de las dimensiones inconscientes del comportamiento humano.

Del mismo modo como las teorías de relaciones de objeto son indispensables para la psicología bi- y tripersonal, sin la "vida del diálogo", sin el "tú" (Buber 1974 [1923]), también la psicología del yo se limitaría a su propia esfera de relevancia más inmediata. Es claro que las técnicas de tratamiento en la dirección de la psicología del yo, se sistematizaron inicialmente de acuerdo al modelo del conflicto intrapsíquico, según el modelo de las descripciones de A. Freud en su libro *El yo y los mecanismos de defensa*. En éste, ella presentó las "consideraciones para la terapia psicoanalítica", donde se definen sus metas en términos de conflicto intrapsíquico (1936, p.74s). Al mismo tiempo, la contribución pionera de Hartmann (1958 [1939]) *La psicología del yo y el problema de la adaptación*, contribuyó a un intercambio más fuerte con las ciencias sociales, donde la psicología social juega un rol mediador. Sin embargo, el estudio crítico de Carveth (1984a) deja en claro la falta de cooperación interdisciplinaria genuina.

La crítica a la metapsicología y la teoría de la libido contribuyó a allanar el camino para unir las teorías de conflicto intrapsíquicas con las teorías interpersonales. El punto de vista interpersonal no puede, sin embargo, restringirse al "observador participante" (Sullivan 1953). Este término, aunque feliz, no deja suficientemente en claro que la participación del analista significa intervención desde el comienzo mismo del encuentro (véase secc. 2.3). El analista, sea callando o interpretando, influencia el campo de su observación. No puede escaparse del hecho de que su participación conlleva cambios, incluso si se deja llevar por el autoengaño de no tener en mente ninguna meta especial al conducir el diálogo.

Los miembros de un grupo de discusión de la Asociación Psicoanalítica Americana, quienes se reunieron varias veces entre los años 1977 y 1980, con Lichtenberg como moderador, concordaron en que "cuanto más alejados mantenemos los valores de ser el objeto directo de nuestro escrutinio, tanto más influyen, sin saberlo y en forma inconsciente, en nuestra técnica y teoría" (Lytton 1983, p.576). Como señalara Devereux (1967), el analista hoy en día, por razones prácticas y científicas, tiene que tolerar, más que nunca antes, ser, no sólo observador, sino también objeto de observación, es decir, tolerar el que analistas y científicos de disciplinas vecinas investiguen lo que el terapeuta siente, piensa y hace, y cómo su pensamiento y su acción afectan al paciente.

En la investigación de la situación analítica por terceras personas, hecha posible gracias a la valorización de las grabaciones de sesiones de análisis, el punto esencial es el de la contribución del analista al proceso terapéutico. Además, en países como Alemania Federal, donde los costos del tratamiento son pagados por las instituciones de salud, la sociedad (representada por la "comunidad científica") y los usuarios tienen derecho a saber cómo los analistas justifican su acción terapéutica, con la única limitación de que se respete la esfera privada.

El enfoque diádico de la situación analítica es todo, menos un cheque en blanco para opiniones subjetivas. Por el contrario, precisamente debido que la competencia del analista es un asunto tan personal, debe éste aceptar la responsabilidad sobre la forma como la teoría de su preferencia afecta su contratransferencia, del mismo modo que acepta el éxito o el fracaso de la terapia. Por este motivo, han aumentado las voces de los psicoanalistas que están a favor de investigar la práctica (Sandler 1983). Habla por sí mismo el que el tema central del Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, efectuado en Madrid en 1983, fuera dedicado al psicoanalista en su trabajo ("The Psychoanalyst at Work").

El enfoque diádico de la situación analítica, que se impone en todas partes, es concordante con los resultados de la investigación neonatológica y con la observación de la interacción madre-hijo pequeño. Trevarthen (1977) habla de "inter-subjetividad primaria". Los discípulos de Spitz, Emde y Robinson (1979), luego de una revisión crítica de más de 300 estudios, concluyeron que estas investigaciones revelaban antiguos prejuicios referentes a la concepción errónea, muy difundida, de que el lactante es pasivo e indiferenciado y de que su conducta es regulada por tensiones pulsionales y sus descargas correspondientes. El mito del lactante como un organismo pasivo que reacciona frente a estímulos y que se encuentra primariamente programado para la reducción de los mismos, ha llegado a ser una postura insostenible. En relación a lo planteado por M. Klein sobre la actividad del recién nacido y la inexistencia de un estado narcisista primario, Lichtenberg afirma:

Mientras la mayoría de las concepciones kleinianas de la vida infantil no son confirmadas por la reciente explosión de información sobre los primeros dos años de vida, impresionantes fragmentos de ellas sí lo son. Por ejemplo, la interacción madre hijo comienza al nacimiento; y en un interjuego altamente dinámico, madre e hijo constituyen un intercambio en las dos direcciones.<sup>2</sup> Sin embargo, la dinámica principal de este intercambio es la fijación de una matriz de transacciones regulatorias sobre catálogos de activa vigilancia, comida, llanto y sueño. Estos, normalmente se caracterizan por una gran cantidad de intercambios placenteros y, excepto en situaciones altamente patológicas, no hay soporte de observación para la fantasía kleiniana, tipo "guerra de las galaxias", de destrucción que se proyecta en los pechos y se introyecta vía leche envenenada. No hay ninguna evidencia para alguna forma

primaria de envidia, o aun para la capacidad de conceptualizar o experimentar el intercambio temprano con la madre y organizarlo cognitivamente en tales términos. Mientras que la observación directa no puede proveer evidencias decisivas para desaprobar una premisa sobre la vida interna de la psiquis, los hallazgos de la investigación infantil y las premisas clínicas demandan algún grado de integración confirmatoria para sustentar convincentemente una concepción sobre el lactante (Lichtenberg 1984, pp.62s; la cursiva es nuestra).

Las tendencias detectadas por Emde y Robinson en los resultados de las investigaciones, han continuado afirmándose desde entonces. Según Sander (1980) y Peterfreund (1980), las implicaciones de los resultados más recientes son tan contundentes, que se hace necesario enterrar tres mitos: el adultomórfico (el lactante es como yo soy), el mito teoricomórfico (el lactante es como mi teoría lo cons-truye) y el mito patomórfico (el lactante siente y piensa como mi paciente psi-cótico). Debido a que Freud llamó una vez la doctrina de las pulsiones "nuestra mitología" (1933a, p.88) y debido también a que los mitos contienen profundas verdades acerca del hombre, el proceso de desmitologización desencadena un pro-fundo desconcierto entre los analistas. El que la teoría psicoanalítica de las pulsiones conserve elementos mitológicos se debe, no en último lugar, a las connotaciones de ciertas metáforas -como, por ejemplo, el principio de constancia- que vincula de tal modo el ansia humana de inmortalidad, el misterio del amor y de la muerte, con suposiciones fisicalistas, que aparenta una explicación psicofisiológica global.(2)

No estamos tratando de deducir la intersubjetividad de la situación terapéutica de la interacción madre-hijo pequeño. Para nosotros, lo esencial es la convergencia de principios, que indica que la concepción diádica de la situación analítica corresponde a la naturaleza humana, como puede ser observada desde el primer momento de la vida en adelante. Estamos por esto de acuerdo con Wolff (1971) cuando, como analista e investigador especialmente cuidadoso que es, recordó a sus colegas tratantes que las preguntas prácticas y científicas esenciales no pueden ser respondidas por la observación de lactantes, ni con la ayuda de la etología, la neuro-fisiología o la biología molecular. Pero, cuando los analistas investigan las reglas de interpretación que siguen al momento de adscribir significados inconscientes a los comunicados de sus pacientes, tampoco pueden dejar de considerar las teorías de desarrollo subyacentes a ellas.

Un rol importante juega el que el analista tratante tome o no en cuenta las contribuciones de Piaget sobre el desarrollo de la constancia de objeto, y el tipo de concepciones que tenga sobre la relación temprana madre-hijo y que forman su base interpretativa. Las inconsistencias entre las distintas teorías son esperables, debido a la complejidad del asunto y a las diferencias en los métodos. Por este motivo, es de la mayor importancia el que por diferentes vías se llegue a resultados similares o se haga plausible que, por ejemplo, la suposición de un

autismo in-fantil temprano no es ya sostenible. Por otro lado, hay una cantidad de obser-vaciones que, partiendo de la separación fáctica madre-hijo, acentúan la reci-procidad de la interacción (Stern y cols. 1977). Sobre la base de observaciones empíricas, Papousek y Papousek (1983) y Papousek y cols. (1984) asumen que el lactante es autónomo y tiene competencia integrativa. Apoyándose en el énfasis dado por Winnicott a la interacción, Schacht (1973) acuñó la feliz fórmula para la terapia de adultos: "El sujeto necesita del sujeto". Separación e intersubjetividad primaria conforman el denominador común mayor y más importante de los resultados de las investigaciones neonatológicas y de los nuevos conocimientos sobre la díada terapéutica. Estamos de acuerdo con Milton Klein (1981) en considerar el nacimiento como el instante de la individuación, lo que implica que cada recién nacido comienza a construir su mundo activamente, creativamente y hambriento de estímulos. Brazelton y Als (1979), creen poder dis-cernir respuestas afectivas y cognitivas inmediatamente después del nacimiento.

El punto crucial aquí no es el de precisar una cronología. Ciertamente, la concepción de que el niño construye activamente su mundo no contiene una aclaración sobre cómo él vivencia este mundo. También en la teoría de Piaget (1954) la intersubjetividad entre madre e hijo se encuentra determinada por el egocen-trismo del niño, apoyando así el supuesto psicoanalítico de que el niño que llora, vivencia la actitud solícita o ausente de su madre como algo provocado por él. Por supuesto, otra cuestión totalmente distinta es si acaso este egocentrismo tiene la calidad de omnipotencia narcisista que se encuentra en los adultos.

La tesis de Emde (1981) de que la interacción madre-hijo es regulada por engra-mas biológicos innatos, es de gran importancia. Por otro lado, los rasgos parti-culares de los engramas constituyen individualidad: cada lactante y cada madre son únicos, tanto considerados en sí mismos, como constituyendo una díada. Ambos realizan los mecanismos específicos de la especie, esto es, los patrones biológicos básicos propios del género humano, a través de particularidades personales im-posibles de desconocer. El concepto de Mahler de "empatía cenestésica" (1971, p.404), que de acuerdo con su etimología, usa para referirse a los sentimientos comunes, a las sensaciones y percepciones profundas compartidas, emergió de la observación de la díada madre-hijo pequeño. Correspondientemente a esto, en la terapia se persigue el equilibrio entre lo compartido y lo propio, entre la for-mación del "nosotros" y la formación del yo.

La investigación del intercambio afectivo entre madre e hijo, llevada a cabo en el último decenio, confirmó en detalle lo contenido en la concepción de Winnicott: "el lactante y los cuidados maternos forman en conjunto una unidad...Yo dije una vez: 'No existe eso del lactante'" (1965, p.39). Winnicott añadió que él se refería naturalmente a que el cuidado maternal es un componente esencial, sin el cual ningún niño podría existir, distanciándose de este modo de las presunciones de Freud sobre el narcisismo primario y sobre

la transición del principio del placer al principio de realidad. Señaló también que el mismo Freud hizo objeciones a sus propias argumentaciones:

Con razón se objetará que una organización así, esclava del principio de placer y que descuida la realidad objetiva del mundo exterior, no podría mantenerse en vida ni por un instante, de suerte que ni siquiera habría podido generarse. Sin embargo, el uso de una ficción de esta índole se justifica por la observación de que el lactante, con tal que le agreguemos el cuidado materno, realiza casi ese sistema psíquico (1911b, p.232; la cursiva es nuestra).

Si se incluye el cuidado maternal, la ficción se colapsa, y la concepción de Win-nicot de la díada madre-hijo se transforma en el punto de referencia. Dentro de esta unidad, la madre y el hijo son, ciertamente, distintos uno del otro, si bien el lactante aún no se encuentra capacitado para delimitarse como una persona independiente. La autonomía del yo, según Hartmann (1958 [1939]), tiene su raíz en la biología y esto, dentro de la díada madre-hijo, implica que la percepción de sí mismo se lleva a cabo selectivamente, vía órganos de los sentidos, en intercambio con percepciones externas específicas. De esta manera, y por las siguientes dos razones, la persona de la madre es percibida de distinta manera por cada lactante: en primer lugar, ninguna madre se comporta exactamente del mismo modo con cada uno de sus hijos, y en segundo lugar, cada lactante tiene disposiciones individuales para reaccionar, que se desarrollan dentro de la unidad. Si esto fuese de otro modo, Winnicott (1965) no podría hablar del verdadero y del falso sí mismo, conjuntamente con el énfasis que pone en la unidad madre-hijo, ya que el verdadero sí mismo se refiere al sentimiento básico de hacer posible la realización del potencial propio y de poder liberarse de las limitaciones que se originan en la influencia desde el exterior y que tienen su expresión en el falso sí mismo.

Los resultados empíricos de la investigación sobre la interacción madre-hijo son apropiados para servir de puente en la polarización surgida en las recientes décadas en teoría de la técnica, es decir, en aquella división que se ha formado entre los representantes conservadores de la teoría estructural y los teóricos de las relaciones de objeto. Tampoco en la psicología bipersonal de Balint (1952) es posible pasar por alto el hecho de que cada paciente es único e inconfundible. La tarea de la díada terapéutica, como la unidad de dos personas mutuamente dependientes a la vez que independientes, consiste en permitir que el paciente establezca la mayor autonomía posible.

Por este motivo es necesario añadir nuestra postura sobre la psicología bipersonal. La psicología unipersonal fue construida de acuerdo con el modelo científico natural, y no está, ni terapéutica ni científicamente, a la altura del psicoanálisis. Estamos de acuerdo con la crítica de Balint a la teoría de la técnica y a la teoría psicoanalítica del desarrollo, sobre su excesivo énfasis en los procesos intra-psíquicos. No por esto el psicoanalista deja de tener el deber de crear las condiciones óptimas para que el paciente pueda cambiar desde su interior, y

no al revés. Por este motivo, hay que destacar un aspecto de la psicología unipersonal, que representa una obligación para el psicoanalista, más allá de esta crítica: el ideal del esclarecimiento se orienta al individuo, aunque el conocimiento de sí, que incluye aspectos inconscientes de la personalidad, se encuentre atado a la psicología bi-personal.

La remodelación del bebé psicoanalítico, sugerida por los resultados de la investigación neonatológica, tiene consecuencias considerables para la técnica de tratamiento (Lebovici y Soule 1970). Las interpretaciones que cada analista hace, sobre todo las reconstrucciones de la niñez temprana, se orientan sobre una u otra teoría psicoanalítica del desarrollo. Por este motivo, hablamos de las concepciones teóricas del lactante psicoanalítico o del bebé psicoanalítico, como modelos que se expresan en numerosas descripciones de distinta precisión. La remodelación del bebé psicoanalítico se encuentra apenas en sus comienzos.

Estas descripciones son construcciones diseñadas por padres y madres creativos, tales como Freud, Abraham, Klein, Ferenczi, A. y M. Balint, Winnicott, Mahler y Kohut. Como todos saben, los distintos bebés psicoanalíticos se diferencian sustancialmente unos de otros. Los diseñadores de estos modelos tienen que contar con el hecho que sus creaciones sean comparadas unas con otras.

El hombre trágico de Kohut yace en la cuna, como un niño de pecho rodeado por un medio ambiente (el del así llamado de los "objeto-sí mismos" ["selfobjects"]) que sólo parcialmente refleja su narcisismo innato. La teoría del narcisismo de Freud, que oficia de padrino, hace la tragedia casi inevitable, aunque en Kohut se encuentre bañada por una luz comparativamente más benigna: según éste, el mal no es una fuerza primaria y los sentimientos de culpa edípicos son evitables, si la tragedia temprana logró ser mantenida dentro de ciertos límites, y si el self narcisista se encontró a sí mismo en el espejo del amor (Kohut 1984, p.13). El individuo, para Freud culpable, edípico, y sus conflictos intrapsíquicos, es, en la teoría de Kohut, el producto de una falla narcisista en una edad temprana. Si esta falla no existe, los conflictos edípicos de los niños de tres a cinco años, serán fases transicionales predominantemente placenteras, que no dejarán tras de sí sentimientos de culpa importantes, si es que con anterioridad se ha desarrollado un self sano. La teoría de Kohut le abre al individuo la posibilidad de un futuro libre de conflictos edípicos. De los últimos escritos de Kohut se puede inferir que, si se da una buena empatía con los "objeto-sí mismos", también la tragedia humana permanece dentro de límites razonables.

Klein (1948, 1957) puso el bebé psicoanalítico al pecho de su madre de un modo bien distinto. Esta vez, el padrino fue la pulsión de muerte de Freud, que se hizo cargo de una maldad cuyas manifestaciones tempranas no tienen igual y que sólo puede ser tolerada mediante la escisión del mundo en un pecho bueno y en otro malo. La tragedia de la vida ulterior del niño es entonces de verdad profunda, en contraste con la versión atenuada de Kohut, que puede encontrar



su expresión en un humor irónico consigo mismo. El hombre adulto de Klein fue parido como un Sísifo, cuya tragedia consiste en estar eternamente condenado a fallar en sus intentos de reparar los daños imaginarios, provocados por el odio y la envidia. El mismo Meltzer (1981) caracteriza el modelo kleiniano como uno cuasi teológico, donde el bebé se encuentra envuelto en una lucha cosmogónica primitiva e irreconciliable, entre los dioses del bien y del mal. Los procesos de identificación proyectiva e introyectiva, así como sus contenidos, son, a través de toda la vida, los vehículos básicos de los procesos interpersonales dentro de la vida familiar, entre los grupos y los pueblos.

Al restringirnos a la descripción de las características esenciales de dos influyentes modelos del bebé psicoanalítico, han quedado especialmente de manifiesto las diferencias y los contrastes. Esta era nuestra intención, pues por el momento no pretendemos abogar por un eclecticismo pragmático que recomiende extraer de las distintas teorías psicoanalíticas de la infancia temprana la mayor cantidad posible de componentes, para ser después amalgamadas con elementos del desarrollo general o partes de la teoría de Piaget. Más bien, somos de la opinión de que, en psicoanálisis, y también en la investigación neonatológica de la inter-acción, un eclecticismo productivo es sólo posible, si examinamos conjuntamente aquellos aspectos descuidados en las diferentes construcciones. Después de todo, es de preocupar el que métodos introspectivos empáticos similares -Kohut subraya su cercanía a Klein en este aspecto- puedan desembocar en reconstrucciones de la infancia temprana enteramente diferentes.

Una posibilidad podría ser, por cierto, que las reconstrucciones contradictorias se originen en el tratamiento de enfermedades distintas. Sin embargo, la literatura disponible no avala esta hipótesis, que, en todo caso, es rara vez considerada por los padres y las madres de los infantes psicoanalíticos típicos. Más tarde o más temprano, la creación teoricomórfica se erige en el modelo uniforme para explicar los niveles más profundos de todos los trastornos psíquicos: los defectos del sí mismo debidos a un poco exitoso mirarse en el espejo, y la posición esquizo-paranoide y la depresiva, basadas en la destructividad innata, se ven como la raíz de todo mal.

El factor que inhala un espíritu específicamente narcisista (Kohut) o destructivo (Klein) a los infantes y bebés de las diferentes familias psicoanalíticas, es la mito-logía de la pulsión. Este es el motivo por el cual hemos respectivamente men-cionado la teoría del narcisismo y la hipótesis de la pulsión de muerte. Sin embargo, los bebés psicoanalíticos de ningún manera pierden su vitalidad y suvis a tergo si a las construcciones respectivas se les remueven los fundamentos de la mitología pulsional. De acuerdo con Freud (1923a, p.250), invocamos los versos de Schiller en *Die Weltweisen* (Los sabios del mundo): "Entretanto, y hasta que la filosofía no cohesione la estructura del mundo, la naturaleza lo mantiene en movi-miento por hambre y por amor".

## Fussnoten

---

1 El carácter inconmensurable del inconsciente dinámico (el que no puede hacerse consciente), ha sido estudiado por Matte Blanco (1975) desde el punto de vista lógico-matemático.

Siguiendo las ideas de Freud, expuestas básicamente en *La interpretación de los sueños*, Matte Blanco plantea que el "pensar" del inconsciente profundo sería un modo lógico distinto del pensar consciente (estrictamente, y en términos de la lógica asimétrica, consciente, el "pensar" inconsciente es un "no pensar"). Este se rige por un tipo de lógica simétrica, donde cada proposición puede ser, a la vez, cualquier otra; dicho de otra manera, el "pensar" inconsciente no se rige por los principios de identidad y no contradicción, propios de la lógica asimétrica. El carácter de inconsciente, así como el nivel de "profundidad" de un determinado producto psíquico, estaría dado por el grado de predominio de uno u otro tipo de lógica. La articulación de ambas lógicas, esto es, la bilingüística, sería la que mejor describe los procesos que llamamos inconscientes, tales como desplazamiento, condensación, ausencia de tiempo, mecanismos primitivos como la identificación proyectiva, etc, los que a su vez se pueden entender como distintas formas de violación de la lógica asimétrica. Para Matte Blanco estas dos lógicas constituyen dos modos de ser psíquico, y su articulación conforma la "antinomía fundamental del ser humano y del mundo" (nota de J.P. Jiménez).

---

2 No obstante, hay que hacer notar que es dudoso que M. Klein se haya referido a una interacción madre-hijo temprana en los mismos términos en que lo hace la investigación neonatológica actual. En la concepción kleiniana de la relación temprana se acentúa mucho más la acción unilateral del bebé sobre la madre, a través del énfasis en el mecanismo de la identificación proyectiva (nota de J.P. Jiménez).